

La garra de la hiena

Crónicas de una temporada en la casa que llora sangre

Jorge Luis Alfonzo



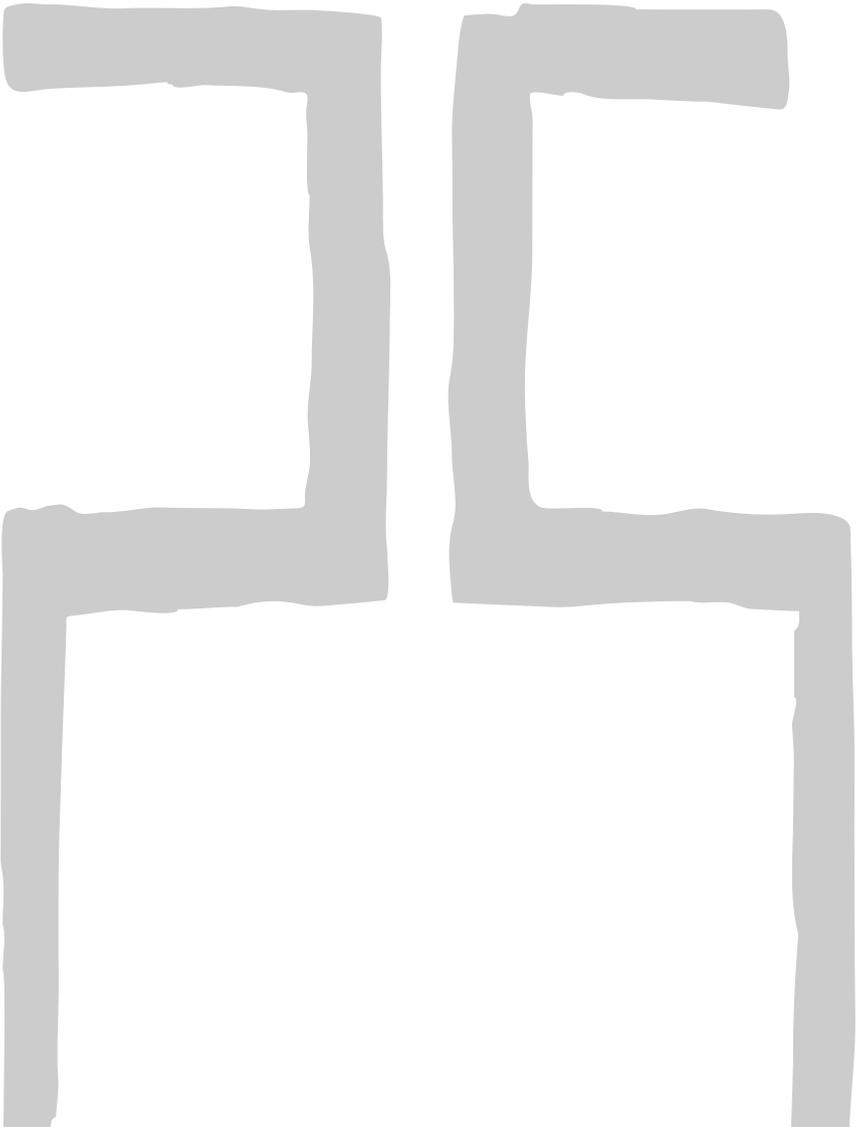
WARDING
LIBERTY LN
TX 77375

John Deley
Mi Mi Harold Deley

trazos COLECCIÓN
testimonios
vivir para contarla

Fundación Editorial
elperroylarana

MISIÓN
cultura • Venezuela
(Corazón adentro)



La garra de la hiena

*Crónicas de una temporada
en la casa que llora sangre*

Fundación Editorial



MISIÓN



Cultura • Venezuela
¡Corazón adentro!

 Jorge Luis Alfondo
 Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de colección

Kael Abello
Carlos Zerpa

Edición

Alejandro Moreno

Corrección

Ybory Bermúdez, Juan Pedro Herraiz y Yesenia Galindo

Diagramación

María Fernanda Oyuela



Esta licencia *Creative Commons* permite la redistribución, comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2018001959
ISBN: 978-980-14-4343-8

trazos COLECCIÓN
*J*testimonios

Cuando la experiencia personal es historia digna de registrar y resguardar en la memoria colectiva, el relato se funde en reportaje narrativo. La crónica, género híbrido entre la historia, el periodismo y la literatura, es lenguaje que reconstruye, a partir del relato, hechos, situaciones y experiencias. Hombres y mujeres protagonistas de historias a veces extraordinarias, raras, únicas y otras veces fundamentales, claves y urgentes, se convocan a esta colección para ayudarnos a mirar y comprender las historias desde un lugar más sensible, íntimo y cercano. Estar en el lugar indicado, en el momento exacto, convierte a quienes escriben ya no en simples testigos de lo acontecido, sino en protagonistas. Estos y estas cronistas muestran en palabras todo cuanto vieron y sintieron, transformando lo efímero o fugaz en textos inolvidables. La colección se compone de tres series:

Espejos agrupa biografías y autobiografías de personas que no dudan en volverse personajes de un relato para convertir la experiencia individual en memoria social y colectiva. Lo que le pasa a uno o una nos pasa a todos y todas.

Oficio de vivir rinde homenaje al poeta Cesare Pavese y abre una ventana al lenguaje de lo íntimo. Diarios, cartas, bitácoras y memorias de viajes integran esta serie pensada en la palabra que, más allá de ser mero soporte, es de puño y letra.

Vivir para contarla su nombre remite a la obra de Gabriel García Márquez, autor que logró integrar múltiples lenguajes para narrar la realidad. Reportajes, crónicas y testimonios se ofrecen en este espacio para registro y memoria de lo sucedido, desde una mirada protagonista.

La garra de la hiena
*Crónicas de una temporada
en la casa que llora sangre*

Jorge Luis Alfonzo



El poeta Jorge Luis Alfondo amparado por la palabra y por los árboles del Parque del Oeste.

Nota del editor antes de que Jorge hable de su encuentro con los lobos que nunca duermen

¡Se acabaron los hechizos!

Rara vez, al menos en mi experiencia personal como editor, va editando uno codo a codo con el escritor. Es casi una norma no escrita que el editor se bata a duelo con el manuscrito como dos caballeros solitarios que solo están concentrados en el pistoletazo que los libraré de la muerte o que los hará yacer en la tierra húmeda. Casi nunca se ve al editor y al escritor conversar frente al manuscrito para ir puliendo alguna idea que hubiera quedado un poco oscura o para desmalezar alguna complejidad sintáctica que se enrevese en adverbios sin sentido.

Pero no ha sido esta magnífica y dura crónica la ocasión para ese trabajo monástico y solitario del editor en su caverna húmeda enfrentado, cuchillo entre los dientes, al oso temible que solo quiere derribarlo. Muy por el contrario, largas sesiones reunido con Jorge han servido para hacer de este libro algo distinto. De esas conversaciones han surgido giros textuales que han enriquecido, sin duda, lo que ya era rico de por sí. Valga decir que en el proceso algunas cosas, para nada menores, han cambiado. Jorge es poeta por excelencia: basta ver sus dos libros de poesía, publicados aquí en nuestra casa editorial, *Llanto entre paredes* y *Relojes oxidados* para ver el poderío de su discurso lírico y la inquietante capacidad del corpus de su poesía para narrarnos los horrores del abismo en donde estuvo durante muchos años. Sin embargo, estas crónicas, escritas desde el recuerdo de los rituales del pánico, son un relato del averno más sórdido y degradado que uno pueda imaginar.

Sin artificios retóricos y sin andamios discursivos, Jorge le planta cara a lo que le tocó vivir en el “mundo de las hienas sedientas de sangre”, como él mismo diría.

Un libro escrito desde las solitarias grietas del corazón o la elipsis del canto de las bestias que succionan fluidos humanos

Durante las conversaciones con Jorge iban saliendo otras historias, historias que él prefirió dejar en el sumario de su piel. Relatos que no quiso volver a pasar por su corazón. Sin embargo, allí en nuestras conversaciones quedarán esas historias que el lector lamentable o afortunadamente no podrá conocer. Como aquello vivido la madrugada del 27 de noviembre cuando la monstruosidad se hizo presente en aquel sitio que ni el mismo Jorge quiere mencionar. O algunas de las rutinas de aquella casa de triturar seres humanos que como bien dice Jorge: “No se puede estar poniendo eso ahí”. Así, pues, sepan ustedes, queridos lectores, que otro libro ha quedado pendiente, a lo mejor nunca saldrá a la luz, a lo mejor sí, quién sabe.

EL EDITOR

En Yare fue la cosa...

Un agosto difícil de olvidar. Nunca ha sido fácil el acceso a una cárcel y eso obedece a su propia lógica. Pero el calor y la humedad en Yare es tan sofocante que exacerba y hace casi eterno el ingreso al penal. Caminando hacia “los talleres”, había tres presos con la boca cosida con suturas sintéticas y sus miradas eran más elocuentes que el tejido que unía sus labios. A pocos metros estaban los barberos y clientes en su faena con sus tijeras y máquinas eléctricas, panorama digno de un cuento de realismo mágico. Sus risas y entusiasmo contrastaban con la tristeza de la huelga de hambre de unos pocos.

Mis compañeros del Ministerio de Cultura me acompañaban un tanto nerviosos, como es de esperarse de personas que entran por primera vez a un recinto carcelario, pero poco a poco perdieron el miedo, y las miradas de los reclusos en ese momento no eran en lo absoluto intimidantes. Al contrario, había cordialidad y agrado. Entrando al galpón de los talleres, nos recibe un privado de libertad que es una especie de encargado de llamar a los internos para que se junten y así hacer una sola convocatoria. Después de la charla inicial, que indicaba el propósito de nuestra presencia, procedieron a inscribirse.

Luego de mi introducción –y de lograr que unos setenta muchachos participen en la primera sesión– les invito a sentarse en el suelo en círculo para vernos los rostros e irnos reconociendo, tarea un tanto compleja, ya que mi experiencia con relación a talleres de promoción de lectura ha sido con un máximo de veinte participantes, y ya esa cifra la considero multitud.

Pero ahí estábamos, presentándonos con nuestros nombres y apellidos, de hecho, sin que yo los instruyera, ellos decían el lugar donde habían nacido. Y después de una hora ya estaban esos muchachotes con lápiz y papel escribiendo un relato sobre cualquier experiencia o anécdota que estuviera fresca en su memoria.

Mientras estaban en su ejercicio, observo que a unos metros más allá, como automarginado y abstraído, escribiendo en un rincón, estaba Jorge Luis Alfonzo. Lo invito a incorporarse con sus compañeros, y con esa cálida sonrisa que lo caracteriza, me hizo el ademán de que no le interesaba el taller. “Incorpórate, vale, además estarás compartiendo con nosotros lo que ya estás haciendo”, le dije y de inmediato volvió a sonreír. Sé que en ese intercambio de palabras hubo conexión y simpatía. Aunque ese día no se unió y tampoco en la siguiente sesión grupal. Fue la tercera vez que entraba yo a los talleres, que finalmente Jorge Luis participó y cautivó a la audiencia con su intenso discurso.

Esa forma intensa y cautivadora es la fuerza poética de Jorge Luis, su espíritu y voluntad de particular reciedumbre están expresados en estas crónicas. A diferencia de *Llanto entre paredes*, su primer poemario publicado por esta casa editora, en el que Alfonzo capitaliza el sentir de sus recónditas y hondas realidades del alma. En *La garra de la hiena. Crónicas de una temporada en la casa que llora sangre*, su verbo tiene un tono reflexivo y retrospectivo, con una narrativa nada pretenciosa, pero con una elaborada estética de la memoria. El autor es un gran conversador y sus relatos son anécdotas que permiten al lector sentirse en una íntima tertulia.

Y esa intimidad es expresión auténtica de un hombre que se siente renacido, con ánimo de vida, no existe ningún obstáculo ni desgracia que le quite su ímpetu y alegría. Recrear su pasado y hacerlo en un presente literario es un logro significativo de ese exhabitante de Yare.

Los invito a recorrer los testimonios de una vida que está viva y que siempre permanecerá viva en la palabra.

RICARDO ROMERO ROMERO

Dedicatoria

Luego de haber vivido día tras día atravesando encrucijadas y luchando contra los demonios que anidaban en el jardín de mis propias sombras, los que me acompañaban en las rendijas de la huella circular del peligro, si yo tuviera que pedir un deseo, mi mayor deseo sería darle gracias al SER SUPREMO por darme la templanza, la fortaleza, la firmeza de la conciencia y esa gran constelación de experiencias que encontré en el calendario de la paciencia que le dio asilo al curso de mi vida, en ese combate diario el túnel de la oscuridad me aguardaba, tal vez no para endurecerme, sino para explicarme a mí mismo las lecciones que obtuve al cruzar el río de las dificultades.

Agradecimientos

*Dedico estas palabras a las personas
más importantes mi vida:*

A mi querida y por siempre recordada MADRE, Elvira Rosa Márquez de Alfonzo, quien con su sentimiento incondicionado nunca desmayó ni tan siquiera un instante para que yo huyese de los fantasmas que me atormentaban; el amor de MADRE y sus grandes y duros sacrificios eran más fuertes que los fantasmas, su sueño siempre fue ver a su más preciado hijo convertido en buen ciudadano. A mi esposa, Nancy Torres, quien en mis momentos duros, cuando yo no coordinaba mis pensamientos, multiplicó sus pasos para vencer los obstáculos y mantener los ánimos para la conservación del arte de amar. A mi hijo, Jorge Luis Alfonzo, le brindo mis sentimientos nobles para que el día en que se levante en su desarrollo físico y en la sabiduría espiritual sepa que en su amor coloco cada aliento de mi vida. A mi nieta, Alana Salomé Alfonzo, mi niña hermosa, tú eres el SOL y ángel que DIOS me ha dado, y para todo aquello que te produzca alegría o tristeza, ahí estaré yo siempre a tu lado para compartirlo juntos.

Soliloquio de los recuerdos

Empiezo estas líneas acariciando las hojas del árbol de mi memoria. Después de una vida agitada, me refugié en la literatura para desnudar el fusil del tiempo encrespado en el banco de mis recuerdos. Poco a poco iré desengavetando los acontecimientos de mi vida, poco a poco iré lanzando balonazos de algunos hechos que en mí han dejado huellas. Son esos recuerdos los que me permiten escribir de la relación de los sucesos que he presenciado y de los hechos que han formado parte de mi vida.

Las memorias descritas en este libro se hacen con toda humildad. Se presentan ante el lector coloquialmente, abriendo la vitrina de los recuerdos que gracias a Dios he logrado guardar en la máquina pensadora. Y a pesar de las tempestades he podido salvarlas de las telarañas del tiempo.

Quizás la lección de los altibajos de mi vida fue la más importante, la penosa carrera delictiva me abrazaba. Hoy, gracias a la Providencia, pude vencer las dificultades y puedo mirar mi retrato colgado en el árbol de la experiencia que creció en la sombra del inmenso dolor. Tal vez no estoy dotado de luces, pero la experiencia es algo que no puedo dejar de destacar.

Admito que por muchos años fui siquitrillado por la máquina podadora de mi ignorancia. Admito también que jamás hubiera creído que la falta de conciencia pudiera llegar tan lejos; pero las experiencias del amasijo de rejas llamado prisión, en ese cementerio de cadáveres ambulantes que la sociedad desecha, los desafíos reales de “la cana”, me condujeron a reflexionar y entender que mi único objetivo era reconocer mi autoconciencia, alzar mi voz donde quiera que me encontrara y luchar por un mejor porvenir.

Quizás no sea casualidad que después de haber vivido durante cuarenta años una conducta socialmente reprochable, justo en estos momentos me atreva a despeinar la historia de los pensamientos

engullidos por el fracaso de mis peores errores. Bien podría decir que con el transcurrir del tiempo los gritos de la conciencia me transformaron, hoy es tiempo de regar la mata de la realidad para ver crecer los frutos de la literatura que encontré tras las rejas.

Con el vaivén de mis aciagas horas fui arrastrando las cadenas del dolor, mientras el devenir de las madrugadas parecía acuchillar cada letra de la palabra Libertad, entre las vacías tinieblas, donde las horas parecían lastimar mis sentidos. Logré atisbar en cada pabellón y en cada celda los infinitos pensamientos grabados en las paredes: "Jálame, calle", "Maldita prisión", "Qué viva el amor". El tiempo parecía embolsillarse mis sufrimientos. Cada día iba guardando, bajo el polvo de mi almohada, las fingidas sonrisas de los que sueñan despiertos. Un ejército de fríos muros parecía tener gran interés en vigilar noche a noche cada movimiento de la sigilosa danza de las nubes que lamían los barrotes mortales.

Conviene aclarar, desde el inicio de este libro, que no intento escribir mi autobiografía, sino desempolvar el archivo de los recuerdos, para narrar el resultado de las circunstancias del testimonio de algunos episodios del pasado que han marcado mi vida, solo sé que no escribo con una pluma elegante los trazos de la memoria cual si fueran una metáfora de la realidad.

Por las noches una ráfaga de sombras y ecos ilusorios irrumpía las murallas siniestras, las agujas del reloj parecían ocultarse en el abismo de la oscuridad, las murallas se asemejaban a un león rugiente posado frente a los viejos cristales que se comunican a través del cielo oscuro que endurece el sentimiento de los cautivos.

Yo vivía en una montaña de cerrojos y llaves donde las aves sin alas daban contra la piedra, en la soledad de un corazón desecho que deshojaba mi silente dolor. El patio era como una pieza de hierro en el epitafio de las murallas impenetrables donde la luz del sol y la luna se posaban silenciosamente entre las rendijas de las paredes.

Los cautivos parecían sonámbulos encerrados en un pequeño ataúd que contenía el diáfano e imperturbable silencio de quienes

anhelan vivir y compartir en un hogar al lado de la gente que aman, donde no haya otro ruido que el de la alegría y el amor.

Sin duda alguna, este libro forma parte de acontecimientos y hechos reales que arremeten como un terremoto en mis pensamientos, después de haber padecido las espinas de la cárcel. Después de haberme desangrado en ese lugar donde pululan las enfermedades del ocio negativo, tuve la oportunidad de fijar mis ojos en los arrebatos de las siniestras paredes que degüellan a los oprimidos. En ese paraíso desabrido reordené las alforjas de mis ideas para ir tras la esperanza de un futuro mejor.

Hoy entiendo perfectamente que para caminar hacia el futuro es necesario cambiar la forma de actuar y pensar. Para hacer posible lo imposible debo transformarme en un instrumento positivo al servicio de la sociedad, que me permita vencer los obstáculos e ir avanzando en la construcción del nuevo hombre, en la transformación del mundo y la transformación de nosotros mismos. No hay nada ni nadie que hable sobre la historia de mi propio dolor, así como habla la experiencia de mi voz encerrada en las cavernas del mar congelado. Mi gran esperanza es que todo este texto contribuya al enriquecimiento espiritual, contribuya a fomentar el amor. Espero y aspiro que estas palabras traspasen los predios del ámbito penitenciario para construir y sociabilizar los saberes de las rocas que respiran.

Cuando se cierran mis ojos para viajar a la bóveda azul, deseo que estas palabras sean útiles para la posteridad y sirvan de ejemplo para la reflexión a quienes viven en el mundo delictivo. Espero que algunos asuman fervorosamente estas experiencias y puedan enmendar los errores. Pienso que esto podría hacernos metafóricamente invencibles y deseo que estas líneas contribuyan a despertar esperanza e inquietudes dormidas en quienes corren el riesgo de ser devorados por el parásito de la violencia. Esta casi siempre termina comiéndose nuestras propias vísceras. Si no nos refugiáramos en la palabra, estaríamos condenados a vivir inmersos en la ignorancia, sin reflexión y sin conciencia, poco podríamos avanzar; si no sabemos a dónde ir, estaríamos consumidos por la ceguera de una lamentable realidad.

Pese a haber traspasado las fronteras del submundo donde el hombre es hiena de la hiena, hoy podría decir que tras la catedral de las tumbas, entre las discrepancias de las hienas saturadas de odio mortal y las vicisitudes de las constantes guerras entre sombras y fantasmas causadas por el estado de naturaleza del hombre violento, en ese hacer o no hacer, cansado de vivir en ese lugar sombrío, donde los frutos son engendrados por el virus devorador de hombres, en una naturaleza bravía poblada de cocodrilos combatiendo unos con otros, en ese profundo silencio de las metrallas que perturban los sentidos, allí parecía que me había acostumbrado a dormir entre la horrible sensualidad del peligro y la incansable búsqueda de una libertad inútil. A todas estas, hoy podría decir que logré acumular un puñado de experiencias que contribuyeron a abrir el abanico de la conciencia, para contrabalancear las fuertes impresiones de ese depósito humano, de esa industria donde se purgan los delitos.

En la incertidumbre de un patio, donde a veces pasaba una nube perdida, tuve que apretar el corazón para poder soportar los tiempos más crueles de mi vida. En más de una oportunidad busqué doblar los tormentos y las horas oscuras para no atisbar la fuente mayor de los sufrimientos. A veces la tristeza me rompía el alma y me engrapaba los labios para no saborear la sal del guarapo de mis ojos. La realidad parecía una paradoja del desorden de cada hombre en su universo, donde cada hombre tiene su punto de vista, y cada hombre, en su desorden, se envuelve entre los huesos del dolor causado por los muros de la agonía.

Acaso la prisión es la universidad de la doctrina delictiva o el lugar común impuesto por el Estado para rehabilitar, corregir, separar por tiempos indefinidos al delincuente de la sociedad. Acaso la prisión son esas paredes para transformar las ideas negativas de las personas “desviadas”, aquellos que son considerados peligrosos para la sociedad.

Hay quienes dicen que la cárcel es la universidad para obtener el título en la profesión de delincuente, otros dicen que es el mundo donde se encierra la materia de los espíritus tétricos armados de odio. Hay quienes ni tan siquiera les ha dado tiempo a conocerlo porque

entraron muertos, hay también quienes piensan que es un extraño universo donde apenas podemos movilizarnos en los umbrales del infierno, algunos dicen que es el valle donde fenecen los sentimientos y hay quienes mantienen la idea de que es el epicentro donde se origina el terror en medio de un cielo que no existe. Por mi parte, les diré que para emprender la carrera de delincuente no se necesita saber de filosofía delictiva, ni instruirse en la escuela de la pobreza espiritual donde unos se hacen maestros de otros; yo solo sé que en los intramuros de las torcidas raíces de la prisión, tuve que masticar los lamentos, las rabias ajenas, los murmullos de los árboles siniestros, pero sobre todo en medio de tantos altibajos encontré el espíritu de los valores y el parto de la conciencia social; no obstante, bien podría decir que los hechos que producen nuestros desvíos sociales no son más que la verdad de una vida imperfecta.

A decir verdad, no se me ha hecho fácil dejar por escrito las huellas imborrables de mi desviada vida. Para poder compartir con ustedes unos cuantos sentimientos y un caudal de emociones encontradas, tuve que realizar un ejercicio de concientización, encontrarme, entenderme y entender el mundo, aunque parezca mentira, para poder levantar mis pensamientos, tuve que traspasar las fronteras del submundo donde casi no llega la luz. Fui arrastrando mis pasos entre las tormentas donde duermen las rosas fúnebres del universo carcelario.

Sí, fue allí, en esa gran masa de personas inmersas en el flagelo de la drogadicción, atisbando motines y estallidos violentos producidos por los desbordes emocionales de los seres humanos que hacen vida en el mundo al que llamo océano de depredadores, donde llegué a la conclusión de que dentro de mí existía una esperanza liberadora que no se detuvo jamás. La esperanza de sentirme libre y con la convicción de poner los pies firmes sobre la tierra, levantar la cabeza en alto y dejar que los gritos del cielo sirvieran de instrumento para la posteridad de las personas inmersas en el mundo delictivo.

Estas palabras van dirigidas, en especial a los hombres y mujeres que de una u otra manera cavan una inmensa sepultura en el vientre de los valores, especialmente a esta juventud cuyos pensamientos están carcomidos por los gérmenes de la drogadicción y el alcoholismo.

Van mis palabras a esos chicos que constituyen un gran peligro para la humanidad y que entiendan que, en medio de ese escenario de inmensas dificultades, es necesario pensar que otro mundo mejor es posible; cuando los seres humanos en sus desvíos sociales reordenen las ideas, la firmeza de sus pasos debe ser determinante y debe estar fundada en la construcción y reconstrucción del nuevo hombre. Muchas veces me pregunto si en el jardín de los árboles siniestros hubo –o ha habido– algún árbol que haya pensado algún día salvar al prójimo para que no se le apague la estrella solar en el museo sordo y ciego donde fenecen los sentimientos; cuando logré atisbar los árboles a los que se les apagó el sol regados por las balas de la sepultura, esto causó en mí un gran cúmulo de amargas experiencias que quedaron sembradas en mi memoria. Sabemos que los hombres nacen, viven y mueren pero cuando me detengo a analizar las leyes de los intramuros, me doy cuenta del origen de los millones de pensamientos basados en la lucha por la supervivencia, en otras palabras, en un “sálvese quien pueda”, es decir, la ley del más fuerte; ¿será acaso una utopía pensar en la posibilidad de que algún día tras los muros y barrotes de la cárcel habrá seres decididos a desafiar la violencia carcelaria, y que por ende, su único objetivo sea ver desplomarse el discurso negativo de la prisión por el verbo filosófico de la unión y la paz?

Hoy parece fácil decirlo, pero difícil es vivirlo y saber que durante cuarenta años permanecí vinculado al mundo delictivo, por tal motivo me he visto obligado a profundizar en mi propia experiencia, tomando en consideración que es necesario hacer un estudio profundo para abordar las ideas sobre el debate de los problemas penitenciarios. En estos últimos años se han acrecentado los problemas carcelarios y Venezuela es uno de los países con el mayor índice de hacinamiento y con mayor violencia en sus cárceles.

Por esa razón, es necesario expresar los problemas relacionados con los que se encuentran en la prisión. Hacer un análisis general para encontrar la raíz de la situación, hablar de problemas de conducta es hablar de principios éticos en la formación moral y social del ser humano, entender y tener claro que para la criminología las personas

que presentan estos desvíos son personas que presentan problemas: alcoholismo, drogadicción, prostitución e incluso problemas “hereditarios”. La ciencia criminológica habla de problemas hereditarios, sin embargo, desde mi percepción, no es necesariamente así porque he conocido personas con conductas “desviadas” provenientes de familias socialmente muy dignas.

Nuestro libre albedrío nos hace libres de acción y expresión, no obstante, es necesario tomar en cuenta que los “privados de libertad” son seres humanos con sentimientos, ellos tienen derecho a la vida, a una familia, al disfrute de la salud, de la educación, del deporte y sobre todo, a la resocialización. Sin dejar de pensar que estos seres humanos que se encuentran en prisión, cuando gozaban del disfrute de la llamada libertad, también un día fueron hijos, hermanos, padres, madres, pero las circunstancias de la vida y los errores cometidos los condujeron a vivir reclusos tras los barrotes y muros devastadores que se alimentan de sangre humana.

Sin duda que todos estos problemas penitenciarios se han convertido en el comodín de muchos medios de comunicación que especulan con informaciones tergiversadas.

Para entrar en materia he de iniciar el desarrollo de este texto. Desnudaré la vitrina de la memoria sin maquillar el tiempo ni esconder el pasado. Sabemos de memoria que olvidar es dormir en el pasado. Primero comenzaré narrando una pequeña crónica de la parroquia San Agustín y, posteriormente, iré desvistiendo la memoria de los dos mundos opuestos, por los que transité en mi juventud. En el primero, cuando caía no sabía cómo levantarme por temor al fracaso; y en el segundo, la locura de no caer me dio fuerzas para mantener el equilibrio. Quede, pues, en estas páginas un poco de esas historias de mi vida que creo valen la pena ser escuchadas por ahí. Debo decirles que todo esto pasó y doy gracias a la vida por haberlas vivido y estar aquí contándoselas a ustedes.

JORGE LUIS ALFONZO

I PARTE
LOS OJOS DEL CORAZÓN



Bulevar San Agustín en la década de los cincuenta.

Una pequeña biografía de nuestra parroquia San Agustín

Lo que hoy ocupa la parroquia San Agustín fue hasta el primer cuarto del siglo XX un área de haciendas que entonces rodeaba la ciudad de Caracas, toda la zona formaba parte de la parroquia Santa Rosalía. En las montañas de San Agustín se asentaron los primeros barrios de Caracas a finales del siglo XIX, y a principios del siglo XX, los pobladores eran principalmente de los estados Miranda y Nueva Esparta.

En 1917 se abre el Nuevo Circo de Caracas, una plaza de toros que luego funcionaría como escenario de eventos musicales, políticos y culturales. En la década de 1920 se establece en la urbanización El Conde la primera empresa radial de Venezuela que tenía por nombre Ayre, desarrollada por Juan Vicente Gómez y Asociados. En donde está actualmente la sede del Teatro Teresa Carreño se hallaba, en la época de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, la sede de la Seguridad Nacional.

En 1920 se comienza la construcción de la urbanización San Agustín del Norte cerca del Nuevo Circo; debido al éxito de estas viviendas se inició la construcción de otra urbanización en la zona este, separada por la quebrada Catuche: El Conde. El desarrollo continuó y el 7 de diciembre de 1936 es cuando se decide segregar la zona de la parroquia Santa Rosalía por decisión del presidente Eleazar López Contreras. Mediante decreto oficial de Gaceta Municipal se crea la parroquia San Agustín como parroquia civil y autónoma el 21 de diciembre de 1936.

En las elecciones municipales de 1944 resultó electo el opositor y líder del partido Acción Democrática, Rómulo Betancourt como concejal por San Agustín, derrotando al candidato del partido oficialista PDV (Partido Democrático Venezolano).

En 1952 fue asesinado en San Agustín del Sur el también miembro de Acción Democrática Leonardo Ruiz Pineda, presuntamente

por órdenes del gobierno de Marcos Pérez Jiménez. En ese mismo año se construye la sede de la primera estación de televisión de Venezuela, la Televisora Nacional de Venezuela, que desaparecería en la década de 1980, actualmente sede del destacamento n.º 54, de la Guardia Nacional Venezolana.

A finales de 1960 comienzan a desarrollarse grandes edificaciones, como el complejo Parque Central, Hornos de Cal y la Yerbera, donde estaba antes el estadio Cervecería Caracas.

De la “piecita” de cartón y cinc a la casa de bahareque: ahí comenzó todo

Dentro de ese montón de recuerdos de mi infancia, rememoro la historia que contaba mi padre, José Inés Alfonso, quien a muy temprana edad viajó desde el Valle del Espíritu Santo, en Margarita, hasta Caracas, con la intención de probar suerte. Esos primeros días de estar en Caracas se le fueron pagando habitaciones en las diferentes pensiones del centro, pero ya cansado de pagar hospedaje, un buen día de esos que la vida suele introducir al hombre, tomó la decisión de ir a la parroquia San Agustín del Sur y construir un rancho de cartón y cinc.

Decía mi padre que en ese entonces San Agustín era una hermosa montaña con muchos árboles ornamentales y frutales. Contaba él que poco a poco, junto a sus amigos Domingo Guédez y Quintín Zambrano, fueron abriendo camino a punta de charapo (que era como él le decía al machete) en las profundidades de aquella montaña. Domingo era yaracuyano, un hombre de apariencia muy agradable, y a quien tuve el privilegio de conocer. Era un tipo muy respetuoso y elegante que acostumbraba a vestirse con sombrero pelo 'e guama de alas anchas, liqui liqui y un garrote cuyo mango era una cabeza de águila con ojos de rubí. Y estaba también el popular Quintín, un tuyero oriundo de Ocumare, que era todo un personaje dicharachero y que siempre tenía una anécdota a flor de labio.

Tanto Domingo como Quintín Zambrano habían venido a Caracas en las mismas condiciones que mi padre. Quintín era un hombre muy dicharachero y acostumbraba a relatar historias del libertinaje sexual de las mujeres de "la mala vida", que era como llamaban a las prostitutas en aquella época. Hoy llegan a mi mente aquellos relatos que nos contaba cuando nos reuníamos los muchachos del barrio. Solía hablar del cabaret que existía en la vecindad del barrio El Mamón, en donde trabajaban mujeres de diferentes partes del mundo. Él mencionaba con mucha frecuencia a una cubana muy

hermosa que trabajaba en aquel cabaret y que cobraba un real (0,50 céntimos de bolívar) por "sus buenos servicios".

A los pocos años de estar establecido mi padre en aquel pequeño rancho de cartón y cinc, conoció a mi mamá. Comenzaron una relación, pero aquello no quedó en un simple noviazgo, el amor fue creciendo y decidieron formar una relación estable en aquel pequeño rancho. Con el transcurrir del tiempo se casaron y comenzaron a procrear una familia, pero en vista de que aquel pequeño rancho no era el adecuado para vivir dignamente, decidieron construir una vivienda más decente y se dedicaron a hacer un trabajo artesanal: entre los dos elaboraban bloques con chamiza y barro. Y con esos bloques que ambos iban haciendo con sus propias manos fueron construyendo una humilde casa de bahareque en la tercera calle de El Manguito de la parroquia San Agustín del Sur con vista a las faldas del Ávila, llamado ahora cerro Warairarepano. De esta manera, mis padres iniciaron su vida en esta ciudad, Caracas, atravesada de este a oeste por el maravilloso río Guaire, Caracas, dueña de mi corazón e inspiración de grandes artistas y de poetas nacidos en este hermoso valle.

Por mucho tiempo la parroquia San Agustín del Sur, y en especial la embriagadora avenida Leonardo Ruiz Pineda, fue una extensa sabana de bares, comercios de chinos y portugueses, y aserraderos donde los vecinos transitaban cotidianamente para dirigirse a sus trabajos, llevar a los niños a la escuela y realizar sus compras. Esta avenida comienza a ascender por un cerro que no se detiene y en donde el andar cultural, deportivo y musical de los habitantes que disfrutaban el saoco salsero, la guataca, la rumba y el bembé es infinito.

En la parroquia San Agustín del Sur, cada barrio tiene un nombre característico, cada calle e incluso algún sector en particular; eso nos ha permitido una identidad. Cabe destacar que cada uno de estos nombres ha jugado un papel importante en la leyenda de algunos de estos barrios, calles o sectores en particular. Todos estos lugares han formado parte de la integración cultural y popular, y durante años han sido puntos de encuentro de los habitantes de la parroquia. Uno de estos lugares ha sido La Cueva y también La Cocinera. Ambos lugares han sido puntos de encuentro para

los borrachitos. Han sido esos lugares los sitios favoritos cuando los bebedores de licor se concentran. Allí los trapichitos (que era como solían llamar a los borrachos) del barrio se reunían a echar broma y a tomarse su caña. Y entonces cuando la gente pasaba y los veía en su faena, decía de manera sarcástica: “Este carajo se jodió, ya lo agarró Blanca Rosa Gil (que era como le decían a la caña clara), de ahí de La Cueva en cualquier momento lo van a recoger conservado en alcohol, y listo para montarlo en la furgoneta que le va a dar la última colita para el Cementerio General del Sur, donde quedará estacionado para toda la eternidad”.

Caramelo, café y madera: los olores de la infancia

Otro sector muy particular era la llamada Calle Sin Ley. Y aunque el niche Alexis Machado, integrante del club Los Azulejos, la bautizó con el nombre de calle San José, la gente nunca se acostumbró a llamarla calle San José. Esta Calle Sin Ley por muchos años fue un espacio para los juegos de envite y azar: ajiley, dados, bingo y dominó. En esa misma calle se encontraba la bodega del difunto Pedro Sanz, donde se reunían muchachos y viejos a beberse unos tragos y a jugar truco, dominó o treinta y uno. En esa misma calle, en la casa del popular “Camisa 'e junco”, se realizaban bailes de joropo tuyero, donde el propio “Camisa 'e junco” hacía las veces de cantante y maraquero, acompañado por “Rasguñao” en el cuatro y la guitarra. A veces también participaban como invitados los cantantes tuyeros “El Perico” y “El Lorito de Miranda”.

Era frecuente en la Calle Sin Ley escuchar el *pick-up* o picó (que era como se le llamaba en aquella época a los equipos de sonido para escuchar música) de Quintín Francia, mejor conocido como “Comanche”. Era frecuente ver las competencias musicales entre “Comanche”, el tuerto David (a quien también conocíamos como “El Científico” o “Cuatro Pepas”), Matos (quien vivía cerca de la bodega del señor Amado, en la parte alta de la palomera) y mi hermano José Francisco “El Flaco”. Aquellos cuatro personajes eran conocidos como Los Titanes del Ritmo. Esas competencias musicales eran una maravilla porque eso significaba que la música invadía todos los rincones del barrio.

Daba gusto oír en una esquina a Richie Ray y Bobby Cruz, a Tito Rodríguez, a Benny Moré, Arsenio Rodríguez, Ray Barretto, Joe Cuba y Eddie Palmieri. Y en la otra esquina se escuchaba La Sonora de Lucho Macedo, La Sonora de Pacheco, La Sonora Habanera, La Sonora Santanera, La Sonora Veracruz y La Sonora

Matancera. Así, entre música por todos lados, se iban los fines de semana en nuestra querida parroquia de San Agustín.

Con el transcurrir de los años llegó a Venezuela el Gobierno de la Revolución Bolivariana, liderizada por el comandante eterno Hugo Rafael Chávez Frías, quien tuvo la maravillosa idea de darles a los habitantes de San Agustín del Sur una mejor forma de vida. Y se dio inicio a un proyecto de vivienda y comunicación con el cual los habitantes del barrio obtuvieron el privilegio de disfrutar del metrocable (una especie de teleférico desde la estación del metro de Parque Central hasta la Ceiba). Con la construcción del metrocable, el Estado se vio en la necesidad de derribar una gran cantidad de viviendas, tanto de la Calle Sin Ley como de varios sectores de la parroquia San Agustín. Estas familias fueron reubicadas en las hermosas torres de la urbanización Terrazas del Alba, lugar donde actualmente tengo el privilegio de vivir y disfrutar con mi familia.

La parroquia San Agustín del Sur está dividida geográficamente en tres toletes: en el este, tenemos La Charneca, Hornos de Cal y Marín; en el centro, tenemos La Ceiba y El Manguito; y en el oeste, tenemos el barrio El Mamón y la llamada Vuelta del Casquillo. Era precisamente por aquí, por la Vuelta del Casquillo, por donde hace muchos años transitaban los autobuses Circunvalación n.^{os} 1 y 2, Chaguaramos, el Academia Militar y el Lomas de Urdaneta. En esa bajada, que parte desde la Roca Tarpeya hacia la Vuelta del Casquillo, había varias fábricas de caramelos. Y en toda la esquina de esa bajada había el depósito del Café el León. Todavía queda depositado en el banco de mi memoria aquella mezcla de olor del caramelo y el café. Estaba también una tintorería llamada Sonsoles y al frente de la tintorería quedaba la carpintería del señor José, quien en la época de la Semana Santa fabricaba unos hermosos papagayos que se los vendía a los niños.

No puedo dejar de mencionar la peluquería Yoly y un depósito de cervezas donde la señora María Antonia compraba las gaveras (que en aquella época eran de cartón) de cervezas de media jarra. Yo era el encargado de cargar las gaveras de cerveza desde el depósito hasta

la casa de María Antonia, quien vendía cervezas en su casa. Por aquel “mandado” yo me ganaba un real (cincuenta céntimos de bolívar). Ese real que me ganaba lo utilizaba para asistir religiosamente los días domingos al teatro Alameda, en donde pasaban películas mexicanas que a mí me encantaban. Allí me deleitaba viendo todas aquellas películas de Pedro Infante, Jorge Negrete, Miguel Aceves Mejías, María Antonieta Pons, El Santo, Blue Demon, El Huracán Ramírez y todas aquellas estrellas del cine mexicano. También estaban las películas del famoso nadador Johnny Weissmüller, quien personificaba a *Tarzán de los Monos*.

Al final de la Vuelta del Casquillo todavía están los “doce pasajes desnudos” o calles perpendiculares que abrazan una gran cantidad de viviendas con aquellos ventanales gigantescos al estilo colonial que se asomaban como viejas chismosas para contemplar el sol y escuchar los ecos del futuro de un pueblo libre. En la parte frontal está la avenida principal, Leonardo Ruiz Pineda, donde había una gran cantidad de aserraderos y cuyo olor a madera inundaba todo. Muchas veces fui a buscar el aserrín que mi vieja utilizaba para pulir el piso de la casa. La avenida Leonardo Ruiz Pineda tiene como su más cercana y fiel vecina una maravillosa alfombra gigantesca llamada Francisco Fajardo, revestida con esa gruesa piel negra azulada por donde circulan los caballos de motor contemplados por la inocencia del río Guaire, ese río que cotidianamente se alimenta de las gigantes casacas de humo que emergen de los caballos con motor.

Luego, ya cerro arriba encontramos todos esos barrios que forman San Agustín: El Helicoide, Los Ranchitos, El Mamón, El Manguito, La Ceiba, La Hong Kong, La Fila, Marín, La Ford, El Cañón, La Guitarrita, Negro Primero, Hornos de Cal, El Infiernito, El Tanque, La Televisora, Barrio Ajuro y La Charneca.

El barrio El Manguito está conformado por las calles Mata Burro, El Carmen, Sin Ley y La Palomera. El Manguito comienza al pie del cerro, con una subida inclinada de aproximadamente 150 metros donde brota el calor y el amor de los techos de cartón. Está también una transversal, donde en los años sesenta y setenta estaba la bodega de la señora Reina. El barrio continúa por unas

escaleras de ambos lados que conducen a otras dos calles. En el lado oeste está la calle del andino Carmona, que vendía anafres, hornos artesanales y latas vacías de aceite que los vecinos utilizaban para cargar agua, desde las desaparecidas pilas o chorros de agua que había en diversos puntos del barrio. En el lado este está la llamada calle Mata Burro, donde funcionaba la bodega del difunto Alejandro. Allí muchas veces compré querosén. Al final de esa calle, haciendo frontera con el barrio La Ceiba, quedaba la bodega del desaparecido Méndez. La calle Mata Burro ha tenido la particularidad de ser conocida con otros nombres. También fue conocida como la cuadra de Méndez y como la cuadra de “Los Margariteños”. “Los Margariteños” eran una familia muy conocida por los vecinos. Una familia muy alegre, conocidos popularmente como “cuentacuentos”.

Si caminamos de forma recta o lineal por la inclinada subida de El Manguito, al final de esta nos encontraremos con unos 350 escalones que culminan exactamente al frente de la tercera calle, llamada El Carmen. En ese lugar estaba ubicada la inolvidable casa de bahareque donde me crie y que fuera construida por mis padres con sus propias manos.

Allí, en esa casa maravillosa, de gratos e inolvidables recuerdos, un hermoso matrimonio construyó un hogar. Aquel hogar estuvo conformado por una linda campesina: Rosa Elvira Márquez, nacida en El Tocuyo, estado Lara, y un margariteño, José Inés Alfonzo, nativo de El Valle del Espíritu Santo. José Inés, mi padre, viajaría muy joven desde la isla de Margarita hacia Caracas y se convertiría en uno de los fundadores del Barrio El Manguito de la parroquia San Agustín del Sur.

En aquella casa de paredes de bahareque pasaron mis padres horas felices. En aquella casa cobijada por el calor y el amor vine al mundo el 13 de julio del año 1960. Y en medio de los acontecimientos políticos, sociales y culturales que se vivían en Venezuela, la mujer más hermosa que he conocido en el globo terráqueo, luego de haberme dado alojamiento durante nueve meses dentro de las paredes de su vientre, se dirigió hasta la Maternidad Concepción Palacios,

ubicada en los alrededores de San Martín, para traer a luz de la Pacha Mama las huellas de un niño teñido de negro, a quien decidí darle por nombre de pila Jorge Luis Alfonso Márquez. Desde ese mismo día ingresé al árbol genealógico de aquella humilde familia.

Un día de esos en que la vida suele envolvernos, mi madre se sentó a mi lado en aquel viejo banco de madera elaborado por mi padre y, pasando sus delicadas y tiernas manos por encima de mi hombro, juntó su mejilla y la mía y me dijo: “Hijo mío, aquí en este mismo banco donde estamos sentados en este preciso instante me senté a descansar y a acariciar tu rostro infantil, el día que llegué de la Maternidad Concepción Palacios. Llegué contigo entre mis brazos y no dejé de acariciarte y besarte”. Aquellas palabras de mi mamá me produjeron un sentimiento que jamás olvidaré.

Fue allí, en ese hogar inolvidable, donde fui creciendo al lado de mis hermanos: José, Olga, Orlando, Adán, Alberto (Tico), Ramón, Lilian. Exactamente año y medio después de aquel día en que mi madre llegara conmigo en brazos y se sentara en aquel banco, nació mi hermana menor, Belkis: el 19 de diciembre de 1961. Allí compartimos las verdes y las maduras. En ese hogar nos alimentábamos con el sol de las alegrías, por las noches nos bebíamos la luna y las estrellas y a veces nos bañábamos con el sudor de las enfermedades. Aquellos momentos de enfermedad le causaban muchísima preocupación a mi querida vieja, aunque ella se las ingeniaba con sus conocimientos campesinos, adquiridos de mi abuelita Julia Canelón Márquez y nos preparaba unos ricos y extraordinarios guarapos de toronjil, malojillo y cuanto brebaje existía en su receta domiciliaria.

Aún quedan grabadas en mi memoria aquellas imborrables horas de mi infancia cuando jugaba metras con mi hermano Ramón a quien cariñosamente llamábamos “Pata”. Momentos muy gratos, que estoy seguro que jamás volverán y que nunca se borrarán de mi mente. Fueron los años de la inocencia del niño que fui, dando carreras por las calles de mi querido barrio, moliendo maíz en una vieja máquina. Sucedió que a veces, cuando el maíz estaba duro, debía esperar el descuido de mi mamá para echar un poco en el pote de la basura, cuando ya daba por terminada la molida del

maíz pilao, y era después de eso que ella se dedicaba a hacer las deliciosas arepas de maíz pilao que acompañábamos con queso, aguacate, caraoatas negras bien refritas y un poco de suero.



Barrio El Manguito en la actualidad. Año 2016.

Una mujer inolvidable: La maestra

María y sus dulces con *kool-aid*

El tiempo fue transcurriendo en aquella populosa barriada que me vio crecer, hasta que llegó el día en que acudí por primera vez a la vieja escuelita de mi querida –y por siempre recordada– maestra María González. Una mujer extraordinaria con la cual aprendí a leer y a escribir. Siento una gran emoción cuando recuerdo todo lo que aprendí en aquella inolvidable escuelita de la maestra María, que quedaba exactamente en la subida de El Manguito.

Citando a don Simón Rodríguez, debo decir que “aprendí a aprender”. Me llena de muchísima emoción revivir ese maravilloso e inolvidable momento: el encuentro con mis nuevos amiguitos y compañeros de la escuela. Con aquellos compañeros tuve el privilegio de compartir mis primeros años de estudio. Ellos y mi primera maestra me dieron una muy buena bienvenida en mi primer día de clase, cuando llegué colmado de emoción con mi cartilla. Aquella vieja cartilla la había comprado el día anterior en la bodega conocida como “Los Hermanos”, que era atendida por los hermanos conocidos como “Viejo Mum”: José del Carmen y Juan, conocido como “Artículo”. Este par de hermanos eran unos personajes muy populares en toda la parroquia de San Agustín.

Recuerdo clarito que la cartilla me costó una puya (cinco céntimos de bolívar, pero que en aquella época uno llamaba un centavo o una puya). De los hermanos “Viejo Mum” se comentaba que eran “ñángaras” (subversivos o revolucionarios) y que en esa época de los años sesenta y setenta eran perseguidos por la desaparecida Digepol (que era la policía política de aquella época).

Además de llevar mi cartilla, mi adorada madre me compró unas prestigiosas alpargatas de pabilo con suela de caucho, que también había comprado en la misma bodega. También me compró mi papá un “chor” (pantalón corto) azul y una franela ovejita blanca,

en la tienda del gordo Iván, que quedaba al frente del colegio Elías Rodríguez en la avenida principal de San Agustín del Sur. Esta avenida conocida con el nombre de Leonardo Ruiz Pineda lleva este nombre en memoria del dirigente de Acción Democrática, quien fue asesinado por los esbirros de la Seguridad Nacional (la policía política de aquella época), durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. El asesinato de Ruiz Pineda ocurrió el día 21 de octubre de 1952, exactamente en el pasaje cinco, mejor conocido por los habitantes de la zona como el pasaje de la cocinera, donde se hallaba el abasto del señor Pedro y la frutería del Gordo.

Ese primer día de clases conocí a una señora gorda y bajita, de cabello largo y canoso a quien le daban por nombre María González. La maestra María, durante la hora del recreo, nos ofrecía unos deliciosos dulces caseros que con mucho amor preparaba y que eran acompañados con un refrescante vaso de *kool-aid* (una bebida instantánea muy popular en aquella época y que luego desaparecería del mercado por llegar a ser considerada nociva para la salud). Después de la media hora del recreo, yo acostumbraba a escaparme del colegio para irme a jugar metras debajo del viejo samán, con los hermanos Alín, Antonio y Raúl, mejor conocidos como “Los Topoyiyos”; David Sojo, los hermanos Castejón: Orlando, Raúl y Rolando, Alexis Villegas “Care Gallo”, Ricardo Hernández “Picúa”, Oscar Hernández “Cachete 'e Bola”, Carlos Hernández, Freddy Hernández “Gorilita”, Carlos Fray “Cambí”, Jesús Fischer y Héctor Romero “Pichón”.

Allí, debajo de aquel árbol frondoso tan lleno de vida y de gratos e inolvidables momentos, muy aparte de jugar metras y trompos, acostumbraba a “entrarme a coñazos” cuando me hacían trampa o perdía en el juego con mis panas “Cambí”, Rolando y Ricardo. Algunas veces me dedicaba a lanzarles peñonazos a los techos de la señora María Zalavarría, mejor conocida en el barrio como “La Cabeza 'e Pino” o al techo de la señora Ana Fuente “La Pantaleona”, quien era muy grosera. A veces me iba a volar papagayo al frente de la bodega de Pedro Soto o en la mata de bambú que estaba enfrente de la bodega de los hermanos “Viejo Mum”. El papagayo era uno de mis juegos favoritos.

Como cucarachas bailando joropo

Transcurría 1967 y yo era muy niño. Una noche, en el barrio se festejaba el matrimonio de una vecina llamada Miguelina Romero. Miguelina vivía muy cerca de mi casa. Los vecinos estaban reunidos en la casa donde se estaba realizando el festejo y mientras todos bailaban y tomaban licor, de repente se escuchó un eco muy estruendoso acompañado de un movimiento inesperado que causó pánico en la comunidad.

Un vecino mío llamado Marcelino Hernández le había pedido permiso a mi vieja para llevarme para esa fiesta. Estando todos los invitados reunidos allí, de pronto se sintió que las paredes comenzaron a bailar y las copas que estaban encima de la mesa brincaban como si se tratase de cucarachas bailando joropo. Todos empezaron a correr desesperadamente de un lado a otro, las pisadas de los vecinos se estampaban sobre el piso cubierto de arroz. Súbitamente se escuchó un grito despavorido que inundó de pánico a todos los vecinos: “¡Se está acabando el mundo, carajo, sálvese quien pueda!”. Era Marcelino, quien se encontraba muy asustado. Inmediatamente todos los invitados que estaban dentro de la casa salieron corriendo. Los habitantes del barrio, que se encontraban dentro de sus hogares, salieron fuera de sus casas. Inmediatamente los vecinos comenzaron a sacar colchones y los tendieron por todas las calles, todos estaban muy conmovidos por lo que estaba sucediendo. Las personas mayores conversaban muy preocupadas, se trataba de un terrible sismo que acababa de azotar la capital.

A lo lejos se empezaron a escuchar las sirenas del cuerpo de bomberos de Caracas y se sentía la tensión. La gente del barrio permaneció toda la noche sentada fuera. Finalmente algunos cayeron vencidos por el sueño, en cambio otros no habían podido dormir. A la mañana siguiente todos estaban a la expectativa escuchando la fatal noticia: el terremoto había causado mucha destrucción y

muchos fallecidos. Edificios, casas, completamente destruidos. Había innumerables cuerpos bajo los escombros.

El país estaba muy conmovido por la cantidad de víctimas fatales. La noticia se hacía escuchar por todas las regiones de nuestra patria venezolana y el mundo entero, la tragedia permaneció escuchándose durante un largo tiempo.

A las 8:02 minutos de la noche del 29 de julio de 1967 un estruendoso ruido quedó grabado en la mente de los caraqueños y las caraqueñas. Esa noche se detuvieron las agujas de la Catedral registrando una intensidad de 6.7 en la escala de Richter. Aunque al parecer el Observatorio Cajigal no pudo precisar exactamente ni el epicentro ni la magnitud del terremoto de Caracas de 1967, se dice que al sismógrafo pendular se le rompieron los flejes de las agujas y los equipos de células fotoeléctricas también sufrieron desperfectos.

Horas más tarde, luego de haberse producido el sismo, el director del observatorio, capitán de navío Ramiro Pérez Luciani, había ubicado el epicentro del sismo en Humocaro, estado Lara, a unos 350 kilómetros de Caracas. Pero al día siguiente, tomando como base los reportes de daños, rectificó la apreciación, ubicándolo en el mar, frente al Litoral Central. Admitió el oficial que sería necesario recurrir a los institutos especializados extranjeros para determinar con exactitud los datos del sismo.

El terremoto de Caracas ocurrió el 29 de julio de 1967, teniendo como su epicentro el Litoral Central, a 20 km de Caracas.

En aquel entonces, el Distrito Federal fue sacudido por un sismo de 6.7 grados, en la escala de Richter con una duración de 35 a 55 segundos, en la zona de Caracas, el cual dejó un balance según los medios de comunicación de 236 muertos, 2.000 heridos y unas cuantiosas pérdidas en daños materiales por un monto de más de 10 millones de dólares de la época aproximadamente.

Las fuentes informativas anunciaban a cada instante todo lo relacionado con el violento sismo, que afectó mayormente las zonas de Altamira, Los Palos Grandes y el Litoral Central. Después del terremoto, siguieron réplicas de menor intensidad, el

pánico se hacía sentir en la comunidad de San Agustín de Sur y en todas las comunidades de Caracas, en especial en los alrededores de Altamira, Los Palos Grandes y el Litoral Central.

Las venezolanas y venezolanos que vivimos ese trágico suceso nunca podremos sacar de nuestra memoria toda la destrucción que dejó aquel terremoto. En los últimos días del mes de julio de 1967 Caracas celebraba su semana aniversario. El día 25 de julio había cumplido 400 años de fundada, y la ciudad capitalina, tierra madre de nuestro Padre Libertador Simón Bolívar, se preparaba para los desfiles de carrozas, fuegos artificiales y conciertos al aire libre que formaban parte de las actividades organizadas por parte del gobierno de Raúl Leoni, para celebrar el cuatricentenario, donde nos representaba la bella y encantadora Elsy Manzano.

Solo sabía lanzar patadas sin control

Había transcurrido casi una década de mi vida cuando conocí el fútbol, gracias a unos muchachos que lo practicaban en mi barrio. A esa edad comenzó para mí la pasión por el mundo futbolístico. Me empezó a llamar mucho la atención ver a aquellos jóvenes que utilizaban los pies para hacer piruetas, y que cada vez que hacían un gol gritaban con muchísimo entusiasmo y alegría. Veía sus rostros y se reflejaba el amor por aquel juego tan encantador. Yo me dedicaba a verlos jugar muy detalladamente, cada vez que tenía la oportunidad. Un día uno de ellos me invitó a jugar y en ese momento sentí temor y alegría, seguidamente tomé la decisión y entré en el juego. Recuerdo que andaba más perdido que un loco en alta mar, lanzaba patadas sin control, algunos compañeros de juego se reían cada vez que yo hacía contacto con el balón, que en esos tiempos era de cuero y más pesado que los balones actuales, que cada día son más livianos. En ese entonces yo no tenía ni tan siquiera la noción de cómo manejar la pelota, pero hacía lo que podía, más bien parecía un caballo de carreras en un terreno de fútbol.

Esa tarde fue encantadora, había experimentado la sensación de este deporte tan maravilloso. Cuando llegué a casa todo sudado y más negro que trabajador de mina de carbón, enseguida mi vieja me preguntó dónde estaba y por qué había llegado tan sudado a casa. Le dije lo bien que me sentía por haberme iniciado en este deporte, y enseguida me mandó a echarme un buen baño, para que me refrescara y me cambiara de ropa. Entré al baño, agarré una perolita de leche Reina del Campo, que utilizábamos para agarrar el agua que almacenábamos y me eché agua durante media hora aproximadamente. Luego que salí del baño mi mamá me regaló un buen vaso de leche Silsa bien fría y enseguida me recosté a descansar en el viejo banco de madera que había hecho mi viejo.

Así fue como incursioné por primera vez en mi deporte favorito. En muchas ocasiones regresaba corriendo desesperadamente de

la escuela para elevar papagayo o jugar metras. Algunas veces se presentaban algunos de mis amigos para invitarme a jugar fútbol y sin pensarlo dos veces me unía al grupo y nos dirigíamos a la parte alta del barrio, que era conocida como la redoma o la carretera. Allí jugábamos fútbol, allí me ponía a dar carreras y a lanzar patadas sin control alguno. A decir verdad era lo único que en esos tiempos sabía hacer dentro de este maravilloso deporte. Aprovechábamos esos momentos para echarnos vaina unos con otros y para disfrutar del fútbol entre amigos: José “El Niche Tabaquito”, Humberto Molina, Enrique Molina “El Malabarista Ñeco”, José “Sacacorcho”, Humberto “Torombolo”, Antonio “El Buitre”, José “Joroba”, Santiago “Cochanga”, “Cupilo”, David “El Zurdo”, Elibe “El Muerto”, Alcides Rico “El Naca”, Omar “El Alisaíto” y Casimiro Macera entre otros. Aquello era tan maravilloso que no me atrevía a parar de jugar ni a dejar de darle patadas al balón como un niño travieso.

Eran hermosos momentos de recreación a los que yo le sacaba provecho mientras jugaba con mis compañeros Omar “Pata ‘e Goma”, Oscar “Cabezón” y Luis Solórzano “La Yenny”. Fueron ellos quienes me enseñaron a jugar y a driblar perfectamente el balón así como ellos lo hacían. Y fueron precisamente estos tres compañeros quienes llevaron el fútbol a San Agustín y lo promovieron con mucho amor. Y debo decir que para mí han sido estos tres atletas los mejores futbolistas que han nacido en el barrio El Manguito.

“Circulación”: el niño licuadora

Fui creciendo en medio de la cultura popular y de los tradicionales juegos de chapitas, cartas con barajas españolas como: carga la burra, roba pilón, ajiley, truco, treinta y uno, pelotica 'e goma, metras, rayo, hoyito, la reina o la niña, pepa y palmo, uñita, la ere, el escondido, coco pela'o, quién te peló que las orejas no más te dejó, y trompo. Con los trompos jugábamos a la troya. Si el trompo que era paseado e introducido de nuevo en la troya se quedaba pegado en la punta del otro que lo castigaba, iba a ser sacrificio mayor (Santa María) que consistía en dejarle caer una gran piedra encima para intentar partirlo en dos.

También estaba un juego llamado yaqui o perrito, el perrito era un juego realizado con una pequeña pelota de goma y una gran cantidad de chapitas dobladas (a estas chapitas se les llamaba perritos). Se zumbaban los perritos al suelo y la pelotica de goma se arrojaba al aire. Había que dejar que la pelota rebotara primero en el suelo, y al mismo tiempo había que recoger cuantos perritos se pudiesen recoger, y hacerse la señal de la cruz con los perritos antes de que la pelota volviera a caer al suelo. Esto se hacía hasta lograr rescatar todos los perritos que había en el juego.

Del juego de bingo quisiera referir una anécdota: había una señora, muy aficionada al juego de bingo, a quien llamaban “La Chiviaíta”. “La Chiviaíta” tenía un hijo a quien apodábamos “Circulación”, porque era un niño muy delgado. “Circulación” usaba pantalones cortos, pero como tenía las piernas demasiado flacas los pantalones le quedaban como una falda, y por eso le pusimos “Circulación”. Pero resulta que “La Chiviaíta” se la pasaba todo el santo día jugando bingo y no le daba tiempo de hacerle la comida a “Circulación”. “La Chiviaíta” acostumbraba usar unas batolas anchas y con bolsillos grandes en donde guardaba un paquete de leche ligada con azúcar, y cuando “Circulación” le pedía comida, inmediatamente “La Chiviaíta” sacaba del bolsillo un poco de leche

con azúcar y le daba a comer. Cuando el niño se comía el poco de leche, la mujer le decía que tomara un poco de agua y empezara a correr para que se le agitara la leche que acababa de comer.

Otros juegos que jugábamos en el barrio eran: la seguidilla, policía y ladrón, con tuyo y municierra que manda la guerra, cero contra por cero, el fusilao, y guataco por las orejas.

Cuando llegaban los meses de marzo y abril, el techo de la ballena se poblaba de los maravillosos papagayos contruidos con veradas, caña amarga o veredilla, forrados con papel de seda de diferentes colores y hasta con el plástico de las bolsas de tintorerías. Los papagayos se hacían en diferentes modelos: “cometas” “trompos” “barcos” “cajones”. Se hacían de todos los colores, con sus colas enormes de telas provenientes de ropa vieja, a veces de ropas que estaban tendidas en las cuerdas que estaban a las afueras de las casas. Muchas veces las amas de casa tendían las sábanas para secarlas al sol, y cuando iban a recogerlas, se llevaban la gran sorpresa de no encontrarlas. La tela se iba rasgando en cintas muy delgadas y se iban amarrando hasta alcanzar unos ocho o diez metros de largo, para luego verlas volar por los aires. Algunos aprovechaban y compraban una o dos hojillas en la bodega, las partían en dos partes iguales para fabricar los llamados cruceros, que colocaban a la mitad de la cola y al final. Algunos de nosotros les colocábamos cruceros cerca de los frenillos de los papagayos, los mismos se utilizaban para echar “a la hila” (que consistía en cortarle el pabito a otro papagayo que se encontrara volando cerca) a los papagayos elevados por los otros niños que estuvieran disfrutando de este hermoso juego. Hacíamos competencias para ver cuáles eran los mejores papagayos. Esas competencias se hacían entre los muchachos de una calle y otra. Cuando se le pasaba el crucero por el pabito con el cual era elevado, en seguida el papagayo era echado “a la hila” y entonces salían los muchachos corriendo para ver quién lo agarraba primero. A veces el papagayo se quedaba enredado en un árbol o en los cables de la electricidad e incluso, en el mismo ajeteo por capturar el papagayo, se le partían las veradas y quedaba inservible.

Otros juegos que formaban parte de nuestra rutina de niños y de la cultura nacional eran: los yoyos marca Orange Crush o Coca Cola y las perinolas de madera que comprábamos en la quincalla del señor Antonio, que quedaba entre el pasaje 5 y 6 de la avenida principal. Las perinolas, cuando no teníamos un real (0,50 céntimos de bolívar) para comprarlas, las hacíamos artesanalmente con perolitos de jugo Yukerí. Los llamados gurrufíos eran elaborados con chapas (tapas) de refresco de cerveza o malta. Se aplastaban con piedras, se les hacía dos orificios con un clavo y se les traspasaba el pabilo. A la chapa se le sacaba filo con el suelo hasta obtener el filo ideal que se requería para cortar el gurrufío del contrincante.

También se hacían pelotas de béisbol con potes (envases de cartón) de jugo o de leche. Y los bates se hacían con palos de escoba. Cuando alguno de los niños era mal bateador le decíamos: “¡No, chico! ¡Batea con una puerta de Iglesia pa' que veas una!”

El juego de chapita era muy parecido al béisbol. Los muchachos nos reuníamos y buscábamos las chapas en las bodegas o en los bares que existían en la avenida Leonardo Ruiz Pineda. El juego consistía en pegarle a la chapa que era lanzada por el picher del equipo contrario y el bateador debía pegarle a la chapa. Los jugadores del equipo contrario tenían que atraparla antes de que cayera al suelo. Mientras la chapa iba en el aire estaba en juego. Si el jugador la agarraba era *out*; pero si no lograba atraparla, era *hit* y hombre en base. Tres hombres en base y un *hit* más era una carrera.

En aquellos tiempos, los niños podíamos estar en la calle protegidos y a la vez vigilados por los vecinos, a quienes nuestros padres y representantes nos encomendaban y les daban a ellos la libertad de llamarnos la atención como si fueran nuestros propios padres. No había el temor de que un malandro, en una persecución o en un tiroteo, asesinara imprudentemente a un niño. Cosa que ahora es habitual.

Cómo borrar de mi mente aquellos momentos donde iba a la bodega a comprar querosén o una locha (12, 5 céntimos de bolívar) de manteca. Compraba papelón y cigarros de diferentes marcas: Lido, Astor, Alas con filtro, Alas sin filtro, Fortuna con filtro,

Fortuna sin filtro, Viceroy, Marlboro, Lucky Strike, entre otras. No faltaban tampoco hilo, pastillas medicinales (Coricidín, Cosmel, Optalidón, Alka Seltzer, pastillas mentoladas Pentro). Todas estas cosas se compraban en las diferentes bodegas que había en San Agustín. Estaban la bodega de Pedro Soto, la de José Alfaro, la de Juan Amado, la de Jesús Mendoza, la de Méndez, la del tuerto Amadeo. Estaban también la bodega del portugués, la de Valera y la bodega de los hermanos Viejo Mum.

Hay una anécdota de uno de aquellos entrañables bodegueros, el barloventeño Pedro Soto. Resulta que una tarde, de esas cualquiera, estábamos reunidos un grupo de muchachos a las afuera de la bodega, cuando nos percatamos que un hampón, a quien apodaban “El Negro Pule”, amenazó con una navaja pico 'e loro a Pedro Soto, con la intención de robarle el dinero de la venta del día. El bodeguero, mostrando “su cara de arrecho”, metió las manos rápidamente debajo del mostrador y le dijo: “Ah, ¿tú me va' a roba a mí, coño 'e mae?, vamo' a ve' si tú tiene' la' bola' pue'ta 'e velda”. Pero cuando sacó la mano de debajo del mostrador, lo que tenía en la mano era nada más y nada menos que un plátano. Pero como “El Negro Pule” estaba totalmente empastillao (así llamábamos en aquella época a alguien que estaba bajo los efectos de la droga) a punta de Lavaíto (que era una pastilla llamada Optalidón que se conseguía en la bodega y costaba una locha y los consumidores compraban ocho por un bolívar, esa era la dosis) y no vio muy bien lo que tenía Pedro Soto en su manos, pensó que se trataba de un fuco (revólver) y sin pensarlo dos veces pegó esa carrera. El bodeguero aprovechó ese momento y pegó un salto por encima del mostrador gritando: “Párate, coño 'e mae, que te voy a matá”. Cuando nosotros nos percatamos de lo que estaba pasando, no paramos de reír de aquella situación tan graciosa.

Las horas, días y meses iban pasando, pero mientras iba creciendo, comencé a compartir las claridades y oscuridades que le reían a la temblorosa ciudad. Por las mañanas, el canto del turpial que tenía mi madre rompía el profundo sueño y tenía que levantarme muy temprano para hacer la compra del pan frío. Llamábamos pan

frío al pan que quedaba del día anterior y lo vendían en un real (0,50 céntimos de bolívar). Eso incluía panes y dulces de diversas variedades. Recuerdo que en la parroquia había familias a las que les daba pena comprar el famoso pan frío en la panadería. Ellos se hacían los locos, sabían disimular muy bien para que los vecinos no comentaran que comían pan frío, porque comprar pan frío o comer caraotas negras era algo que a muchas personas les resultaba vergonzoso. Pero así como aquellas familias “formaban su teatro”, pues de igual forma me las ingeniaba para que los vecinos se pusieran de acuerdo conmigo y así poder revenderles una locha (12,5 céntimos de bolívar) o medio (0,25 céntimos de bolívar) de pan frío.

Comprar pan frío era algo que me generaba mucha emoción y era también la oportunidad de tomar refrescos de diferentes sabores en la panadería de “Kaifá”. También estaba la chicha A1, que era realmente muy buena, y para mí, la mejor chicha que haya tomado. Otras bebidas y refrescos eran: el tamarindo A1, La Orange Crush, La Bidú, la cola Dumbo y la Grapette. Después que compraba en la panadería que quedaba cerca de la esquina del Muerto, y cuyo panadero era conocido cariñosamente como “Kaifá”. Ese nombre le venía porque cuando uno llegaba a comprar pan en el momento en que uno decía cuantos panes quería, el acostumbraba decirnos: “kaifá, kaifá”, que significaba pagar lo que íbamos a comprar. Y aquella palabra nos resultaba muy cómica. Aquello nos daba mucha risa, y “Kaifá” respondía a nuestra risa con una sonrisa de humildad.

Los días domingo tenía la tarea de hacer las compras de varios tipos de granos en el antiguo mercado de la avenida del Cementerio que quedaba ubicado frente al Seguro Social. En ese entonces en el barrio había un muchacho contemporáneo conmigo llamado Raúl Montesino “Topoyiyo”, que era muy amigo mío. Topoyiyo tenía una pequeña bicicleta ring veinte y nos íbamos juntos a comprar. Recuerdo que mi madre me enviaba con veinte bolívares para realizar el mandado encomendado, de los cuales eran diecinueve bolívares para la compra de caraotas, arvejas frijoles, lentejas, etc., y el otro bolívar restante lo dividía en un real para el pasaje, que con frecuencia no lo utilizaba porque me iba en bicicleta, y el otro real restante era para

comprarme una malta Caracas que costaba tres lochas y la otra locha era para una hallaquita de chicharrón. A veces no gastaba esa locha y la guardaba para ir al Cine Alameda, que fue el primer cine que conocí en mi vida. El cine Alameda quedaba en la avenida Leonardo Ruiz Pineda de San Agustín del Sur.



Foto tomada en la tercera calle de El Manguito frente a la bodega de la señora Rosa. Jorge, a la extrema izquierda, sentado con la mano en la boca y el brazo puesto en el muro. Circa de 1967.

Un liqui liqui para entrar al cine

La magia del Cine Alameda no será jamás olvidada en la máquina pensadora de quienes tuvimos el privilegio de descubrir allí la enorme pantalla que secuestraba por un par de horas la vida de los jóvenes que acudíamos religiosamente a este teatro.

En aquel cine, los muchachos que bajábamos desde la parte alta del barrio, veíamos religiosamente las películas de El Santo, Blue Demon, el Doctor Nelson, el Huracán Ramírez. Veíamos también al legendario nadador olímpico Johnny Weismüller interpretando a Tarzán. Por supuesto, no faltaban las películas de Pedro Infante, Jorge Negrete, Miguel Aceves Mejías, Mario Moreno con sus cantinfladas, Tin Tan, Resorte, Viruta y Capulina, y todos esos célebres maestros del humor hispanoparlante del cine mexicano.

En aquel gigantesco salón, al frente de unas quinientas butacas, había un hermoso piano y los muchachos inquietos en sus travesuras corrían hasta el lugar donde se veía estático aquel piano, que como un perro de acero rompía el silencio con sus ladridos cuando sentía el saludo de los niños que lo acariciaban.

Sucedía que muchas veces íbamos un grupo de “coño e madre jodedores” a otros cines de aquella época. Entre estos cines pudimos mencionar: el Royal, que estaba ubicado en la avenida Cementerio, el Arauca, en la avenida Nueva Granada, el Continental, en el centro. Estaba también el cine Actualidades, que quedaba en Puente Hierro, este cine sería luego conocido como “el Miaíto”, y por supuesto el famoso Teatro Ayacucho, que quedaba en el centro, frente a la Asamblea Nacional. Recuerdo con especial cariño al Teatro Ayacucho, por algo que sucedió allí. Un día domingo, de esos en los que solíamos frecuentar los diferentes cines de la ciudad, andábamos un grupo de jodedores de la época: Pedro “Musulungo” y su hermano Abelardo, David “Gabino”, Óscar “El Yiyo”, mi hermano Ramón “Pata” y yo. Estábamos en el cine porque queríamos ver una película de John Wayne, era una película vaquera, por supuesto.

Recuerdo que compramos los tiques y cuando nos disponíamos a entrar, el portero no dejó entrar a mi hermano porque llevaba puestas un par de alpargatas de caucho, y nosotros, en solidaridad con mi hermano, nos rehusamos a entrar. Finalmente no entramos a ninguno de los cines, no pudimos ver ninguna película y seguimos de cine en cine. Entonces íbamos por el camino echándole vaina a mi hermano: “Qué bolas, Pata, la próxima vez que vengamos para este cine te pones un liqui liqui, pero con unos zapatos suela ancha aunque no tengas que pagar entrada”.

Un botellazo y una huida marcaron mi destino para siempre

Habiendo culminado mis estudios de primaria en la Escuela Nacional Bolívar, fui zonificado por el Ministerio de Educación, para hacer el bachillerato en el liceo 25 de Julio, que estaba ubicado justo enfrente de donde hoy en día funciona el Palacio de Justicia, en la esquina de Cruz Verde. Luego de mis vacaciones escolares llegué a este liceo con otros compañeros que habían sido zonificados allí también. Todo marchaba al compás de la dicha y la armonía, con mis nuevos compañeros de estudio, hasta que llegó la fecha de los exámenes finales. Recuerdo que ya había presentado varias materias y me faltaba por presentar Biología, Inglés y Matemáticas. Un día lunes salí de mi hogar a primeras horas de la mañana, para presentar la prueba de Matemáticas, y llegué a las 7:15 minutos de la mañana, cinco minutos después de cerrarse la puerta del liceo. Cuando vi que estaba cerrada, me dirigí al portero que hacía la custodia del liceo y le dije que iba a presentar una prueba de Matemáticas. Sin embargo, todo fue inútil, el portero fue demasiado severo y no me dejó entrar. Le pedí que por favor llamara a la profesora, pero todo fue en vano, estuve allí como media hora en espera de que se ablandara el corazón al portero, a quien llamaban “El Maracucho”. Finalmente, como no accedió, me fui para la esquina a una venta de empanadas. Me compré una empanada de carne mechada y un refresco grappé, y regresé a la entrada del liceo comiéndome la empanada y tomándome el refresco. Me paré al frente de la puerta a donde se encontraba “El Maracucho” y por última vez le pedí el favor de que me dejara entrar. Al convencerme de que todo era inútil, lo miré a la cara y sentí rencor, volví la mirada hacia el refresco que tenía en mis manos y en un sordo movimiento le pegué la botella de refresco en el rostro. Salí en veloz carrera y más nunca regresé al liceo. Ese fue el momento del abandono

de mis estudios y la entrada hacia al laberinto donde los hombres son criaturas surgidas de sus acciones y decisiones equivocadas, producidas por sus pensamientos sin control.

II PARTE

DONDE NACEN LAS LÁGRIMAS



Los muchachos del Grupo Madera en el barrio Marín cerca de la casa de Mandingo (Felipe Rengifo). Toda la fuerza y expresividad artística de la parroquia San Agustín está contenida en esta foto. Circa de 1978.

Primeras andanzas en la calle:

Sabana Grande era una fiesta

En el año 1972 eché a andar por el mundo de los semáforos, en la calle real de Sabana Grande, dándoles patadas a los parquímetros que había a lo largo y ancho de la gran avenida, allí, en ese lugar que hoy en día es conocido como el bulevar de Sabana Grande. A punta de patadas o usando ganchos de pelo procuraba extraerles las moneda de un real (0,50 céntimos de bolívar) a aquellos parquímetros que utilizaban los choferes para estacionarse. Mientras iba escoñetando los semáforos aprovechaba para limpiar zapatos por un monto de medio o un real. La avenida Casanova de Sabana Grande, Bello Monte, las Mercedes o Chacaíto eran los lugares en donde me la pasaba echando vaina. Pero a decir verdad ese trabajo no me gustó y me dediqué a vender *El Mundo*, un periódico vespertino que circulaba en Caracas y que costaba medio. En esas andanzas conocí muy de cerca a los coño 'e madres de las distintas parroquias de Caracas. Mientras andaba vendiendo periódico aprovechaba para darles coñazo a los portugueses que vivían en el este.

Luego de andar por las calles de esta ciudad encantadora y haber jodido todo el santo día retornaba al barrio para compartir “las sílabas deportivas” que me unían a los constantes eventos deportivos que se efectuaban en el barrio. Las relaciones con deportistas de otros sectores me llevaron a participar en diferentes torneos. Aquella Caracas de los setenta, donde todo era distinto, vivía su edad de oro. Era una Caracas muy distinta a la de hoy. En esos tiempos empezaba ya a desarrollarme y andar de fiesta en fiesta, e ir rumba tras rumba. Iba tejiendo la voz rebelde de los adolescentes, me relacionaba con deportistas y muchachos inmersos en el mundo delictivo, era muy joven para entender la realidad de mi vida compleja, no sabía definir realmente lo que quería, la falta de madurez me cegaba, y no sabía si encaminarme por el camino deportivo o por el mundo desviado

que me arrastraba por las piedras abismales que fabricaban las cicatrices de mi conducta delictiva.

“Pepe no es ningún nombre”

Aunque me gustaría no recordar los designios que la vida tuvo para mí, se me hace imposible borrar las huellas de aquel diciembre de 1972, cuando por primera vez fui detenido en el centro de Caracas en la esquina de Marrón a Pelota. Fui aprehendido junto a otros dos compañeros de malas andanzas, cometiendo un robo en un local comercial llamado Importadora Nira. Fuimos esposados y trasladados a la central del Cuerpo Técnico de la Policía Judicial de Parque Carabobo, allí nos entraron a coñazos los efectivos de la PTJ que estaban de guardia, a mí y a Antonio Castejón “El Aliño”. Fuimos interrogados por uno de los agentes, quien le preguntaba el nombre y el apellido a “El Aliño”, que había sido detenido conmigo, pero este quiso chapearse con otro nombre y le contestó: “Pepe Luis Martínez”, la respuesta le causó risa y molestia al agente de la PTJ y le volvió a preguntar: “¿Cómo te llamas tú?”, y este le contestó nuevamente: “Pepe Luis Martínez”. El PTJ, molesto, le respondió con un coñazo en el estómago: “¡Pepe no es nombre, güevón!”, y “El Aliño”, con las manos en el estómago y más doblao que el nazareno de San Pablo, le dijo muy pausadamente: “Entonces póngame Luis Martínez nada más”. “El Aliño” formaba parte de la familia Castejón que estaba integrada por varios hermanos, la mamá y el papá. Provenían de Mérida y recuerdo que el señor, el papá de “El Aliño”, murió viendo una de las peleas de campeonato mundial del boxeador cumanés Antonio Gómez, cosas de la vida.

A la mañana siguiente fuimos trasladados al retén para menores de edad de la urbanización Los Chorros. Al otro causa (el compañero que había caído con Antonio y conmigo) y compañero de fechoría de nombre Oswaldo Carrasco “El Pollo”, como era mayor de edad, lo enviaron para el famoso Retén de Catia. Fue así, sin darme cuenta, como fui sumergiéndome “piano a piano” en el mundo

equivoco de la delincuencia y, por ende, tuve que acarrear con los peores momentos de mi vida.

A partir de allí comenzó la primera escena de aquella azarosa vida que me arrastraba y envolvía en el vicio de la droga. Comencé fumándome un pito de marihuana de vez en cuando. La primera vez que tomé en mis manos aquel pitillo, inhalé el humo destructor e inmediatamente tuve una sensación muy extraña en mi cerebro, por momentos me sentía como si estuviese en otro mundo, arrastrándome hacia el mismo error de los demás, torciendo el rumbo de mi futuro. Al poco tiempo de haber probado por primera vez la marihuana, casi sin darme cuenta, le di paso a las mandrax, que eran unas pastillas estupefacientes. También probaría el famoso perico (cocaína), droga que consumiría durante largos años. En ese mismo año (1972), luego de abandonar mis estudios para darle paso al rollo de orugas que muerden el árbol de los desvalidos, fui cambiando el calor de las sábanas de bahareque por el frío y la soledad del dragón con colmillos que me mostró el camino de los infelices sin conciencia que muerden la vida en su propia ignorancia. Palabras de reflexión para los drogadictos: *Cuando el flagelo de la droga abraza a los que parecen no tener conciencia, la sociedad empieza a destruirse poco a poco y un pedazo de humanidad comienza a desaparecer.*

Una vida azarosa: el vientre de la virgen

En la profundidad del tiempo y las imperfecciones de mi vida azarosa llegó el año 1974. Un día cualquiera, que estaba reunido con un grupo de jodedores, que al igual que yo estaban inmersos en el mundo cruel de la delincuencia, me invitaron a cometer un hurto (robo) en una quinta del Cafetal. Nos fuimos en un volkswagen hasta la quinta que ya ellos habían estado observando una semana antes. Cuando llegamos al sitio donde cometeríamos el delito, fuimos bajándonos uno a uno del carro, muy decididos a cometer la fechoría. Armados con destornilladores, martillo y un alicate de presión, violentamos las cerraduras y entramos a la quinta que prácticamente nos estaba aguardando con las piernas abiertas, cual si fuera una ramera que se vende al mejor postor, para que entráramos a robar. Introdujimos nuestros cuerpos dentro del vientre de aquella virgen quinta para cargar con todo el dinero en efectivo que encontráramos (como tres millones de bolívares), prendas de oro y de plata y cinco revólveres calibre 38. Luego de haber cometido el robo emprendimos la huida, llegamos al barrio y compartimos el botín que acabábamos de robar. Era la primera vez en mi vida que empuñaba un arma de fuego. Eso me recordaba las películas de guerra, cuando veía a los soldados con sus armas o las películas del lejano Oeste, en donde vaqueros e indios se caían a plomo. En realidad no sabía qué hacer con el arma y tenía que pensar de qué manera guardarla sin que mi madre se diera cuenta. Tenía que encontrar a alguien de confianza que me la pudiera guardar. Caminé calle arriba y calle abajo hasta que logré hablar con un pana de confianza llamado Jaime, quien vivía en la parte alta de la parroquia, mejor conocida como La Palomera o La Tela, y que decidió guardarme el armamento que me correspondía. Por otra parte, mis compañeros se habían vuelto locos y se habían caído a

tiros con la banda Los Willy Willy del sector La Ceiba. Eran esos momentos en los que era envuelto en el desconcierto y no lograba entender nada. Fue una época difícil, en la que comenzaban los enfrentamientos entre las diferentes bandas armadas. Parece que el monstruo de la violencia me mostraba sus garras por el camino difícil y corroído de los pensamientos equívocos que jamás pensé vencer, y mucho menos sentir el ánimo de saber si existía un futuro para nosotros los desvalidos, los que nos ahogábamos en el terrible vaivén de la vida, donde los feroces rufianes le dan patadas a la vida.

Fumándome las cenizas que cavaban mi sepulcro, estaba ya en plena adolescencia. Comenzaba a gatear en el mundo delictivo, mis pensamientos estaban corroídos por esas tendencias negativas que lentamente abrían la página destructora de mi futuro. Tendencias negativas que daban origen también a las lagunas de mis pensamientos y le daban paso a la luz verde de mis travesuras.

Aún recuerdo claramente la voz del sentimiento y las palabras de mi querida y por siempre recordada madre. Ella me decía, con ese rostro angelical, esa sonrisa encantadora y esas lágrimas que hacían surcos en sus mejillas, que me portara bien. Ella era la que me formaba peo para que yo no continuara en las andanzas del mundo hostil. Para que no siguiera cometiendo los errores garrafales de mi corta edad. Mi madre me rogaba para que no siguiera en ese mundo donde el polvo y el humo enloquecedor de la marihuana me arrastraban por el malecón de los pensamientos incubados en las agujas del reloj de las tinieblas. Ese mundo donde se iba ahuecando el espectro de mi vida arrinconada en la mansión del fantasma inclemente que espera impaciente al mejor postor.

La escasa madurez que yo tenía daba cabida al pincel que pintaba el cuadro de mis imperfecciones, enriqueciéndome de lo ajeno y empobreciendo mi propia inconsciencia. Las malas juntas formaban en mí un papel importante, el fantasma cruel me arrastraba poco a poco hacia el pantano donde se hundían mis pasos, arrebatándome los mejores años de mi vida. Volaba en el vacío de mis errores donde cada episodio engendraba las horas más tristes de mi azarosa vida.

Me hundía cada día en el paraíso desabrido y equívoco de los jóvenes atrapados en la delincuencia, evocando mundos lejanos, sumergiéndome en una miserable realidad sin propósito, apagando esa luz positiva e impulsando mi vida hacia el abismo que me extendía los brazos y que enlaza el hueco donde viven los mutantes que cercenan la lámpara de la felicidad.

En el entorno de muchas sociedades existe una realidad que no se puede esconder ni callar: el consumo de drogas. Y es este consumo el principal pasaporte a un infierno, el monstruo que devora niños, hombres y mujeres. El estímulo que lleva a muchos a violar las leyes y a cometer delitos: el inducido robo, el impulsivo homicidio y el ciego secuestro están a la orden del día. Estos actos van bloqueando las ideas positivas del ser humano y nos hunden en el subdesarrollo. Por lo cual tenemos que enfrentarnos cada día a una dura batalla de vida o muerte. Creo que todos estos actos cercenan los principios éticos, sociales y morales de aquellos que han caído en la delincuencia. En los últimos años la sociedad se ha visto obligada a enfrentarse a esta nueva generación de jóvenes que lamentablemente hemos visto tirados y abandonados, como perros sin amo, en las calles de nuestro hermoso país. Vemos a estos muchachos bajo los efectos del flagelo de las drogas y el alcohol, condenados a vivir experiencias tristes y dolorosas en el álbum de los discriminados por la sociedad. Los vemos convertidos en instrumentos del vicio, y pasan a formar el enorme listado de los olvidados, de los excluidos que han sufrido cambios físicos, mentales y morales.

No obstante, se puede sintetizar cuál es la razón de las deficiencias y fallos, de las infinidades de confusiones y desorientaciones en que viven muchos seres humanos víctimas de sus debilidades ideológicas, de sus descuidos ideológicos que los ciega del desarrollo mental, quienes día tras día van socavando y creando condiciones de rebeldes sin conciencia que han elegido esa forma efímera de vivir.

Yo me envuelvo en el espejo de mi propio testimonio y les digo que fui protagonista de mis dudas. Estuve hundido en el laberinto del teatro cruel de la vida. Mis pensamientos estaban mal definidos, confusos, ambiguos, mis pensamientos eran un fantasma nocturno

que se tragaba los sueños de mi negro camino. En la esquina del humo de la señora Dolores se achantaban cotidianamente los perros que fumaban marihuana. Allí, en esa esquina, formé parte del festín del paraíso ignorante.

El sol de la mañana comprimía los acontecimientos que a nadie he dicho, a veces quisiera borrar los ojos del perro azul, esos tercios recuerdos que no se borran con un dedo, ese mundo de sonrisas abofeteadas que no se apagan, esas calles de derroches, de huellas y cicatrices que cercenaban los sentimientos de aquel joven rebelde que amaba u odiaba la vida.

Eternamente tendré grabado en mi cachucha los tropezones y el deambular cotidiano que maceraban mis neuronas. Los días quedarán en el silencio de las horas que el tiempo no disolverá. El día de mañana, sin saberlo, mostraré mis heridas, mas no pediré a nadie que me saque los ojos para no ver las cicatrices de mis huellas. Solo sé que en la sombra de una luz muerta reinaba la incertidumbre de las lunas almacenadas en mi inconsciencia. La calle parecía comerse mi alma, estaba sumergido en un mundo de mentira, vivía perdido acariciando los confines del ruido huracanado del infierno donde el espanto hacía muecas en mi mente. Poco a poco mi alma se posaba en suelo de arena ardiente y se iba apoderando de mis pasos, en esas mismas condiciones estaban mis compañeros, quienes formaban parte de mis andanzas perjuiciosas.

Atrapado en las noches sin luna ni estrellas, reinaba el silencio de las sombras que cubría el camino. No tenía la más mínima intención de resguardar mi vida. Las horas delirantes parecían una caja de versos, parecían pájaros rapaces esclavos del vicio. Y los pitos de marihuana se arremolinaban en mi cerebro absorbiendo los sentimientos que tejían mis controversias llenas de detalles sombríos. Pero también debo atreverme a decir que hubo momentos hermosos. En medio de mis dudas y pese a mi limitada educación, debo decir que he sido una persona que, pese a mi desobediencia, aprendió de los caminos a amar y a respetar a mis semejantes.

San Agustín es pura música

Sobre los techos del barrio volaba la música de los Bee Gees, Rolling Stones, Barry White, Blood Sweat & Tears (que nosotros llamábamos en español Sangre, Sudor y Lágrimas), Los Beatles, Demis Roussos y muchos otros. La juventud enloquecía con el rock, las chicas de los barrios caraqueños se tongoneaban y exhibían sus maravillosas minifaldas que estaban a la moda de aquella época. Cuando uno iba a los bailes a media luz, resultaba fascinante ver a las muchachas exhibir sus hermosos cuerpos, y se nos ponían los ojos como joyero o perro con mal de rabia. Los patiquines de aquella época mostraban sus relucientes y extravagantes afros, que estaban de moda, combinados con pantalones Wrangler jean tubitos o acampanados, zapatos Keds y bufandas. El rock impactaba en los barrios y la salsa había decaído, hasta que llegó Cheo Feliciano junto a Carlos Santana con el tema musical *El ratón*, que incluso años atrás había grabado el mismísimo Cheo con el Sexteto de Joe Cuba. Por otra parte, Willie Colón y el poeta panameño Rubén Blades también hicieron de las suyas para no quedarse apagados, y de nuevo impulsaron la salsa, que para esos años (1977, 1978) había decaído. A partir de ahí la salsa volvió a tomar posición y en las fiestas cada día quedaban grabados los fragmentos de la salsa dura, quedaban grabados sobre los techos ciegos y sobre esos ranchos de cartón, construidos con mucho amor.

Hablar de la música de aquellos tiempos es hablar de Los Dementes, Federico y su Combo Latino (donde cantaba Carlín Rodríguez, quien era vecino de San Agustín), la orquesta de Billos, Los Melódicos, La Sonora Caracas, El Grupo Mango, La Dimensión Latina y el llamado Grupo Madera. Hablar del Grupo Folklórico y Experimental Madera es hablar de mi pana y vecino Héctor Romero “Pichón”, quien fue integrante de este legendario grupo musical. Cómo olvidar a aquel amigo de infancia. Recuerdo que en 1969 el Niño Jesús le trajo a “Pichón” un cuatrico de regalo navideño.

Ese fue su primer instrumento musical. Al año siguiente, aquel pequeño cuatrico fue creciendo junto al talento y al oído musical del “Pichón”, y sería su primo Frank Romero, su primer maestro musical, quien le enseñaría las primeras pisadas en los trastes de aquel instrumento maravilloso de cuatro cuerdas. Las inquietudes musicales de “Pichón” iban creciendo cada día. Aprendió a tocar bajo, guitarra y timbal, era un verdadero músico y su carrera iba en ascenso, hasta que llegó el día 15 de agosto de 1980, cuando el río Orinoco decidió tragarse al Grupo Madera entero. Aquel fatídico momento jamás será borrado de la memoria de los habitantes de San Agustín del Sur. Aquella lamentable tragedia les dio más fuerza a los cultores y cultoras de nuestra querida parroquia, y hoy se siguen realizando, con mucha fuerza, todas esas labores sociales por el bienestar de la patria grande. Creo que aun debajo de las aguas del Orinoco se escucha el eco de la mina, la prima, la boca, el cruzao y el repiquetear del quitiplás.

Mis hermanos del Grupo Folklórico y Experimental Madera no se limitaron a ser solo un grupo musical, sino a ir más allá de eso. Ellos soñaron con ser un movimiento que sintetizara la profunda experiencia social y cultural de la parroquia. Madera tuvo siempre la vena musical de las raíces africanas y latinoamericanas enlazadas con la poesía, la danza y el tambor africano, afrocubano y afrolatino.

El Grupo Madera hizo su primera presentación en la Casa Monagas, el 18 de noviembre de 1977. Ese día nació con los siguientes integrantes: Juan Ramón Castro, Felipe Rengifo “Mandingo”, Jesús “Chu” Quintero, Ricardo Quintero, Farides Mijares, Héctor Romero, Carlos Daniel Palacios, Lesvy Hernández, Ángel Silvera, Luis Orta, Ricardo Orta, Alfredo Sanoja “Paja Larga”, Nelly Ramos, Alejandrina Ramos, Nilda Ramos, Tibisay Ramos. Luego se sumarían: Marcela Hernández, Cecilia Bocorrit, Mirna Istúriz y José Rivero. También participaron como colaboradores en el inicio Eva Francia Martínez y Aleida Hernández. El Grupo Madera ha sido ejemplo para esos musicólogos del barrio. Madera supo ganarse el cariño del público y llegó a cosechar los aplausos de los

habitantes de la parroquia en las presentaciones detrás del Teatro Alameda y en los llamados Afinques de Marín. Para San Agustín fue muy lamentable la pérdida de estos grandes valores musicales. Y estoy completamente convencido de que aquí en San Agustín por siempre permanecerá su más bello ejemplo. Difícil será igualar el talento y calidad humana de estos generales de la música folclórica.

Hablar del Madera es mencionar las raíces musicales de los maestros Jesús Blanco “El Pure”, el artesano de los instrumentos musicales. Es hablar también de las genialidades del percusionista cubano Pedro García, conocido popularmente como “Pedro Guapachá”, quien poco a poco fue transmitiéndoles esa esencia melómana a los destacados músicos del barrio como Felipe Rengifo “Mandingo”, Jesús “Chu” Quintero, al talentoso Carlos “Nené” Quintero y a Farides Mijares. Todos estos talentosos músicos se encargaban de hacer bailar hasta al que no tenía pie. El timbre del tambor y las guatacas callejeras por siempre serán recordadas.

Un balón en los pies para sentirme libre

En un precioso día de 1976, mientras hablaba con José Luis Vargas, “Cara ‘e Choque”, me propuso la idea de participar en el equipo de fútbol de la Universidad Central de Venezuela. Quedamos en vernos al día siguiente en la avenida Leonardo Ruiz Pineda, exactamente en la panadería de los hermanos Rodrigo. Así, al día siguiente, cumpliendo con mi cuota de responsabilidad de hombre, acudí al lugar pautado. Nos montamos en el autobús del Manicomio, que pasaba por ahí por San Agustín y llegaba a la UCV. Cuando llegamos, hablamos con el técnico del equipo de fútbol de la universidad, Gerardo Venegas, “El Cholo”. Hablamos quince minutos e inmediatamente inicié los entrenamientos. Dos horas estuve entrenando. Después de un duro batallar, al final de la preparación física, técnica y psicológica, me llamó el técnico, quien había quedado muy complacido por mi buen desempeño en la cancha. Me pidió dos fotocopias de la cédula y dos fotos tipo carnet para el próximo entrenamiento.

Estando ya incluido en el equipo logré ganarme el puesto de lateral derecho y relacionarme con futbolistas de la Federación Venezolana de Fútbol y otros muy buenos jugadores del balompié profesional. Entre ellos puedo nombrar a Pedro Febles, el zurdo Rangel del deportivo Galicia, con quien logré entablar una muy buena relación deportiva y me enseñó algunas técnicas de dominio de pelota. También conocí a Chiquichagua, a Eचनाusi, a Pedro Ocaña, quien era el central del deportivo Italia, a Pedro Díaz, “Cara ‘e Piedra”, a Oscar Uribe “Berraco,” a los hermanos Nené y Rubén “Topocho” y a “Quimba” Brito, portero del deportivo Portuguesa. Estos seis últimos futbolistas nacieron en San Agustín del Sur.

Luego de una larga temporada de buen fútbol con el equipo de la Universidad Central de Venezuela logramos conquistar el

título de campeones del Torneo Juvenil de la Federación de Fútbol Venezolano. Disputamos la final en un reñido partido con el Centro Italovenezolano, quedando el *score* dos a uno. El campeonato había llegado a su meta final y había que esperar a que se reiniciara nuevamente el próximo torneo de la Federación de Fútbol.

También es justo mencionar, y hablando de deportes, que la actividad boxística en San Agustín fue bien importante. Y no podemos dejar de nombrar a boxeadores como: “Chivo Negro” Orta, peso pluma, quien fue el primer campeón centroamericano y del Caribe y Vicente Ribas, medalla de plata en los Juegos Panamericanos celebrados en México en el año 1955, en el peso ligero. Vicente también fue campeón nacional de los pesos ligeros en un combate realizado en el año 1958, en pelea pautada con Guillermo “Chicharrita” Medina. Vicente Ribas mantuvo el título hasta el año 1966, al perderlo ante esa gran figura del pugilismo venezolano, Morocho Hernández.

Las inquietudes culturales y deportivas brotaban por mis venas en los constantes eventos deportivos que se hacían en El Afincue de Marín y en otras parroquias caraqueñas. Era la época maravillosa de aquella Caracas de los setenta, donde todo era distinto. Con relación a mi vida, empezaba ya a darme a conocer por el buen desempeño futbolístico, conquistando cuanta cancha se me atravesara y siendo conocido por toda esa gente que frecuentaba las canchas para ver los partidos de futbolito que se realizaban en distintas zonas. En esa época había un gran movimiento muy sano y sabroso. Recuerdo que cuando iba a algún torneo, empezaba a lanzar balonzos, tratando de imitar ciertas jugadas de algunos futbolistas. Desde mis inicios en este deporte tuve muy buenas experiencias. Cuando jugaba fútbol, me sentía libre; eran los años en que comenzaba a tejerse la voz rebelde de mi juventud y a relacionarme tanto con deportistas como con jóvenes delincuentes. En aquel momento era muy joven para entender mi vida tan compleja y no sabía definir realmente lo que quería, la falta de madurez me cegaba, no sabía si encaminarme por el camino correcto o por el que mejor me parecía. Las malas juntas me arrastraban por las piedras del abismo.

Preso de mis propios pensamientos

Después de haber disfrutado de los distintos torneos de futbolito y de la gran experiencia de fútbol con el equipo de la Universidad Central de Venezuela, me ausenté de la disciplina deportiva y con la misma llegó nuevamente la bestia que habitaba en el cristal abominable de mi triste realidad, el cocodrilo depredador babeaba mis pensamientos.

Era una época donde iba perdiendo los mejores años de mi vida, mientras me dejaba arrastrar por mi rebeldía no podía comprender el atraso social que muchas veces sufrimos los seres humanos, quienes a causa de nuestros propios riesgos incomprensibles destruimos a nuestros seres queridos y le causamos daño a la sociedad.

Pienso que no existía ninguna necesidad de vivir en medio del volcán de la desobediencia, que para ese entonces era en lo que creía; los pensamientos positivos lentamente iban huyendo de mi cerebro. El tiempo fue escurriéndose en medio de la infelicidad, en el muelle de los moribundos y las llamas prisioneras de la ignorancia, que lentamente van invocando el peligro del oscuro camino de los delincuentes corroídos por la triste realidad.

Las agujas del reloj iban cincelandando minuciosamente las contradicciones de mi estúpida rebeldía. Pienso que la mayoría de los seres que hemos vivido esa fantástica mentira en el vago andar de la rebeldía sin conciencia estamos incapacitados para construir el mañana. Quienes nos hemos ido formando como prisioneros del destino y que solo pensamos como vivimos, nos aferramos al duro andar entre las sombras y la oscuridad callejera. Sometidos a una vida social inestable, cuya realidad es la miserable autodestrucción social y todos esos desequilibrios desfavorables para la evolución ética, nos convertimos en una seria amenaza para la vida en sociedad. Hemos ignorado la visión del crecimiento humano.

De los carnavales con La Sonora Matancera a El Afinque de Marín: vivencias de un San Agustín que no volverá

Recuerdo con mucha alegría el teatro Alameda, que por muchos años sufrió el abandono de la Cuarta República, pero la incansable lucha de los trabajadores sociales y culturales que hacen vida en la parroquia ha perseverado por mantener la cultura popular. Han logrado unir las inquietudes para la recuperación de este maravilloso teatro, que forma parte del acervo cultural histórico y patrimonial de la parroquia San Agustín del Sur. Este emblemático teatro de nuestra parroquia ha sido sede de muchas actividades culturales. Detrás del mismo cine con frecuencia se realizaban las rumbas del legendario Afinque de Marín, fue allí donde se dio a conocer el mítico Grupo Madera, integrado, entre otros, por el maestro de la percusión Felipe Rengifo “Mandingo”. Este percusionista, quien tiene años ya residenciado en Alemania, comenzó tocando el bambú. Con el tiempo se convirtió en alumno del “Pure” Jesús Blanco y del desaparecido “Chu” Quintero. “Mandingo” tuvo el privilegio de ser discípulo del maestro Pedro Guapachá, quien había llegado a Venezuela procedente del barrio Mariano provincia de Santa Clara, región de Fomento, en la isla de Cuba.

Hablar del Grupo Madera es hablar también de Carlos Daniel Palacios, del bailarín del grupo Marcos Sanoja “Paja Larga”, los hermanos Quintero, Héctor Romero “Pichón”, entre otros. Todos ellos eran los encargados de darle saoco al barrio y eran los invitados habituales a diferentes grupos musicales que se presentaban en los carnavales de la época de oro.

Los que organizaban la rumba en el barrio aprovechaban el momento para invitar a artistas de renombre que estuvieran en Caracas amenizando esos viejos y entrañables carnavales que jamás volverán

a ser iguales. Uno veía muchas carrozas por las calles cara-queñas, carrozas de los distintos barrios caraqueños. Allí se exhibían las hermosas reinas y se veía a los muchachos en las aceras de las avenidas que gritaban: “Aquí es, aquí es”. Las reinas nos arrojaban serpentinas, caramelos y monedas. Recuerdo que en esos días de carnaval se jugaba con agua ligada con colonia 4711 y con talco, pero a eso de las cuatro de la tarde los jugadores de carnaval se disfrazaban e iban a bailar en las plazas Candelaria, Diego Ibarra, Tiuna, entre otras, donde se dejaban ver los mejores disfraces de la época. En San Agustín, que era una parroquia salsera, se escuchaba la música de la extraordinaria e incomparable guarachera de Cuba: Celia Cruz. Celia había nacido en el barrio Santos Suárez de la ciudad de La Habana, Cuba, el 21 de octubre de 1925. Era una de los cuatro hijos que tuvieron sus padres Catalina Alfonzo y Simón Cruz. Desde muy niña, Celia deleitaba a sus vecinos con su poderosa voz. Cuando la gente se percataba de que ella estaba cantando, se acercaban a las puertas de su humilde casa para oírla. Fue entonces cuando su primo Serafín se percató de que Celia Cruz tenía saoco salsero en las venas y una voz exquisita, y la convenció para llevarla a un concurso de cantantes aficionados en la radio. Y fue en ese programa radial donde Celia cantó el tango *Nostalgia*, obteniendo el primer premio. Esta cantante, exclusiva e inimitable, descubre que tenía el sabor del ritmo africano en las venas, y viendo que había tenido suerte, entonces decide ir a todos los lugares en donde hubiera programas de este estilo. Celia se toma muy en serio el consejo de una de sus maestras, quien le dijo que mejor se dedicara a la música, que con la música iba a ganar mucho más dinero en un día que ella como maestra. Más tarde Celia realizó estudios de teoría, piano y voz, pero un día fue llamada a una audición por uno de los conjuntos más famosos de La Habana: La Sonora Matancera. En esa agrupación conoció a quien fuera su esposo y compañero inseparable: el trompetista Pedro Knight. Celia pasó con éxito la audición y el día 3 de agosto de 1950 entra en el mundo musical y empieza a cantar con el conjunto La Sonora Matancera. Sin embargo, tropezó con el rechazo momentáneo del

público, que consideraba que Mirtha Silva no debía ser sustituida por esta “negra”, pero recibió el apoyo total del director del conjunto, Rogelio Martínez.

En los años cincuenta, las mujeres no vendían discos y Celia Cruz, en 1951, logra grabar *Cao, cao, maní picao*, su primer disco con La Sonora Matancera, gracias al apoyo de Rogelio Martínez. Con La Sonora llegaría Celia a la cúspide. Allí compartiría con otra leyenda de la música: el cantante Daniel Santos, conocido como “El Inquieto Anacobero”. Uno de los más enigmáticos personajes de la música popular latinoamericana.

Daniel había nacido en Santurce el 5 de febrero de 1916. Pasó su infancia en un barrio de esa ciudad conocido como Trastalleres por estar ubicado detrás de los antiguos talleres del ferrocarril. Estando ya en Nueva York, resulta que un día, mientras se bañaba, estaba cantando una de las dos únicas canciones que se sabía de memoria: una guaracha del recordado Rafael Hernández. Estaba en lo más profundo de su inspiración cuando de repente sintió que tocaban la puerta. Era uno de los integrantes del trío Lírico, un conjunto musical que se dedicaba a amenizar bailes y bautizos. De inmediato el hombre le pidió a Daniel que se incorporara al trío y así se hizo profesional. Cobraba un dólar por interpretar la melodía varias veces, luego empezó a cobrar dólar y medio por cantar los días sábados en el club Borinquen, de la ciudad de Nueva York. Daniel pasó un tiempo alternando con el trío Lírico y el conjunto Yurumí, hasta que en 1938 tuvo un encuentro con el compositor puertorriqueño don Pedro Flores. Una noche en que Daniel estaba cantando en un casino, llegó don Pedro. Daniel interpretaba en ese momento el bolero *Amor perdido*, que era precisamente de don Pedro. Cuando Daniel terminó de cantar, este lo invitó a su mesa para que compartiera con él y con otras personas. Don Pedro le manifestó a Daniel que le había gustado mucho esa interpretación de un bolero suyo, y le pidió que formara parte de su conjunto. Fue así como Daniel arrancararía con el cuarteto Flores, haciendo dúo con Chacho Moraza.

En 1941, tras el inicio de la Segunda Guerra Mundial, Daniel graba su primer disco con don Pedro Flores. Poco después debe cumplir con el servicio militar obligatorio del ejército norteamericano. Posteriormente, en una de las presentaciones de Daniel, el locutor se equivoca haciendo la presentación y lo anuncia como “El Anacobero”, y es a partir de ese momento donde se da a conocer como “El Anacobero Daniel Santos”. Daniel vivió siempre una vida desordenada que lo llevó a estar preso en varias oportunidades en cárceles de Cuba, Ecuador y República Dominicana.

Daniel Santos empezó a cantar con La Sonora Matancera y se dio a conocer como “El Inquieto” por su vida de bohemio, viviendo entre el licor y las mujeres. Tuvo doce hijos y vivió sus últimos años de vida en Florida, al lado de su duodécima esposa, Ana Rivera. Murió el 27 de noviembre de 1992, víctima de un ataque cardíaco; sus restos reposan en el cementerio Santa María Magdalena de Pazzis, del viejo San Juan.

Otro gran cantante estrella de La Gran Sonora Matancera fue Rosendo Bienvenido Granda Aguilera, quien nació en La Habana, el 30 de agosto de 1915 y murió en México el 9 de julio de 1983. Fue un destacado cantautor cubano conocido como “El Bigote que Canta”, por el prominente bigote que siempre lo acompañó.

Otro de los artistas que también llegó a presentarse de manera gratuita en la popular parroquia fue Eddie Palmieri, reconocido como uno de los artistas más innovadores en la historia de la música latinoamericana y quien ha sido uno de los pioneros de la salsa. De origen puertorriqueño y de ascendencia corsa, Eddie Palmieri nace en Nueva York, EUA, el día 15 de agosto de diciembre de 1936. Recuerdo la noche de un carnaval de los años setenta en El Afínque de Marín, “El Mocho” Eddie Palmieri esa noche hizo bailar hasta a la tarima, con el sonido monstruoso de esa salsa espesa y caliente que se les metía en la sangre a los melómanos. Quienes presenciamos en vivo el repertorio de las grabaciones más recientes de ese momento, fuimos testigos de un recital de salsa de la buena. Todo ese gran potencial inspiraría a los jóvenes músicos nacidos aquí y que se estaban iniciando en el mundo

musical. En pocas palabras, “El Mocho” Eduardo Palmieri logró alcanzar un sitio en la comunidad como uno de los más grandes artistas que han desfilado por nuestra parroquia.

Desde hace muchos años la parroquia de San Agustín del Sur ha sido, no solo para Venezuela sino también para el mundo entero, una mina de buenos músicos y de diversas expresiones artísticas, deportivas y culturales. Y siempre hubo en San Agustín esa disposición a los “Ventetú” (así se llama a esas rumbas improvisadas a las que se iba incorporando gente en la medida en que llegaban). Es importante resaltar que a estos Ventetú, que formaban los melómanos de San Agustín, solía unirse el ratón Cheo Feliciano y otros grandes artistas musicales.

José Luis Feliciano Vegas nace en Ponce el 3 de julio de 1935, fue hijo de Margarito Feliciano y de Crescencia Vega de Feliciano, quienes vivían del humilde trabajo de carpintero del padre. Cheo se inició en la música a través del bolero como percusionista en su ciudad natal, y en 1952 se trasladó a Nueva York con su familia. En esos primeros tiempos en Nueva York no quiso continuar con sus estudios y luego trabajó como mensajero, antes de empezar a trabajar como músico para diversas orquestas.

En 1955, cuando Cheo era atrilero de la orquesta de Tito Rodríguez, este se percató del gran talento que tenía Cheo y le da la oportunidad de cantar una noche junto a su orquesta en el club nocturno neoyorquino, hoy desaparecido, conocido como el Palladium.

Cheo sale airoso de la prueba y es Tito Rodríguez quien lo recomienda con el músico Joe Cuba para que lo incluya en su sexteto. A partir de ese momento Cheo Feliciano inicia su carrera. Y luego de haber permanecido diez años con Joe Cuba, se convierte en solista. En 1968 colaboraría en el disco *Champagne* de Eddie Palmieri, con quien logra grabar el tema “Busca lo tuyo”.

El talentoso ratón tuvo problemas de drogadicción y durante esa dura etapa el consumo de marihuana y heroína hacían estragos en su salud. Y aunque siguió trabajando, se dio cuenta del daño que se causaba a sí mismo y a su familia, por lo que se retiró temporalmente

de la música. Y, ayudado por su gran amigo y colega Tommy Olivencia, ingresa a una de las sedes de Hogares Crea, en Puerto Rico, para rehabilitarse. Cheo contó también con el apoyo del gran Tite Curet Alonso y del abogado y empresario estadounidense Jerry Massuci, quien se interesó en que Cheo fuese contratado para su empresa Fania Records. Con los caballos de la Fania, lograría cosechar una gran cantidad de éxitos musicales entre ellos *Anacaona*.

La vida del “coñoemadreo” que nada bueno traería

Me sorprendió el año 1978 bajo un cielo azul que cubría las miserias de mi humilde barrio. Lamentablemente podría decir que en esa época los venezolanos vivíamos las atrocidades de la Cuarta República, se aproximaban las elecciones presidenciales y el año seguía su rumbo, la vida me daba la oportunidad de participar y expresar mi propia opinión en las venideras elecciones a realizarse el día 3 de diciembre de 1978.

Para ese entonces se habían postulados varios políticos, entre los candidatos estaban Luis Herrera Campins, postulado por el Partido Socialcristiano Copei y Renny Ottolina, quien lamentablemente, a pesar de que lucía como un ganador seguro, no pudo ser electo a causa del fatídico accidente aéreo que le produjo la muerte.

El 16 de marzo de 1978, mientras Renny viajaba a una reunión de empresarios que iba a realizarse en Porlamar, isla de Margarita, la avioneta Cessna 310, donde él viajaba y que era piloteada por el abogado y piloto aéreo Carlos Olavarría, se estrella en las inmediaciones del pico Naiguatá. Viajaban también el jefe de campaña de Renny, Ciro Medina y otros dos ocupantes, Luis Duque y César Oropeza. Todos los ocupantes de la avioneta fallecieron. Las autoridades tardaron una semana en localizar los cadáveres, ya que se pensó que la avioneta se había estrellado en el mar.

Por otro lado, yo tampoco me decidí a votar, producto de la molestia que me causó la fatal tragedia del candidato Renny Otolina. El 3 de diciembre de 1978 fueron las elecciones donde resultó electo el candidato Luis Herrera Campins.

Después de esas elecciones, nuevamente el demonio, sin mediar palabras, tomó posesión de mis andanzas. Los continuos errores

garrafales corroían mis pensamientos en la tumba volátil que permanecía bajo un inmóvil cielo. Sobrevinieron las nuevas relaciones y con ellas continuaba sumergido en los constantes trasnochos, el consumo y los actos punibles, la bestia cada día me arrastraba por el sendero de la violencia, codiciando un dinero mal habido y escurriéndome por el pasadizo de la mala vida.

Algo después, me acerqué hasta un grupo de jóvenes vecinos de San Agustín: Orlando, a quien todos lo llaman “Seis Dedos”; estaban los hermanos Martín y Rogelio, y estaban también Juan Ribero, Armando y Alexis Machado “El Niche”. Con ellos formé un club cultural y deportivo. Con ese club buscaríamos incentivar a los jóvenes del barrio en diversas actividades recreativas y culturales. Allí practicaríamos atletismo, voleibol y futbolito. La propuesta no se hizo esperar y a la semana siguiente nuevamente estábamos reunidos en la casa de Orlando, allí compartimos e intercambiamos ideas; la primera era hacerles el llamado a los jóvenes de la parroquia para conformar el club que llevaría por nombre Los Azulejos. El siguiente paso debía ser recaudar fondos para la compra de los elementos deportivos: balones, mallas, etc. Estando reunidos en la casa de Orlando “Seis Dedos”, decidimos (idea que se le ocurrió al propio Orlando) hacer una rifa, así que al día siguiente comenzamos a vender los números a cinco bolívares. A partir de ese momento mi vida fue enrumbándose hacia una mejor manera de vivir. Con este club realizamos un valioso trabajo cultural y social. Hacíamos constantemente torneos en las diferentes disciplinas deportivas y con el pasar del tiempo fuimos incluyendo juegos autóctonos como metras, papagayos, carreras de sacos, etc.

En esa misma época Alexis Machado conformó un grupo llamado Pensamiento Juvenil, que de alguna manera era hijo del grupo Los Azulejos. De aquel grupo disfrutaban todos los vecinos. La música, el tambor y la danza eran protagonistas en aquellos días. Toda esta dinámica significaba para mí un crecimiento personal alrededor del mundo cultural que me apartaba del cráter devastador donde circundan las sombras espantosas. Aquella dinámica tan bonita de promoción cultural y deportiva me mantenía apartado del

laberinto triste de los mal encaminados, donde no existen héroes, la irrespetuosa profesión de los desadaptados. En ese entonces daba el salto al umbral de mi desordenada vida. Para mí fue un tiempo tan valioso, el destino me brindaba esas imborrables horas rebozadas de buenos augurios.

Pero al cabo de un tiempo, estaba otra vez atormentado por los pensamientos malignos, por el veneno callejero y por las contradicciones provenientes de esos dos mundos encontrados: el deporte y el delito. Y lamentablemente fui arrojado al mundo de los malos pasos. Así, bajo aquella inocultable realidad, volvió el fantasma de la soberbia. Y aunque no me considero culpable de mi oscuro pasado, entiendo que vivía cegado por las iniquidades de mi vida.

Ese mismo año llegó el Mundial de Argentina 1978, y me dediqué a contemplar la fiesta del fútbol. Argentina vivía bajo el dominio de una dictadura militar comandada por el general Jorge Rafael Videla. Hubo amenazas de varios países de no asistir al Mundial por la situación política que vivía Argentina, pero el torneo terminó paralizándolo al mundo entero y transcurrió de forma normal. En este prestigioso evento deportivo participaron Argentina (sede), Holanda, Brasil, Italia, Polonia, Alemania Federal, Austria, Perú, Túnez, España, Escocia, Francia, Suecia, Irán, Hungría y México. La final la jugaron Argentina y Holanda; y en la disputa del trofeo más valioso de esta disciplina deportiva, Argentina quedó campeona ante Holanda 3-1, quedando el argentino Mario Kempes como el líder goleador con 6 goles.

Al año siguiente, 1979, el presidente electo, Luis Antonio Herrera Campins, quien nació el 4 de mayo de 1925, en Acarigua, estado Portuguesa, a la edad de 54 años en el período 1979-1984, asume la presidencia de la República de Venezuela.

El gobierno del representante del Partido Socialcristiano Copei estuvo marcado por una crisis económica larga y profunda; su frase fue: "Recibo un país hipotecado". Su programa de gobierno se basó en la concepción de un Estado promotor que buscaba estimular la pequeña empresa, evitando el estatismo; una política que deseaba

apuntar hacia la liberación de la economía y disminución del gasto público; esas metas nunca fueron logradas.

En diciembre de 1979, comienza un debate iniciado, tras el triunfo de Copei, sobre corrupción administrativa en el período presidencial de Carlos Andrés Pérez. En Venezuela se desata una polémica por el famoso e inolvidable barco Sierra Nevada que, en mayo de 1980, con una votación final en el Congreso, adjudica responsabilidad política al expresidente de Venezuela Carlos Andrés Pérez.

En el gobierno de Luis Herrera Campins se presentaron grandes discrepancias en las políticas macroeconómicas; había una contradicción económica. La tragedia fue que el Gobierno no logró cumplir sus metas de moderar el gasto público y la liquidez, al punto de que no logró cumplir con sus objetivos de bajar la inflación.

En efecto, para 1980, se estimaba que se ubicaría entre el 6 y 12 %. La inflación fue a causa del aumento del gasto público en función de un aumento general de sueldos impuesto por la CTV, en contra de la voluntad del Ejecutivo y que se tradujo en cientos de contratos que tuvieron que firmar los entes gubernamentales.

El año 1980 fue un año bisiesto, comenzado en martes según el calendario gregoriano. Venezuela seguía gobernada por Luis Herrera Campins, cuyo lema era “Gobierno para todos”. Para ese entonces los precios del petróleo llegan entre el año 1980 y 1981 a niveles jamás antes vistos, el barril del petróleo en muchas ocasiones llegó a 32,6 dólares por barril, lo que trae como resultado incrementos significativos en los ingresos fiscales e ingresos de divisas que compensan la presión que sobre dichas variables ejercen los servicios de la deuda para estos años. Comienza la política de bloqueo petrolero realizado por los países árabes contra los Estados Unidos y otros países occidentales.

En esa misma fecha vuelvo a reanudar mis andanzas conjuntamente con mis panas de fechorías: “Vinagre”, quien era la junta en quien más confiaba; “Boloña”, “Bombero”, “Félix”, “Tres Patas”, entre otros, sin mencionar, para no extender el largo listado de mis compañeros que compartían las horas del malandreo, mientras

cavábamos nuestra propia fosa. En la Semana Santa de 1980, “Vinagre”, “Tres Patas” y yo entrompamos de hurto en una quinta de las terrazas de Las Acacias; luego de dos horas de larga búsqueda, cargamos con 7.000 dólares, que para ese entonces había subido de 4,30 a 12,30.

En el mismo paquete venía incluida la ñapa: un rifle Winchester calibre 22, una escopeta de dos cañones y una pistola Luger calibre 9 mm, que nos habían dejado como herencia los dueños de la quinta. Continué por los caminos conocidos y desconocidos por donde circunda la violencia delictiva y todas esas manifestaciones presentes en la vida del “coñoemadreo”. En ese camino compartía con los convives, viendo los amaneceres en la calle sin ley del barrio San Agustín del Sur. Jodiendo toda la oscura y tenebrosa noche y fumándome el hueco de mi sepultura: compañera de mis fechorías. Por la mañana, ya de regreso a casa me aguardaba la puré (mi mamá). Recuerdo que siempre me decía: “¡Coño, chico, hasta cuándo vas a continuar con esos amaneceres, jodiendo todas las noches, buscando el peligro! Deja de estar jodiendo tanto, mira que en cualquier momento no me vas a encontrar. Fíjate que yo ya estoy vieja, échate un baño para que comas y te acuestes a dormir”. Aún no se me olvidan aquellas palabras que siempre me repetía como una grabadora, pero yo, por el contrario, seguía escoñetándome la vida en la desenfrenada carrera del “coñoemadreo”. Yo seguía viviendo todo ese conjunto de experiencias amargas que destruyen lentamente al hombre, los tristes recuerdos quedaron grabados en mi vieja máquina pensadora, donde el constante peligro nunca retrocede a los versos callejeros y vencen los jóvenes que se creen los más coño é madre, los más cartelúos de la comunidad.

Bueno, queridos lectores, es tiempo de continuar con mi relato. Después de escuchar aquellas palabras de mi progenitora, palabras que oía con frecuencia, me dedicaba a reposar en mi catre y roncaba igual a un vagabundo. Realmente era un vagabundo que rodaba por los caminos infrahumanos que bullen en el mismísimo infierno. Allí estaba yo, entremezclado con los huesos del huerto seco, consumiendo el “polvo maldito” y preso en el eje podrido de las travesuras. Las

fechorías de una etapa que jamás repetiré. El propósito de estas palabras es esbozar todas esas manifestaciones asociadas al duro batallar que han dejado huellas y cicatrices cargadas de inolvidables experiencias. Vivencias tatuadas en el camino donde se desdibujan los sufrimientos encadenados al dolor sombrío que guarda las huellas del silencio cual si fuera un periódico viejo.

En aquellos mismos días obtuve un dinero mal habido con el que me compré una moto Yamaha, marca Deluxe, de cien cilindradas. Con esa moto llegaría a cometer fechorías. Un día estaba en el barrio Marín de San Agustín, cuando desde la parte alta del barrio que todos llamaban La Guitarrita, yo y el grupo con el que estaba vimos a un chamo que traficaba con bazuco y cocaína (un jíbaro). “Vinagre” y yo lo llamamos y le preguntamos si tenía cocaína, pero cuando él se disponía a sacar la mercancía de un bolso que cargaba terciado al hombro le quité las llaves de la moto y “Vinagre” lo apuntó con un revólver marca Yambumba calibre 38, era la época de los revólveres. El hombre se asustó y le indicamos que se bajara de la moto Yamaha, marca DT, de 125 cilindradas y color negro y rojo, que fueron los primeros DT que salieron a la pista. El hombre se bajó de la moto y enseguida yo me subí a ella y me la llevé hasta la parte alta del barrio El Manguito, la paré en un terreno que había en las terrazas de Las Acacias, ahí la dejé estacionada y me fui caminando por todo el cerro para llegar nuevamente hasta Marín. Pero cuando iba por el sector La Ceiba, venían subiendo “Vinagre” y otro pana a quien llamaban Vicente “Pipi”. Los panas me preguntaron que dónde había dejado la moto y les contesté que la había dejado estacionada en la redoma.

Me regresé con ellos y llegamos a donde estaba el motor nuevo. Entonces decidimos cobrar una recompensa por la moto y mandamos un emisario para hacer los contactos correspondientes y cobrar lo que queríamos. Pedimos 100 gramos de bazuco y 100 gramos de cocaína, el hombre aceptó la recompensa porque él quería recuperar la moto que acababa de comprar ese mismo día. Pero cuando fuimos a buscar la moto al lugar donde estaba estacionada, el carajo había subido con otro loco y se llevaron la moto que le

habíamos quitado. Sin pérdida de tiempo le metieron tres tiros en el tanque a la moto que yo tenía, aquello nos causó muchísima bronca, y procedimos a buscarlo en la casa de la jeva de él. Nos percatamos de que no se encontraba allí y nuevamente enviamos al contacto para que hablara con el mismo que le habíamos quitado la moto, le sugerimos que entregara nuevamente la moto, lo pusimos en tres y dos, total, accedió a la propuesta y rescatamos nuevamente la moto.

Pero esta vez la guardamos en un rancho que teníamos en la calle sin ley, e hicimos nuevamente los trámites para la recompensa, ahora no se trataba de 100 gramos de bazuco y 100 gramos de cocaína, la cuenta había subido a 150 tanto de bazuco como de cocaína. A la larga cobramos 100 de cocaína y 100 de bazuco, pero quedaba la culebra viva, entonces teníamos que estar pendiente porque en varias ocasiones nos lanzaron ataques. Después me vi obligado a arreglar la moto que tenía los tiros. Tiempo después la vendí unas cuatro veces, ya que después de venderla se la quitaba a los compradores a punta de revólver.

En 1982, por medio de un compañero de la Cota 905, a quien yo le vendía oro, logré hacer contacto con unos “caliches” (colombianos), quienes compraban motos y carros robados. Logré venderles por encargo hasta ocho motos en un mes. Ese mismo año, cuando tenía aproximadamente seis meses trabajando con ellos, cayeron presos, producto de un allanamiento realizado por los funcionarios de la Policía Metropolitana al lugar donde resguardaban las motos. A partir de ese momento perdí el contacto para la venta de motos.

“La Bachaca” tiene mucha fuerza

El 27 de febrero de 1989 se produjo en Venezuela una gran explosión social en rechazo al paquete de medidas económicas neoliberales, impuesto por el gobierno de Carlos Andrés Pérez por instrucciones del Fondo Monetario Internacional.

La gente de los barrios más humildes salió masivamente a la calle, comenzó a quemar autobuses, a saquear comercios, a derribar las santamarías de las tiendas y supermercados. Por otro lado, salieron los efectivos de la Guardia Nacional a poner “orden”. Mientras transcurría el Caracazo, el gesto rabioso de una bala aguardaba al doblar la esquina a quienes salieron a saquear. La policía y los militares hicieron uso de sus armas para aniquilar al pueblo.

Serían aproximadamente las 5:00 de la tarde del 27 de febrero de 1989, me encontraba en compañía de un vecino de nombre Iván López conversando en la tercera calle del barrio El Manguito de San Agustín del Sur, cuando vimos un movimiento muy extraño en la subida El Manguito. La gente corría de un lado hacia otro como desesperada. Mientras observábamos detenidamente, de repente, logramos ver a una joven vecina, a quien le decían “La Bachaca”, con una bicicleta en la mano y una olla de presión que traía en su cabeza, inmediatamente Iván le preguntó que qué estaba pasando en la calle, que por qué había tanto movimiento, y esta le respondió que mientras caminaba por los alrededores de El Silencio se dio cuenta de que la gente enceguecida por el rechazo del paquete de las medidas económicas neoliberales, la liberación de precios, la liberación del comercio y la privatización de las empresas del Estado, tomó la decisión de saquear los comercios. Pienso que una de las causas inmediatas de aquella rebelión popular fue el aumento del pasaje del transporte como consecuencia del aumento de precio de la gasolina.

De acuerdo a mi percepción, la rebelión popular del Caracazo daba muestras de que era posible acabar con todas las barbaridades

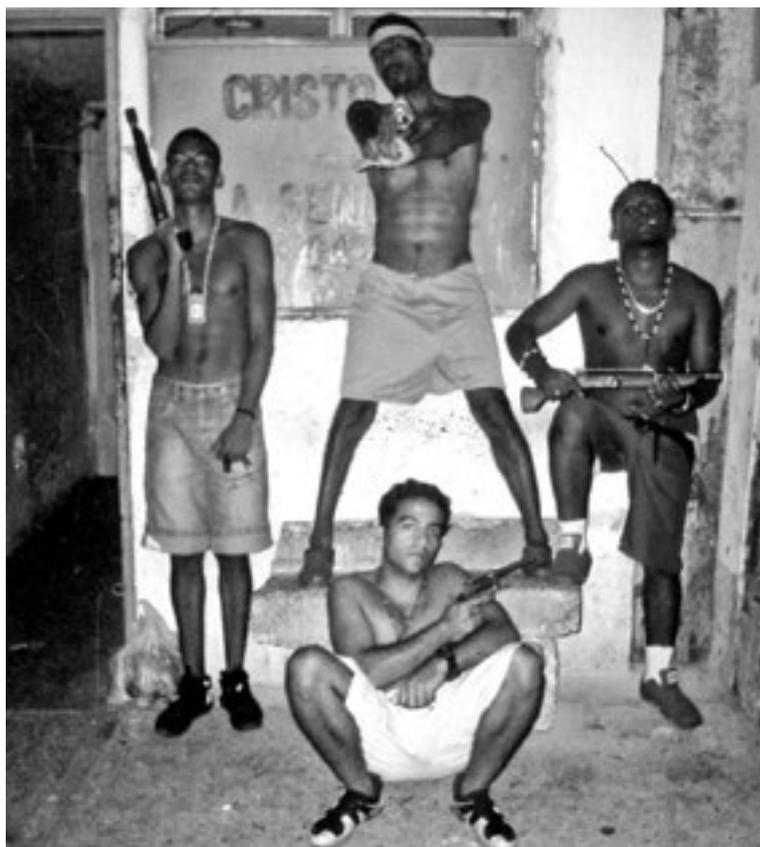
del presidente Carlos Andrés Pérez. Pienso que ese fue el inicio de la Revolución Bolivariana, impulsada años más tarde por el Comandante Hugo Chávez Frías. El Caracazo de febrero de 1989, estoy convencido de que dejó un manto invisible de muertes que enlutaron a un sinnúmero de hogares.

Veintiséis años después del Caracazo de 1989, no hay ninguna acción que traiga físicamente a los fallecidos, las cenizas y el llanto de los primogénitos que vieron morir el ombligo, aquellos mártires que lucharon contra las piltrafas del puntofijismo y los perros que devoraron la carne de los humildes. Hoy 8 de enero de 2016 se me hace imposible escribir sin borrar de mi memoria el dolor causado por los sucesos del Caracazo. Y aunque estos saqueos fueron perpetrados desorganizadamente por los saqueadores, que era la gente de los barrios, esto permitió que se abrieran las puertas de la revolución. Los saqueos se extendieron a lo largo y ancho de Guarenas, Los Teques, Valencia, Maracay, Mérida y Barcelona, y los sucesos se hacían incontrolables, no solo para los cuerpos de seguridad del Estado, sino también para la Guardia Nacional. Ya en la madrugada del día 28 de febrero, se inicia entonces el despliegue de los efectivos militares disponibles en Caracas.

Efectivos militares de refuerzo se movilizaron desde el interior del país, y Carlos Andrés Pérez recibió a dirigentes de las distintas fuerzas políticas para ponerlos al tanto de la situación y solicitarles su respaldo a la medida de suspensión de garantías y toque de queda. La suspensión de las garantías fue anunciada el 28 de febrero en horas de la noche por el ministro de la Defensa Italo del Valle Alliegro.

Luego de la suspensión de las garantías constitucionales por parte de Carlos Andrés Pérez, comienzan los disparos despiadados contra los venezolanos, los allanamientos a los hogares y las detenciones de los ciudadanos sin orden judicial, la libertad de expresión y de pensamiento quedaban suspendidas.

III PARTE
CORAZÓN CON MUROS



Jorge posa junto a Junior, "Arenita Playita" y Wilson en un lugar de Yare I, llamado Los Talleres. Esta foto fue tomada en el año 2006 por un compañero cristiano que se dedicaba a tomar fotografías para luego venderlas.

El lugar donde florecen los chuzos cuando la luna se oculta

*La cárcel es una jaula de desigualdades
y de hombres depredadores del hombre.*

Una mañana del 15 de noviembre de 1990, a las 6:45 minutos de la mañana, salí de mi casa después de haber tenido una discusión muy acalorada con mi señora Nancy Torres, quien se sorprendió al darse cuenta de que un chamo del barrio me había ido a buscar. Ella presentía, por la brusquedad de aquel joven, que no me buscaba para nada bueno. Se molestó, pero yo no le hice caso. Quiso retenerme para que no saliera de la casa e incluso me escondió los zapatos, pero en fracción de segundos salí de la casa a encontrarme con el pana que me esperaba para irnos a cometer el robo, del cual ya habíamos conversado la noche anterior.

Sin perder tiempo nos armamos con una pistola Walther PPK calibre 7.65 y un revólver Smith & Wesson calibre 38. Emprendimos la marcha con rumbo al centro de Caracas, hasta llegar a la fábrica de ropa donde teníamos pensado cometer el asalto. Entramos y encañonamos a todos los que estaban en el lugar y los obligamos a que nos entregaran todo el dinero producto de la venta del día anterior. La cajera principal estaba toda asustada y nos decía que no la fuéramos a matar.

Recuerdo que a todos los que estaban allí los encerramos en un cuarto, menos a la cajera, a la que amenazamos de muerte si no nos entregaba todo el dinero. En realidad, no queríamos hacerle daño a nadie; pero cuando se trata de un asalto, hay que poner acción y seriedad en lo que se está realizando. La muchacha se dio cuenta de que no estábamos jugando carrito ni nada por el estilo y nos entregó todo el dinero existente. Tomamos el dinero y salimos del sitio, pero cuando veníamos bajando por las escaleras

del edificio, un viejo se percató de lo que estaba aconteciendo y comenzó a gritar a todo pulmón: “¡Ladrones, ladrones!”.

Emprendimos una carrera para salir lo más rápido posible de aquel edificio donde estaba ubicada la fábrica de ropas, pero al llegar a la parte baja no nos dio chance de abordar la moto donde pensábamos huir porque los motorizados que estaban a la espera se habían ido al percatarse de que algo estaba pasando. En pocas palabras, se fueron al pire. Los dueños de las otras fábricas que se habían percatado del suceso venían pistola en mano y se formó “el paran pan pan”, balas de parte y parte.

Corrimos haciendo disparos para alejarnos lo más pronto posible de ahí, bajamos las escaleras mecánicas del metro de La Hoyada, pero el Causa trastabilló y se cayó al suelo dándoles chance a las personas que se nos abalanzaban para agarrarnos, recuerdo que levanté a un gordo por el cuello de la camisa y, sin pensarlo dos veces, le metí un balazo en el costillar para rescatar el Causa. Los que tenían arropado al pana se abrieron; lo que aprovechó el convive para rescatar la pistola, levantarse del suelo y seguir huyendo. Pero cuando íbamos hacia la puerta principal de la estación, venía un grupo de “jaras” hacia nosotros apuntándonos y pidiendo que levantáramos las manos, volvimos la vista hacia atrás, pero era imposible seguir huyendo porque se nos venía una avalancha de dueños de fábricas como cocodrilos hambrientos con ganas de devorarnos vivos. Así que no nos quedó más remedio que levantar nuestras manos y rendirnos ante los “jaras”.

Allí “los tombos” nos esposaron y nos metieron en una parte de la estación donde no había más nadie. Al rato se aparecieron unas treinta personas, que era el grupo de personas que nos había perseguido luego del asalto que habíamos cometido. Hicieron pasar a la gente hasta el lugar a donde nos tenían tendidos en el suelo y con las manos hacia atrás amarrados con nuestras propias correas. Seguidamente los funcionarios de la policía y del metro le preguntaron a la gente si éramos los mismos que habían cometido el robo y, por supuesto, no dudaron en señalarnos con el dedo acusador.

Luego llamaron a la gente aparte de nosotros, momento que aprovecharon los otros policías que se quedaron custodiándonos para caernos a patadas por el hígado. Allí permanecimos aproximadamente una hora hasta que nos llevaron para la PTJ, (actual Cicpc) de El Paraíso, mejor conocida como el Distrito 4. Al llegar a la sede de la PTJ, nos encerraron en una celda y al rato nos llamaron para hacernos el interrogatorio de rutina. Al Causa lo apartaron de mí y nos interrogaron a cada quien en una sala diferente. Como a los quince minutos entró un petejota y le dijo al efectivo que me estaba interrogando: "El otro choro es menor de edad". Esto enfureció al funcionario y me dio un golpe con la pistola en la cabeza, pero cuando me llevé las manos a la cabeza, el otro me dio una mano por el estómago y ahí comenzó la gran pela. Me guindaron del techo esposado y envuelto en colchoneta y comenzaron a darme coñazo hasta en la cédula.

Todo ese santo día fue coñazo y más coñazo, hasta que llegó la noche, yo pensé que podía descansar de la paliza propinada por los petejotas, pero fue imposible. Tuve que permanecer guindado toda la noche hasta las 5:30 de la mañana aproximadamente, luego me bajaron y me llevaron arrastrándome hasta la celda donde estaban los demás presos.

Al llegar a la celda me zumbaron en el piso cual si fuera una bestia. Ya dentro de aquella putrefacta celda los panas que estaban detenidos me rescataron y me acomodaron en un cartón. El Causa comenzó a hablar conmigo, pero lo que yo menos tenía ganas era de hablar, primero, porque estaba todo adolorido, y segundo, porque me encontraba agotado y no podía ni moverme. Si hablaba o hacía cualquier movimiento, sentía un inmenso dolor en todo el cuerpo y comenzaba a escupir sangre. Total que los panas le dijeron al Causa que me dejara dormir para relajarme un poco de los golpes recibidos.

Unas cuatro horas más tarde logré despertarme, estaba muy adolorido. El Causa me ofreció un poco de agua para enjuagarme la boca, después comenzamos a conversar y a ponernos de acuerdo con todo lo relacionado a nuestro problema. Total, allí permanecimos

ocho días llevando “patá y kung-fu”. Aunque a mi convive no lo tocaron porque se había chapeado como menor, finalmente los petejotas luego de realizarle el R13 (pruebas dactilares) se dieron cuenta de que no era quien había dicho que era y después de ocho días detenidos fuimos trasladados a los tribunales de La Bolsa para firmar el auto de detención, ya que en esos tiempos el proceso por la ley vieja era muy diferente a la que existe hoy día, con el nuevo Código Orgánico Procesal Penal impuesto en el gobierno del Comandante Hugo Rafael Chávez Frías. Luego de firmado el auto de detención, nos regresaron para el Distrito 4 de la PTJ y ese mismo el día, 23 de noviembre, nos trasladaron para el Retén de los Flores de Catia.

Eran las 5:35 p.m., cuando llegué al fondo del abismo más temible y peligroso que he conocido a nivel penitenciario de nuestro país, llegué con los nervios de punta porque aquel que no le tenga miedo al miedo aún no ha nacido. Sabía que había llegado a un lugar del que había escuchado muchas cosas malas. Había llegado al monstruo de concreto alimentado de sangre humana.

Ese día llegué con mi Causa con las manos abrazadas dentro del metal, las esposas mordían la carne, trituraban nuestros huesos. Luego nos quitaron las esposas, tiñeron nuestros dedos con tinta para dejar nuestras huellas en un papel, nos fotografiaron de frente, de lado y de espalda. Posteriormente nos mandaron a desvestir y hoy recuerdo como si hubiera sido ayer aquellas palabras: “Párense allí, donde está aquella pared para darles la bienvenida”. Pero qué bienvenida tan cruel saber que una persona que no es tu padre ni tu madre te golpee con un madero. Fueron veinte fuertes coñazos con aquel madero que tenía escrito: “Amansa Guapo”. Luego nos llevaron a la edificación más alta de la torre norte, a un lugar denominado “El Depósito”. Al llegar allí se abrieron las rejas del horrendo pabellón: en él cabían el odio, la envidia, el rencor, la maldad, el miedo, el frío tétrico de la muerte.

Aquello era la locura del hombre en la guerra y en medio de esa locura la carga irresistible de mi propia cruz. El pabellón extendía sus brazos y yo buscaba fuerzas entre el temor y la desconfianza

para poder jinetear la bestia cargada de odio. Cuando la boca del lobo se abrió, nos soltaron cual si fuéramos hienas salvajes; entramos y caminábamos sigilosamente entre la incertidumbre de nuestra suerte, enseguida sentí las miradas voraces de los reos que suspiraban versos en la alcoba mortífera de las penas y los delitos, donde la suerte del hombre cambiaba constantemente de un momento a otro, aquellas miradas eran como miel de víboras en el clarín de los sufrimientos. Sentía miedo. Jamás había imaginado cómo era vivir la filosofía del sufrir y de los que tiñeron con sangre humana la sucursal del infierno.

Cuando entré en el valle de las traiciones ocultas, lo hice como el arquitecto de los ojos vendados cuyo oficio era ser un desordenado envuelto en antivales. En mi interior no me había percatado que había llegado allí por no respetar las leyes y por tener un comportamiento antisocial. En otras palabras: estaba en ese valle de las traiciones ocultas por cometer delitos. Estaba allí por no tener la madurez que hoy día tengo, la madurez de un ser humano consciente.

Ese mismo día, a las 7:30 de la noche aproximadamente, se abrieron nuevamente las rejas del imperio de los chuzos. Aún recuerdo aquellas palabras dichas por uno de los vigilantes: “Ahí va un sádico”. Esa palabra le comprometió la vida al nuevo reo que acababa de llegar al cementerio de los muertos que caminan. Al abrir las puertas del paraíso desabrido zumbaron a aquel pobre hombre, como cuando zumban una carnada en río minado de pirañas. Nuevamente se volvieron a cerrar los barrotes de la muerte y al cerrarse las puertas salieron a relucir los vampiros sedientos de melaza (sangre), los lobos sagaces, las hienas.

Le cayeron como gusanos a la mierda a aquel hombre indefenso. Los lobos sin tener plenamente la seguridad de si en realidad aquel pobre hombre era un sádico, le hicieron recordar aquel viejo refrán: “Con la vara que midas serás medido”. Aquel hombre no tuvo tiempo de defenderse de los colmillos sangrantes de aquellas fieras. En cuestión de minutos, procedieron a desnudarlo, lo violaron, le metieron un palo de escoba por el recto, lo pusieron a lavar interiores, lo hicieron

“mujer”, como se dice en el argot delictivo. Y en la madrugada, antes del pase del número, procedieron a descuartizarlo, lo hicieron picadillo a punta de cuchillo. Aquello me impresionó tanto, que aún tengo grabado en mi cámara la escena conmovedora de aquel trágico momento. Aquella escena me llenó de asombro, y créanme que aún no se me ha hecho fácil olvidarla.

En mi interior no dejaba de sentir una enorme impresión al darme cuenta a donde había llegado. Le dije al Causa: “Coño, mi pana, la vaina no es coba, de aquí en adelante hay que echarle bolas para salir vivo y con la moral en alto de este infierno”. Los días fueron pasando y a la semana siguiente nos llamaron a un grupo que estábamos detenidos y nos trasladaron a los pabellones. A algunos los llevaron para un lugar al que llamaban “observación” y al resto nos distribuyeron por diferentes pabellones. A mí me llevaron para el pabellón cuatro y al Causa lo llevaron para el uno. Cuando llegué a la celda número tres, con un chamo de la Cota 905, que pertenecía a la banda de Los Pitufos, nos recibieron unos petareños de la banda Los Escopeteros.

Un día estábamos en la celda como a las 9:30 de la noche aproximadamente cuando un chamo, a quien llamaban “Bolitiva”, me llama aparte y me dice que de la celda dos le enviaron una misiva, diciéndole que yo estaba enculebrao con un parroquiano que era culebra mía de la calle. Aquel parroquiano era al que llamaban “Tortuguita”. En la misiva decía que venía por mí cuando abrieran las puertas.

En seguida el pana me preguntó si era verdad que yo era culebra realmente de “Tortuguita”. Estaba consciente de que éramos culebra a muerte y que tal vez no me iba a dar ninguna tregua. A decir verdad, yo no sabía nada de la rutina carcelaria, pero estaba dispuesto a entrarme a chuzo (cuchillo). El petareño “Bolitiva” me preguntó si había peleado alguna vez en la arena con los metales. Y le dije: “En realidad, nunca he peleado, pero estoy dispuesto a enfrentar mi problema como un hombre serio”. El convive me contesta: “Yo no voy a dejar que te maten porque con las palabras que acabas de decir me doy cuenta de que eres malandro, y le das cara a la vida,

pero ese pana es pana mío y lo he visto descuadrar a mucha gente, y tampoco voy a dejar que te descuadren. Lo que puedo hacer por ti es brindarte un apoyo para que el pana te dé una tregua y puedas irte para el uno, porque desde allá abajo un parroquiano tuyo a quien llaman “Tato” está claro de la problemática y me mandó a decir que no te deje morir, pero que te vayas para el uno que te va a recibir. “Bolivita” habló con la culebra y le dijo que me diera una tregua para que yo me fuera para el uno. La culebra bajó la atmósfera, y a las 3:45 de la madrugada vino el pase del número, luego dieron aire para que los que iban para el rancho a comer bajaran. Luego “Bolivita” me acompañó hasta el uno y ahí me recibió “Tato”, me abrazó e inmediatamente me dio un “medio brazo” (un chuzo). Seguidamente nos fuimos caminando hasta la celda número dos, donde vivía otro parroquiano a quien llamaban “Itono”, que era pana mío de la calle igual que “Tato”, ahí me presentó algunos convives que vivían también en esa celda. Estuvimos conversando y “Tato” aprovechó el momento para decirme que tenía que foguearme en el ardor carcelario, que significaba entrenarme. Entonces “Tato” me dijo que como tenía que pelear al día siguiente me iba a enseñar cómo tenía que pararme en la arena y cómo debía protegerme y lanzar para darle cara a la vida. Me dijo que de todas formas eso no iba a durar mucho rato, que sería solo un zapateo para que yo fuera entrando en calor y los panas vieran que era un hombre serio y no un gallo. Me dijo que no me preocupara porque él mismo iba a parar la pelea. Habló con la culebra, para que me diera unos días y aprendiera a pelear como es debido. Me dijo: “Luego vuelves a pelear para acabar con ese mito”. Enseguida comprendí que las paredes de la prisión son lo más rudo y más devastador de sentimientos, donde las lágrimas secan el alma y dejan huellas imborrables.

Llegó el día de la pelea. Aunque un poco asustado, en el principio, por ser la primera vez que me entraba a chuzos, poco a poco fui agarrando confianza. Recuerdo que en mi “menoría”, cuando estuve preso en Los Chorros, lo que hacía era entrarme a coñazos.

Iniciamos el duelo. Por momentos sentí miedo de morir, pero después de entrar en calor y sentir el sonido del metal pasar muy

cerca de mi costado, entré en confianza. La pelea sucedió como se había hablado. Pasaron los días y seguía fogueándome con “Tato” y “El Cuervo”, hasta que volví a pelear, esta vez la pelea duró como diez minutos y ya me sentía con más confianza en mi pulso. Ninguno de los dos salió herido. Al final del duelo “Tortuguita” me dio la mano como todo un caballero y me dijo “Con toda confianza desplázate por la pista, de mi parte no esperes ningún ataque, y espero que de tu persona no me vayas a atacar”.

A fin de cuenta, terminamos conviviendo y hasta comiendo en el mismo plato, porque en esos años en la prisión los parroquianos éramos un solo pueblo. Lo único que cambiaba de acuerdo a la rutina es que tenías que ganarte “el desplace” si llegabas “emproblemao”. Pero no todo había terminado, era el comienzo de los avatares dentro del monstruo de concreto. Los días que pasaban en aquel lugar tétrico y cargado de ocio, contemplando las distintas guerras que se formaban: celdas contra celdas y pabellones contra pabellones.

A decir verdad, los muertos y heridos dentro de aquel infierno formaban parte de la rutina, donde todos eran indios y había que caminar con mucho cuidado sin tropezar a nadie. Y si por casualidad tropezabas a alguien, tenías que disculparte como un caballero, porque si no lo hacías, te clavaban el cuchillo sin decirte nada. Los juegos de dado formaban parte del ocio negativo y eran también el pasaporte hacia el más allá junto a los juegos de barajas y el parket, que era un juego similar al juego de Ludo. Dentro de aquel monstruo imperaba el malandreo más terrible que jamás conocí en los distintos centros de reclusión donde viví, pero también existía el respeto y la seriedad, donde se respetaba a todos por igual y ni hablar de los visitantes. La visita era algo sagrado, intocable.

A veces pienso que las horas en aquel lugar se detenían. Los días eran cortos porque a las 3:30 de la tarde las puertas de las celdas se cerraban y para los presos se terminaba el día, y las noches parecían eternas. Había que esperar hasta las 3:30 de la madrugada a que se volvieran a abrir. Esa hora era la más peligrosa que podía existir en

aquel lugar oscuro y nauseabundo. Era la hora donde mayormente se “solucionaban los problemas” en los distintos pabellones. Era la hora del diablo. La muerte se apoderaba de las siniestras torres. Recuerdo como si fuera hoy aquellos gritos de hombres que eran descuartizados sin piedad. Era terrible ver, a lo largo de los pasillos, hombres enrollados con sábanas y un cuchillo o un liniero (machete) en las manos esperando a las víctimas para cegarles la vida. En esos tiempos imperaba la ley del metal y todos eran espadachines. Aún no había llegado la pólvora a las cárceles, ni el teléfono. El cuchillo era una de las armas más letales de la prisión y echaba chispa en las paredes manchadas de sangre.

El tiempo fue transcurriendo en aquel infierno donde tenía que pelear constantemente. Un día estaba dándole cara a la vida (peleando) y pilló un vigilante a quien llamaban “Pambelé”, quien al percatarse de lo que estaba pasando corrió hacia el lugar donde estábamos peleando. Los otros internos que estaban en el sitio del combate no tardaron en cantarnos la zona y enseguida gritaron: “Agua, atorrante”. Enseguida se detuvo la pelea y corrí hacia el pabellón uno, pero la reja estaba cerrada, inmediatamente le entregué el cuchillo a un parroquiano a quien llamaban “El Cuervo”. En ese preciso instante “Pambelé” me dio un golpe por la espalda mientras yo hacía el paro de que estaba conversando con “El Cuervo”. De repente, sentí el coñazo e inmediatamente me volteé y con la misma le enterré la mano derecha en el rostro. Ahí estuvimos dándonos coñazos, pero a los pocos minutos se presentó otro vigilante a quien llamaban “El Silencioso”, quien sin pérdida de tiempo me partió en los brazos un palo de escoba. Pero como en aquella rutina (cuando hay este tipo de dificultades) todos los privados de libertad se convierten en el Causa, la situación se puso más sabrosa y tres panas, que estaban dentro del grupo de internos y que se percataron de la situación, se unieron a la pelea. Aquello era “coñazo, patá y kung-fu”.

La vaina se puso cada vez más intensa y en medio de la trifulca llegó “el agua en banda” (empezaron a llegar vigilantes en cantidades industriales). Los vigilantes llegaron zumbando tiro de escopetas

para amedrentar a los internos. Los otros convives y yo fuimos detenidos y llevados a la sala de castigo. Era la primera vez que me castigaban y al llegar a la sala enseguida noté unas gigantescas ratas y un gran bote de agua negra y putrefacta que bajaba por las tuberías y entraba hacia dentro de las dos celdas existentes en aquel lugar macabro. A mí y a los otros panas nos encerraron en la celda número uno, adonde se encontraban viviendo dos panas que estaban superemproblemaos. Ya cuando nos encontrábamos encerrados en aquella horrible celda de aproximadamente dos metros y medio cuadrado, “El Topo” y “Care Vieja”, quienes eran los dos panas que tenían unos seis meses viviendo en ese lugar, comenzaron a hablar con nosotros. Allí estuvimos conversando casi tres horas, cuando de pronto “El Topo” se percató de una riña que había en el patio. Se trataba de dos chamos que vivían en el pabellón tres de la torre norte, habían estado peleando casi diez minutos. Al rato se presentaron los vigilantes y uno de los chamos logró descargarse el chuzo en la celda cuatro de “observación”, pero al otro menor no le dio tiempo de descargarse y se cayó con el paseo (cuchillo pequeño) que tenía en su poder. Como a la media hora los llevaron castigados a la misma celda en donde yo estaba.

Lamentablemente estos dos chamos no corrieron con la misma suerte que yo y que mi amigo. Jamás olvidaré aquella escena: al rato de haber entrado en la celda “El Topo” y “Care Vieja” se le abalanzaron a uno de los chamos con cuchillo en mano y lo obligaron a que se quitara los pantalones. El chamo, como todo un caballero, se les rebotó diciéndoles que no se iba a quitar nada, que él era malandro y como malandro moría con las botas puestas y la moral en alto. Enseguida le propinaron una puñalada en el pecho, el chamo se dobló al momento de sentir el impacto del metal en su cuerpo, pero se mantuvo firme en su palabra. Yo intervine para que dejaran quieto al chamo. Finalmente “El Topo” y “Care Vieja” se quedaron tranquilos mientras preparaban un tabaco de marihuana, pero cuando terminaron de fumarse su tabaco se quedaron mirando al otro chamo y en fracción de segundos se le fueron encima también. Decidieron continuar con

su monstruosidad: le hundieron el cuchillo en las nalgas al chamo, obligándolo a quitarse los pantalones. A diferencia del otro chamo, este no tuvo la misma valentía. Mostró una gran debilidad y terminó bajándose los pantalones a cambio de que lo dejaran vivir. Aquella escena me conmovió pero a la vez sentía indignación por lo que estaba sucediendo. En ningún momento estuve de acuerdo con las violaciones y decidí brindarle un apoyo al chamo que acababa de bajarse los pantalones. Agarré un medio brazo (cuchillo) que me habían hecho llegar del pabellón uno. Recuerdo que les dije a estos dos panas que si continuaban con ese balurdeo me iba a ver obligado a caerme a chuzo con ellos. Los panas me comprendieron y dejaron quieto a los chamos.

Por otro lado, el chamo al que le habían dado la puñalada continuaba desangrándose a grandes chorros. La herida había sido tan fuerte que le había partido el pecho. A la media noche falleció y tomamos la decisión de lanzarlo por un quema coco (hueco) que había en una de las paredes con vista al patio. A la hora correspondiente al conteo de los internos los vigilantes entraron hacia la celda y notaron que faltaba uno, no dudaron en asomarse por el quema coco y lograron ver al chamo asesinado que permanecía tirado en el suelo con las manchas de las heridas que le causaron la muerte. Inmediatamente los vigilantes comenzaron a entrarnos a coñazo para que dijéramos quién lo había matado, pero como delatar a alguien no es cosa de hombres serios, decidimos callar y aguantar los golpes que formaban parte de la rutina carcelaria.

Así fue corriendo el tiempo. Cada día una guerra, una lucha el uno contra el otro, matándose en esas paredes manchadas de sangre. Desvelos, odio, envidia y drogas, pero también dentro de aquel paraíso sin sabores vivían hombres con un corazón de carne, poseedores de la sangre que les corre por las venas. Eran hombres que habían dejado en la calle a una madre, a una esposa, a unos hijos. Lamentablemente muchos de ellos fueron pellizcados por la furia del metal: eran hombres a los que un día les habían cortado las alas para que no siguieran caminando libremente por la sociedad. Aún después de todos esos pormenores que el

silencio ha sepultado, recuerdo aquel 27 de noviembre del año 1992, aquella inolvidable masacre donde quedaron sin aliento cualquier cantidad de hombres.

Creo, mis estimados lectores, que llegado a este punto de la narración debo ofrecerles mis más sinceras disculpas porque lo que aconteció aquella madrugada mortífera no soy capaz de describirlo con palabras en estas páginas que ustedes leen. No soy capaz de escribir las escenas conmovedoras de aquel trágico momento. Es necesario proseguir esta parte de mi historia pasando por alto todo aquello que viví esa madrugada. Ustedes sabrán disculparme.

Hablar del Retén de Catia, de acuerdo a mi propia perspectiva, es hablar de los muros del inframundo más peligroso que ha existido en el historial penitenciario de Venezuela. Es imposible olvidar la “masacre del 27 de noviembre”, donde lamentablemente fallecieron muchos reclusos, entre procesados y penados, a manos de la tristemente célebre Policía Metropolitana y los vigilantes de custodia. Estos funcionarios abrieron las puertas de las celdas de los distintos pabellones anunciando una supuesta libertad y matando salvajemente y sin piedad a gran cantidad de reclusos. En esa masacre se violó el artículo n.º 3, de los Derechos Humanos, que dice: “Toda persona tiene derecho a la vida y a la seguridad”.

Estamos sujetos a nuestro propio destino y partimos desde la perspectiva de nuestra propia transformación física y mental. Y cuando echamos una mirada en el espejo interior de nuestras dudas, hacemos de esa mirada una herramienta para diseñar la construcción del futuro.

Que nuestros errores sirvan como arma para reflexionar y que tiendan a cambiar el hábito de las malas costumbres, pero al mismo tiempo, que las experiencias de las horas funestas sirvan de instrumento para interpretar el valor de la conciencia transformadora del individuo y nos permita superar todos los obstáculos en el taller de la soledad.

Despojémonos de nuestros resentimientos nutridos por el Sistema Penitenciario y hagamos viva la palabra de nuestro ilustre Libertador Simón Bolívar: “Corramos a romper las cadenas de

aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre esperando su salvación”.

Entendiendo que los hombres y mujeres que caminan en el charco de la rutina penitenciaria odian la muerte y aman la libertad, pero la verdadera libertad solo la conseguiremos con el poder transformador de la educación, principio fundamental de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela.

La barbarie en el Retén de Catia se materializaba por medio de los hombres que participaban en las constantes guerras carcelarias. En esas batallas del horror muchos fueron desmembrados. Allí la vida de los reos que vivían los 365 días del año tras los barrotes tocaba la puerta de la sucursal del cielo. Los depredadores de órganos les sacaban los ojos, el corazón y le desprendían las piernas, brazos, y orejas a los cadáveres para colgárselos en el cuello cual si fuesen trofeos.

Desde el primer momento en que los hombres pierden su libertad, también se hacen presos los familiares que comparten con él los días de visita. Los constantes vejámenes y humillaciones que sufren los visitantes en las requisas son espantosos. La lucha por la sobrevivencia dentro de las prisiones traspasa los techos de donde emergen los tiros.

Las fuertes reyertas que se producen en las cárceles del país se asemejan a una carnicería humana. La violencia es la protagonista número uno de los escenarios sangrientos. El alto nivel de hacinamiento de las prisiones va de la mano con las drogas, el alcohol y las armas. Todo esto forma parte del historial delictivo de nuestro país. Allí no mueren los que están, sino los que entran muertos.

El día que vi caer las torres de los Flores de Catia sentí una inmensa alegría. Y así como cayeron las torres de los Flores de Catia, de la misma manera irán cayendo las fortalezas penitenciarias. A veces la utopía se convierte en realidad. El día del mañana, cuando este libro salga a la luz pública y llegue a las manos de los adultos, hombres y mujeres, es importante que se den cuenta de que la vida no es soplar y hacer las estrellas, que la vida no es un juego de hadas ni una ciencia ficción. Es importante que se den cuenta de que las

canas del tiempo en prisión van cayendo lentamente, donde las agujas del reloj se detienen. Pareciera que el sol las detiene. En los años de mi vida en la cárcel, vi la muerte acercarse cada día más y más y siempre estaba latente aquella interrogante: ¿cuándo saldré en libertad, acaso saldré vivo o con los pies echados hacia adelante? Hoy, gracias a Dios, ya no tengo esas ideas negativas en mi mente y me gustaría que mi madre estuviese viva para hacerla la mujer más feliz del universo, pero estoy completamente seguro que desde allá arriba donde ella se encuentra está vigilándome como el águila.



Jorge dio un giro a su vida gracias a la palabra escrita. La poesía lo convirtió en un hombre distinto. Esta foto fue tomada en la Editorial El perro y la rana.

Flores de Catia, la fortaleza del castigo

El día que llegué a la fortaleza del castigo
De aquellos muros nauseabundos
Aquellos cerrojos y aquellas celdas
Donde se dibuja el arte del sufrimiento
Del horror y el castigo que marca al delincuente
Con un tatuaje negativo.

Allí aprendí que el delito
Es un ritual de cadáveres
Arrojados al viento.

Cuando entré por la puerta del aparato teatral del sufrimiento
Jamás imaginé que se trataba de una novela
Con siluetas sin sombra, voces sin rostro
Donde el delincuente es un poema
En la industria de los condenados.

“Yo ando este mundo con sufrimiento y dolor”

*Bajo el cielo de los barrotes
las ergástulas fantasmales
aniquilaban nuestras mentes;
el tiempo era letra muerta.*

Como el tiempo en la prisión vale mucho y cuesta poco, no me percaté cuando fui trasladado para el nuevo recinto carcelario, solo sé que llegué al lugar, donde continuaba la pesadilla, allí llegamos 54 compañeros que fuimos trasladados desde el Retén de Catia, al llegar nos bajamos del autobús azul con el letrero del Ministerio de Justicia, íbamos custodiados por diez policías metropolitanos que eran los que custodiaban Los Flores, que ha sido el único recinto carcelario en la historia penitenciaria de Venezuela, custodiado por la Policía Metropolitana. En este nuevo lugar de reclusión “la verde” (La Guardia Nacional) nos recibió con veinte peinillazos. El dolor y el llanto quedaban inscritos en nuestros cuerpos, para nosotros aquello era rutina. Esa era la manera a la que estaban acostumbrados los guardias para producir sufrimiento y dejar cicatrices en las víctimas privadas de libertad que llegaban de traslado. El aparato de justicia de los guardias nacionales se basaba en imponer su poder de castigo sobre nuestros cuerpos. El objetivo era producir cierta cantidad de sufrimiento y hacernos sentir el recuerdo del dolor para evitar la reincidencia de los delincuentes que rompen el pacto social.

Nos hicieron la reseña en la dirección y luego nos llevaron hacia los pabellones. Algunos fueron llevados para el pabellón dos y a mí y a cinco causas de traslado nos llevaron para el pabellón tres, celda doce. Se abrió la puerta de hierro y entramos. Allí me encontré con unos parroquianos que conocía de la calle, entre los

que estaba el negro “Cataco”, quien me recibió esa noche. Estuvimos hablando toda esa noche. Y sería precisamente “Cataco” quien me comentaría que “Vinagre” vivía en el pabellón uno, celda seis, pero que tenía que esperar hasta que dieran aire para poder bajar. Como a las 3:30 de la madrugada le dije a uno de los panas que ya debía venir el número por ahí, y este enseguida me contestó que el número ahí era a las seis de la mañana, entonces me recosté un rato para descansar de los coñazos y del viaje.

A la mañana siguiente llegó el momento de abrirse las puertas para el desplace y la hora en que algunos reos se dirigían hasta el rancho. Bajé y me dirigí hasta la celda número seis del pabellón número uno. Allí me encontré con “Vinagre”, quien al verme se sorprendió, se echó a reír y dijo: “¡Coño é la madre!, qué pasó, mi pana, cómo está todo, a dónde llegaste!”. Le contesté que había llegado a donde vivía el negro “Cataco” y me dijo: “Vente para acá que usted es mi hermano”. Seguidamente me presentó a los panas que compartían con él en la celda. Le pregunté cómo era la rutina ahí para cambiarse de celda y me contestó que tenía que ir para la dirección. Aquello me asustó, le dije: “Tú estás loco, vale, cómo piensas tú que voy a ir para allá. Tú sabes cómo es la vaina. Si me ven por esos lados, la gente va a pensar que voy a echar paja y eso perjudica mi rutina para desplazarme entre el hampa sería”. Entonces “Vinagre” me contestó: “Quédate quieto y anda para allá porque es la única forma de hacer el traslado de celda. Pero no puedes ir en chores porque si no, no te dejan entrar”. Total que “Vinagre” me dio un pantalón largo, me lo puse y me dirigí a la dirección.

Cuando llegué a la puerta donde quedaba la dirección estaba sentado en una silla, detrás de un escritorio, el director del penal y al lado dos vigilantes atorrantes a quienes llamaban “Culucucú” y “Perdigón”. Entré y el director me preguntó que qué se me ofrecía, le dije que quería hacer mi cambio desde el pabellón tres celda doce, y él me preguntó para dónde quería irme a vivir, le contesté que quería irme para la celda seis del pabellón uno. El director peló los ojos y me dijo: “Tú debes ser malandro, porque esa es la celda de los más mala conducta del penal”. Como yo ya venía de un malandreo

caribe le contesté: “Ahí es donde quiero vivir mientras esté aquí”. Entonces el director me dijo: “¡Bueno, chico!, yo no me niego a darte el traslado, pero tienes que firmarme una caución a donde queda la responsabilidad de tu parte si te llega a pasar algo”. Me eché a reír y le dije: “¿A dónde quieres que te firme?” Seguidamente sacó un libro y firmé. Le pregunté si me podía ir ya y me contestó: “Ya sabes, no quiero lloriqueos. Después no vayas a venir de que no puedes vivir ahí, porque te voy a mandar para el tigrito (celda de castigo) por treinta días”. Salí de ahí lo más rápido posible y me fui hacia dentro del penal, donde vive la población.

Salí de ese sector donde el hampa sería no puede estar desplazándose al menos que se vea obligado a hacer cualquier diligencia que tratara de su libertad o de recibir un bien particular como una cocina, un televisor o un radio. Al llegar a la parte de afuera me estaban esperando los convives. Me dieron la mano y me preguntaron si me habían hecho el cambio, les dije que todo estaba bien. Nos encaminamos hasta la celda y comenzamos a hablar de todo un poco. “Vinagre” les comentó a los panas que yo jugaba fútbol, y un loco a quien llamaban “Convivito” me dijo: “Entonces puedes jugar con nosotros en el equipo de futbolito”. Seguimos conversando casi por una hora en la celda, mientras preparábamos un café y desayunábamos, nos dirigimos a la azotea que era el desplazamiento y el lugar en donde quedaban las canchas deportivas, el teatro y las barras.

Continuamos dándole vuelta a la azotea, hablando y vacilándonos la calle desde arriba, porque desde allí se podía contemplar la calle. La vista era muy diferente a la de Los Flores. Al rato, cuando ya habíamos caminado bastante, los panas Marcos Ribas y “El Gordo” Fernando que vivían en San José, se quedaron en la cancha de básquetbol y “Vinagre”, “Convivito” y yo nos fuimos a la cancha de fútbol. Allí esperamos el turno para poder jugar. Ya nosotros teníamos los cinco nuestros para jugar y vacilarla un rato con el balón. Entramos los tres que andábamos juntos, y dos panas más a quienes conocí en esos momentos. Entre ellos estaba un pana que jugaba muy bien a quien llamaban “El Cumanés” y el otro era un chamo del 23 de Enero a quien llamaban “Luisito”, ese día jugamos

y ganamos el primer juego. Entró un segundo equipo y también le ganamos, pero el juego con este segundo equipo fue más reñido, ya que estaba conformado por cuatro jugadores de la selección de fútbol del penal, entre ellos estaban “El Chino”, El Negro Bemba” de Baruta, el hermano de “Bemba”, a quien llamaban “Cogollo” y un pana de los Valles del Tuy, a quien llamaban “Caripito”, este último vivía en la celda seis del pabellón uno.

Vino el tercer juego y perdimos ya que el cansancio forma parte del deporte. Total, que ese día había sido diferente. En aquel penal la rutina era muy diferente a los Flores de Catia porque había más desplazamiento. El desplace en Los Flores era por pabellón y era equivalente a dos horas de patio por cada pabellón y dependiendo del día que le correspondiese. Solo podía salir uno el día que le tocara patio, porque si no, tenía que pagarles el soborno a los vigilantes para que te dejaran salir del pabellón. Muchas veces se pagaba el soborno de cinco o diez bolívares, para que lo dejaran a uno bajar al patio o ir a cualquier pabellón, bien fuera para vacilar, o para resolver cualquier “problemática”.

Retomando el relato del internado de Los Teques, puedo decir que el primer día en ese lugar tuve la oportunidad de relajarme un poco, hasta que llegó la hora del encierro. Eran las 4 de la tarde y en el penal a esa hora se terminaba el tiempo de los que van al rancho (comedor) a “jamear”, y a su vez es la hora en que encierran a la población penal. Ya nuevamente encerrados en la celda debíamos esperar como una hora hasta que viniera el conteo rutinario por parte de los guardias y vigilantes.

Luego del pase de número me eché una ducha para quitarme el sudor y aliviar el cansancio del día, estando encerrado preparamos una papa para cenar, mientras otros se arrebataban con marihuana y jugaban ajedrez y parqué (que era un juego similar al ludo). Llegó la noche y me dispuse a descansar del trajín, dormí toda esa noche como hasta las 4 de la madrugada; cuando me desperté pensando que era la hora del número, por momentos pensé que todavía estaba en Los Flores y me costó acostumbrarme a esperar el pase del número que era a una hora diferente. Por la mañana todo volvía

a la rutina. Ese día me quedé abajo en un sitio que llamaban El patio de las moscas, llamado así obviamente por la cantidad de moscas de distintos tamaños y colores que uno podía llegar a ver allí.

Como a las 10:30 de la mañana me llamó desde la azotea uno de los panas para jugar futbolito, y cuando iba subiendo, en un lugar de las escaleras que divide el pabellón uno, dos y tres había un “parte cochero” (una alcabala que colocan los vigilantes) parando a todos los que cruzaban por ahí. El vigilante a quien llaman “Culucucú”, me mandó a quitar los zapatos para ver si llevaba algo escondido allí. Me los quité y los lancé al suelo, pero el vigilante me dijo que se los entregara en las manos. Pero como yo venía de una rutina más pesada no se los entregué en las manos y me le reboté, así que el mismo los agarró del suelo los revisó y los volvió a lanzar al piso. Me dijo entonces: “¡Agarra tu vaina!”. Pero cuando me disponía a agarrar los zapatos del suelo, este me golpeó con un bate de aluminio; con el mismo impacto del coñazo me fui contra el muro que había cerca del lugar, giré la vista y lo vi con arrechera, pero con la misma bronca le dije: “Así pegan las mujeres en el país de las prostitutas”. Enseguida me contestó: “A mí no me interesa que ustedes vengan de Los Flores a imponer su malandreo aquí, aquí si te pones muy malandro, vas a vivir encerrado todo el tiempo en el tigrito (celda de castigo)”. Pero yo ya sabía lo que era estar castigado, aunque no allí. Ya conocía la sala disciplinaria de Los Flores, adonde el agua negra y putrefacta de las alcantarillas entraba para las celdas acompañadas por las ratas que formaban parte de la rutina.

En fin, me tocó seguir mi camino hasta la azotea y allí le conté a los panas lo que acababa de suceder. Pero como los coñazos en la prisión forman parte del sistema, no le paré bola, porque a veces cuando uno no llevaba coñazos, el cuerpo se debilitaba y uno mismo hacía vainas para llevar coñazos. Después de eso me dispuse a jugar unos buenos partidos de futbolito para recrearme, salirme del ocio negativo cotidiano de la prisión, y al mismo tiempo, ponerme en condiciones para todo lo que me tocaba vivir durante mi estadía en esa cárcel.

Al final de la tarde me di cuenta de que se acababa de vivir “un día más para la causa y uno menos para la pena”. Todo vuelve a la rutina del mismo encierro dentro del templo de la soledad. Se terminaba el segundo día en este inolvidable lugar, pasó la noche y al mismo tiempo llegó la luz del nuevo amanecer, con las mismas caras de amargura por el encierro. Algunos panas esperando que abran las puertas para ir a los tribunales correspondientes, con las esperanzas de salir en libertad; otros, acompañándolos y deseándoles suerte en solidaridad con la causa.

Recuerdo que después de las 9:00 de la mañana subí para el pabellón tres a hablar con el negro “Cataco”, pero cuando iba a mitad de pabellón, por la celda nueve venía saliendo un chamo a quien llamaban Warner, que se la tiraba de malandroso. Me tropezó y no se disculpó, enseguida yo le dije: “Epa, pana, qué es lo que’s, me tropiezas y ni siquiera te disculpas, o es que tú piensas que estás en tu casa para caminar como tú quieras”, se rebotó y comenzamos a intercambiar palabras, pero como a mí no me gustaba estar discutiendo mucho le dije: “Vamos a ponerle color a esto de una vez, porque las vainas en la prisión son como son y no es así como tú piensas”. En ese momento venía un compañero de celda a quien llamaban Colina, y que era malandroso y se la pasaba tomando pastillas (mandrax o rupinol). Colina se percató de lo que estaba aconteciendo entre Warner y yo, y enseguida le dijo a Warner: “Qué está pasando con el pana, el convive llegó de traslado ayer, vive en la celda seis y lo recibí “Vinagre”. Quédate tranquilo, baja la atmósfera que los dos son amigos mío y no voy a dejar que peleen”. Entonces el pana Warner me dio la mano y se disculpó como todo un caballero. Nos fuimos caminando los tres, dialogando, y así de esa forma fui conociendo quién era quién en aquel penal.

Subimos a la azotea donde nos conseguimos a otros compañeros que estaban también purgando condena. Colina le contó lo que había sucedido y los panas se echaron a reír, ellos conocían a Warner y sabían que era “atmosférico” (problemático). “Bueno, mi hermano, todo forma parte de la misma”, expresó uno de los

que estaban presentes. Esa es la cárcel: número, visita, raqueta, droga y entrarse a chuzo para ganarse el respeto de los demás.

Como sacar del archivo de mi memoria aquel día en que, encerrado en la celda número seis, del pabellón uno, del recinto penitenciario de Los Teques, fuimos notificados de un hecho que cambiaría la historia. Dos compañeros de celda, “Convivito” y “El Gocho”, esa madrugada del histórico 4 de febrero del año 1992, se encontraban jugando ajedrez. Ellos habían logrado obtener, por medio de un pequeño televisor blanco y negro, la información de un golpe de Estado emitida por el canal ocho. El pana “Convivito”, quien estaba al final de la celda, pegó un grito notificándoles a todos los que vivíamos en la celda lo que estaba aconteciendo en el país.

Aquel personaje era desconocido por la mayoría de los habitantes de Venezuela, y ese fue el momento cuando este líder de la revolución se ganó la confianza de todos los venezolanos que soñaron con la transformación de la tierra de Bolívar.

El 4 de febrero de 1992 comenzó la sublevación con comandos que operaron simultáneamente en Maracaibo, Caracas, Valencia y Maracay. En Maracaibo, Francisco Arias Cárdenas logró apoderarse de la sede del Gobierno regional y toma prisionero al gobernador del Zulia, Oswaldo Álvarez Paz. En Caracas, Chávez establece su centro de operaciones en la sede del Museo Histórico Militar ubicado en la planicie, en las inmediaciones del Palacio de Miraflores, mientras que sus fuerzas tomaban la estación de televisión estatal Venezolana de Televisión. Otro grupo se enfrentaba a la Guardia Nacional de Venezuela en La Casona, mientras que otros intentaron tomar el Palacio de Miraflores. Chávez decidió rendirse y pide hacerlo por televisión. En horas del mediodía Chávez se presentó ante las cámaras de televisión diciendo “Buenos días”, luego identificó su movimiento: “... este mensaje bolivariano”. Reconoció la labor de sus copartidarios: “... ustedes lo hicieron muy bien”. Reconoció su derrota: “Nosotros aquí en Caracas no logramos controlar el poder”. Lanzó un reto: “... lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados”. Asumió la responsabilidad: “Asumo la responsabilidad de este movimiento militar bolivariano”, y dio

un mensaje de esperanza: “El país tiene que enrumbarse hacia un destino mejor”.

El recuento de muertos se dio a conocer el día 5 de febrero. De acuerdo a cifras oficiales del Ministerio de la Defensa, hubo 14 muertos y 53 heridos. No obstante, estimaciones extraoficiales ubican dicho saldo en 50 muertos y más de 100 heridos.

Los combatientes en Valencia y Maracay se rindieron, mientras Chávez era llevado prisionero al Cuartel San Carlos. Al día siguiente de la rebelión, el expresidente Rafael Caldera, parlamentario y principal dirigente del Partido Socialcristiano Copei, dirigió un discurso ante el Congreso en el que atacó duramente a Carlos Andrés Pérez, justificando en cierta forma el alzamiento militar (“No se le puede pedir al pueblo que defienda la democracia cuando tiene hambre”, dijo Caldera en aquella oportunidad). A los pocos días, el Gobierno decide trasladarlo a una cárcel ubicada en San Francisco de Yare, estado Miranda. El 27 de noviembre de ese mismo año otro grupo de oficiales, esta vez de la Fuerza Aérea, se subleva infructuosamente contra el Gobierno. Todos estos hechos debilitaron al gobierno de Carlos Andrés Pérez.

Se inició un juicio en el Congreso que culminaría con su remoción de la presidencia el 20 de mayo de 1993, acusándolo de corrupción. Rafael Caldera fue el principal beneficiado político de la rebelión. Pocos meses después Caldera se deslinda del Partido Socialcristiano Copei y funda Convergencia, y se lanza a la candidatura para las elecciones presidenciales de 1993, las que ganó, mientras que Chávez, desde la cárcel, llamó a la abstención.

El Comandante Hugo Chávez Frías, junto con los principales líderes de la intentona, pasó dos años en la prisión de San Francisco de Yare esperando juicio. Allí coescribió *Cómo salir del laberinto*, mientras su popularidad aumentaba. Chávez fue liberado el 27 de marzo de 1994, tras el sobreseimiento que le otorgó Caldera, como parte de un acuerdo político con sectores de izquierda, como el MAS y el PCV, para lograr apoyo a su gobierno.



Jorge camina hacia el futuro. Justo detrás de él está la concha acústica del Parque del Oeste, muy cerca de donde quedaba un lugar que conoció: el horrendo retén de Catia.

La soledad asfixia más que la falta de oxígeno

El día 15 de enero de 1999 me levanté muy temprano, realicé unos ejercicios para ponerme en condiciones y posteriormente me refresqué con una buena ducha. Al salir del baño, agarré una ropa limpia y al mismo tiempo tomé en mis manos un revólver Magnum 44, que tenía en mi poder. Luego salí de mi casa dispuesto a cometer un asalto. Me dirigí con pasos sigilosos hasta el lugar en donde tenía pensado cometer el delito. Al llegar a aquel lugar, desenfundé el arma que llevaba guardada en la cintura, encañoné a la persona que se encontraba presente y el robo se llevó a cabo, pero cuando me disponía a huir, unos motorizados de la Policía Metropolitana se percataron y me dieron la voz de alto. Hice caso omiso y les respondí efectuando algunos disparos. Estos me devolvieron la misma “medicina”, salí en veloz carrera y enseguida comenzó la persecución de los efectivos. Por aproximadamente media hora continuó la persecución hasta que los efectivos lograron mi captura, y me llevaron hasta la sede de la PTJ (Policía Técnica Judicial) del famoso distrito 4 del Paraíso. Allí yo sabía cómo iba a ser trasladado: un poco de “medicina” por las costillas, para que no se vieran los hematomas causados por los golpes. Estuve nueve días allí. Al décimo día fui trasladado al Palacio de Justicia, donde duré todo el día. En la tarde fui nuevamente devuelto al distrito 4.

Cuando llegué a la PTJ, me encontré con un parroquiano que había caído por un hurto. Comenzamos a hablar por casi cinco horas, hasta que decidimos descansar un rato. Por la mañana del siguiente día después del pase de número, los funcionarios que estaban de guardia hicieron el llamado a un grupo de personas que iban a ser trasladados. A mí me trasladaron en un jeep de la PTJ para El Rodeo I, con tres panas más que conocí en El Paraíso; por el camino un pana me hizo el comentario de que estaba enculebrao

(tenía problemas), y que temía por su vida, el recorrido duró aproximadamente una hora y media. Cuando llegamos a El Rodeo, en la garita principal se encontraban cuatro verdes (guardias nacionales), los PTJ que nos llevaban de traslado presentaron los papeles de cada uno de nosotros, allí permanecieron casi una hora mientras nos recibían para ser recludos en ese recinto penitenciario. Cuando partieron los funcionarios, nos llevaron a un lugar llamado el anexo, que era en donde funcionaba la jefatura. Allí ya se encontraban otros reos que habían llegado y estaban esperando para ser reseñados. Mientras los panas y yo esperábamos para salir de una vez por todas de la reseña, “las brujas” que se paseaban por el lugar se daban a la tarea de impresionar a los que iban llegando. Algunas de estas “brujas” nos decían: “Han llegado al famoso Rodeo loco, donde sus sueños se convierten en realidad, a donde el gordo se pone flaco y el flaco desaparece”. Yo lo único que hacía era observarlos sin decirles nada, al rato una de “las brujas” me dijo: “Tú eres rutinario viejo, en la cara se te nota. Háblame claro para ver en qué te puedo orientar”.

Enseguida recordé que el parroquiano que había conversado conmigo en el distrito 4 del Paraíso me dijo que en el pabellón uno estaba un pana de San José que había sido convive mío en Los Teques. No me quedaba otra alternativa que preguntarle si aún el pana, Marcos Ribas de San José Cotiza, se encontraba en el pabellón uno, letra C, que era un campo blanco, que es como llamaban allí en El Rodeo a los pabellones divididos entre mundanos (que es como llaman los cristianos a los que no profesan la religión) y cristianos. Este me preguntó que si era pana mío, y le dije que sí y “la bruja” no tardó ni un instante en responderme que al pana se lo habían llevado de traslado para San Juan de los Morros. Me dijo también que en el pabellón dos estaban llevando volante a otros panas y que tal vez yo los conocía, le pregunté por el nombre de ellos y este me respondió: “Los petareños Erick y Guareguan”. Sin duda, yo sabía quiénes eran estos panas. “La bruja me recomendó que me fuera para allá, pero ya con la repuesta que me había dado, yo estaba claro para dónde me iba a ir a vivir mientras permaneciera en ese recinto carcelario.

Al rato apareció un agua (vigilante), a quien llamaban “Guatire”, a este vigilante ya yo lo había visto en Los Flores y estaba claro quién era. Este vigilante comenzó a preguntarles a los panas para dónde querían irse a vivir, y a algunos que nunca habían estado presos él mismo les indicaba que se fueran a vivir para el pabellón cuatro, letra B, donde vivían los cristianos. Cuando me llamó a mí, le dije que me quería ir a vivir para el pabellón dos, letra B. Sin embargo, se acordó de mi cara y sabía que yo era mala conducta, enseguida me dijo: “Pabellón dos, un coño ‘e madre, tú vas para donde los cristianos”. Me le reboté y en ese momento comenzó el calvario en El Rodeo. Cuando terminó de darle ubicación a cada uno de los que acabábamos de llegar, salimos del anexo y emprendimos una caminata; cuando íbamos por el camino, los reos que se encontraban en aquel infierno daban gritos de impresión. A algunos panas que no tenían rutina se les notaba el temor en sus rostros, mientras que, por otro lado, los metales resonaban en los barrotes malditos. Cuando íbamos por un lugar llamado Los Galpones, los internos se guindaban de los barrotes que habían en la puerta que estaba cerrada. Los gritos no dejaban de causar impresión a los panas que caminaban con pánico. En medio de aquellos gritos, a mis oídos llegó la nota musical de mi nombre. Giré la vista para ver de quién se trataba y logré percatarme de varias caras conocidas. Me gritaban que me quedara a vivir con ellos, pero el vigilante, al darse cuenta de que estos panas me querían rescatar, nos mandó a acelerar el paso. Continuamos caminando hasta que logramos cruzar por El Pingüino, uno de los lugares más peligrosos que existe en El Rodeo.

Cuando cruzábamos por el famoso Pingüino, en las ventanas de la torre infernal, rechinaban los metales sobre los barrotes de la muerte. Y se escuchaba el grito de guerra de Los Makakos (que era una banda de El Rodeo): “Ya ya ya ya yaya juuuuuu”, y el de la banda del Barrio Chino que era: “Un-un-un dos-tres barrio chino”. Y aquello se sentía como una bomba de alaridos que caían sobre mi cabeza.

En medio de la algarabía venida del lugar donde se encontraban los oprimidos, volví a escuchar mi nombre, giré la vista hacia las ventanas y logré ver algunas caras conocidas. Cuando logramos llegar a la entrada de la torre, la oscuridad de la tétrica edificación comenzaba a formar parte de mis aciagas horas. Cuando logré poner el pie dentro de la torre, giré la vista de un lugar hacia otro lugar, recuerdo que sentí la mirada del famoso payaso burlón que está pintado a la entrada de la torre. Cuenta la historia de los hombres que han vivido en ese lugar que el payaso ríe y llora sangre.

En el momento en que logramos entrar a la torre, el vigilante nos indicó que apresuráramos el paso y que no nos detuviéramos a conversar con los internos. Proseguimos con nuestro recorrido, escaleras arriba hasta llegar al pabellón cuatro, donde el vigilante abrió las rejas de la letra B, donde vivían los evangélicos. Cuando entramos a la letra, los otros panas que llegaron conmigo allí caminaban sin tener ningún conocimiento de la rutina carcelaria. El único rutinario de las quince personas era yo. Los convives fueron recibidos por el pastor de la letra a quien llamaban “Cebolla”, caminé aproximadamente unos cuatro metros dentro de la letra, decidí agacharme pegando la espalda de la pared, para así poder contemplar todo lo que se movía. Al rato se me acercó un cristiano a quien llamaban “Chicho”, quien no disimuló en preguntarme si yo era rutinario. Lo observé detalladamente y le respondí que no. La repuesta no lo dejó convencido y me dijo con cierta firmeza: “Varón, yo estoy claro que en la forma de caminar y de tomar la decisión de agacharte para tener mejor visibilidad me hace pensar de que eres rutinario, porque de todos los varones que llegaron el único que tomó esa actitud fuiste tú”. Estuvimos conversando unos quince minutos y luego me invitó a caminar dentro de la letra para presentarme con los demás varones que hacían vida allí. De esta manera, fui entrando en confianza con el cristiano, quien me propuso dormir en “El Buggy” (que es el espacio donde uno descansa, duermes o recibes tu visita) donde él tenía “un mono” (venta de comida y golosinas).

Luego “Chicho” me invitó a comer, pero lo menos que yo quería era comer. Sentía unas inmensas ganas de saber cómo era la rutina de ese “Salón de la muerte”. Decidí salir de la celda para caminar un poco e ir haciendo las nuevas relaciones, pero cuando crucé por la celda número cinco, me llamó un pana con quien yo había compartido en 1994 en la penitenciaría de San Francisco de Yare. Sin pérdida de tiempo el pana, a quien llamaban “El Mono”, me dio un fuerte abrazo e inmediatamente comenzamos a conversar y a recordar aquellos viejos momentos. “El Mono” se solidarizó conmigo regalándome una colchoneta y una sábana para dormir. La tendí en el piso de la celda cinco donde “El Mono” vivía. Tomé la decisión de descansar un poco, después de haber realizado el viaje con muchas dificultades.

Como a las 5:00 de la madrugada llegó el número, y al rato de que los guardias terminaran con el conteo de los internos, se abrieron las rejas para los que se disponían a bajar para el rancho (comedor). Yo no bajé, primero, porque nunca me gustó comer la comida de la prisión y segundo, porque mi pana “El Mono” ya me había avisado que la papa era “papa con plomo”. “Papa con plomo” era arriesgarse a recibir una herida por una bala y hasta perder la vida como les sucedió a muchos reos.

Esperé en la letra hasta las 8:00 de la mañana aproximadamente, cuando decidí bajar para desplazarme y ponerme en contacto con unos panas rutinarios que llevaban el volante (control) en la letra B del pabellón dos, donde el garitero se resguardaba con la fortaleza formada por los mismos reos. Estos a su vez, quienes poseían armas de guerra, utilizaban una luna (que era el nombre que recibía un trozo de espejo) que les permitía observar hacia distintos lugares al mismo tiempo. Al llegar al Pantri (un espacio para los combates carcelarios) del pabellón dos, los panas que estaban gariteando gritaron “Cristiano que se dirige hacia la letra”, me dirigí hacia el lugar donde se encontraba el garitero y le pregunté por “Guareguan” y Reny. Estos eran los dos principales que llevaban el pabellón dos. El garitero me preguntó si yo era pana de ellos y le dije que había compartido con ellos hace años.

El garitero enseguida pegó un grito para llamar a los convives y al rato se presentó el pana Reny, y le indicó al garitero que me dejara pasar. En cuestión de segundos entré a la letra y los convives me recibieron con un abrazo, caminamos con pasos lentos mientras íbamos conversando. Este pana no dudó en presentarme a los hombres de lucha que compartían dentro de aquel lugar. Luego de haber conversado durante hora y media, los panas decidieron invitarme a vivir con ellos, invitación que no dudé en aceptar. Las horas fueron pasando y con ellas mi nueva estadía tras los barrotes carcomidos por el odio, la envidia y el rencor.

Sumergido en lo más hondo de la violencia dentro de ese lugar tétrico el tiempo transcurría entre las balas, los coliseos (espacio para las peleas a chuzo), el número y las requisas por parte de la verde (Guardia Nacional) y los vigilantes. Cuando llevaba unos siete meses recluido, pude vivir, por primera vez, la experiencia del secuestro del director del recinto carcelario, y esto condujo a que se decretara por primera vez la emergencia carcelaria en nuestro país.

Condenado a vivir en el sórdido y oscuro silencio del encierro que rompe las vértebras del calendario, vi los cadáveres caídos en las constantes riñas, también vi los ensangrentados esqueletos y los restos de todos los reos abatidos en las batallas campales, los que quedamos vivos sufríamos en la llaga incurable del submundo, pensábamos en el despertar del Sol que duerme en el nido del extendido cielo. Las cárceles fueron construidas con el código sangriento, es decir, con el modelo del sistema industrial de la violencia. O bien podría decirse el mercado de los oprimidos donde la oferta y la demanda de las penas y los delitos son el resultado de la violencia.

Yare: una máquina de moler seres humanos

Habían transcurrido exactamente doce años desde que había recobrado la libertad del mismo lugar: Yare. Y llegó el año 2006 y nuevamente se abrieron las puertas de este mismo infierno. Aquel lugar era, sin duda, el verdadero escenario del inframundo. Allí los hombres divagan en una lata de ratas rechinando sus dientes afilados. En ese lugar, los que permanecen en cautiverio están atrapados entre los olores horripilantes de la prisión, donde se mezclan las distintas clases de mierda. Al poner nuevamente los pies en aquel lugar tenebroso, me asaltó la idea de salvar el pellejo durante mi estadía. Se trataba de sobrevivir o de no volver a ver la luz de la calle ni más tarde ni más nunca.

Cuando pisé el pavimento de la maldita prisión, caminé sigilosamente hasta un lugar llamado “los talleres”. A mis oídos llegó el eco del grito del garitero que anunciaba: “Forastero que se dirige hacia los talleres”. Allí fui abordado por varios reclusos, que me preguntaban de dónde yo venía, sin embargo, ya estaba acostumbrado a este tipo de preguntas porque la rutina vivida te va formando. Ese día conversé con el principal que llevaba el carro y con los otros panas que formaban parte del carro. Entre ellos estaba el hijo de un parroquiano a quien llamaban “El Chino”. Con este pana y el principal conversé por un buen rato. Como a la hora el principal le dijo al “Chino”: “Bueno, Chino, en el túnel de la muerte hay un buggy (que es el espacio donde uno descansa, duermes o recibes tu visita) que está solo, llévalo hasta allá para que sepa dónde va a vivir”. Caminamos poco a poco hasta llegar al buggy, donde iba a vivir durante mi estadía en aquellos caminos tenebrosos, donde los muertos hablan cuando la luna se les oculta. Allí el suelo yacía húmedo, la sangre fresca dejaba marcas y las paredes escupían sus caricias mortales.

Cuando llegamos a mi nuevo aposento, “El Chino” abrió la puerta del buggy y no dudamos ni siquiera un instante para entrar en la caja fantasmal que esperaba por un nuevo huésped. La primera palabra dentro de aquella caja helada fue pronunciada por “El Chino”, quien me dijo: “Bueno, parroquia, aquí es donde vas a vivir”. Sin embargo, no duramos mucho en esa caja donde el sol no llega ni siquiera por equivocación. El espíritu de la cárcel comenzaba a presentarse con el transcurrir de los días. Los tiroteos y peleas a chuzos formaban parte del festín. Se iban almacenando los cadáveres de los hombres que peleaban, en las apiñadas paredes de aquella bóveda situada debajo del firmamento sin brillo. El odio se iba almacenando en mi mente.

Al poco tiempo fui trasladado por mala conducta para la cárcel de Tocuyito, estado Carabobo. Llegué una noche como a las 11:30. Mientras los vigilantes me llevaban hasta aquel lugar, por el camino iba buscando el trepidar de viejos recuerdos. Mi vida comenzaba un nuevo calvario. Por mi mente cruzó el ruido huracanado de una bala perdida y el temor de ser acariciado por el bronce de la bala. Aquella noche me llevaron hasta un lugar llamado “La Casita”, allí encontré a un viejo amigo a quien llamaban “El Caraqueño”. La noche estaba oscura y el disco de la bóveda del firmamento parecía perderse. Empecé a hablar con “El Caraqueño” y aproveché para preguntarle cómo era la rutina de aquel lugar.

De repente, empecé a escuchar un ruido, era uno de los reos que estaba siendo perseguido por otro que le estaba propinando unos golpes con un pequeño banquito de madera. Al parecer el hombre que le estaba propinando los golpes era un pastor evangélico, según palabras del “El Caraqueño”. Aquello me sorprendió y le pregunté que cómo era eso que un pastor le esté pegando a uno de los reos. “El Caraqueño” me respondió: “Esto es una vaina loca, aquí cualquier cosa puede ocurrir” y le dije: “Si esto es una iglesia y suceden estas cosas, la verdad es que es de cuidado. ¿Y cómo es la vaina aquí para uno salir a vacilarse la pista?, porque, a decir verdad, yo estoy acostumbrado a vivir en la pista y nunca he vivido enchiroloao en una iglesia”. “El Caraqueño” entonces me contestó:

“Aquí hay que esperar a que lleguen los días de visita para que el principal, en compañía de sus perros, saquen a la pista a quien ellos observen. Al que ellos vean que camina bien”.

Así pasaron las horas hasta la mañana siguiente. Llegó el pase del número por parte de “La Verde” (La Guardia Nacional) y los vigilantes. Al culminar el pase de número, el carro pegó una luz por aproximadamente una hora, cuando cortaron la luz salieron los que iban para el rancho y los que se querían desplazar. En ese instante, le pregunté al “El Caraqueño”: “¿Quién es el principal?”, y este me lo mostró. Sin pérdida de tiempo me dirigí hasta el lugar donde se encontraba con los otros reos que jugaban en el carro. Cuando me faltaban escasos metros para llegar a donde se encontraba el principal, me abordó un gordo con un autobús (escopeta) y me preguntó: “¿Para dónde vas, viejo?” y le contesté: “Voy hablar con el dueño del circo”. Al escuchar las palabras con las que le respondí, este se puso feo pa’ la película y me dijo: “Para allá no puedes ir viejo”, pero el dueño del circo me escuchó y le dio la luz para que me dejara llegar hasta el sitio adonde se encontraba. Le extendí la mano para saludarlo y darle los buenos días. Le comenté que yo había llegado en la noche, pero que no estaba acostumbrado a vivir en iglesia, le comenté que quería vacilarme la pista. El principal me dijo que si tenía a alguien que me recibiera, podía desplazarme a placer. Le respondí que realmente nunca había estado preso aquí en este penal, ni tampoco sabía de algún pana que estuviese viviendo en el penal. También le dije que no tenía ni primo, ni hermano, ni pariente en La Guajira.

El principal se echó a reír, y con la sonrisa entre los labios me dijo: “Viejo, realmente hablas como rutinario y eso me gusta. Vacílate la pista sin chocá el carro”. Le di las gracias y comencé a caminar de pabellón en pabellón y de letra en letra buscando alguna cara conocida, después de casi una hora de recorrido dentro de aquel río de pirañas llegué al pantri (un espacio para los combates carcelarios) del pabellón 4. Allí, sentado en una silla, estaba uno de los que jugaban en el carro a quien llamaban “Niño Grande”, me preguntó: “¿A quién buscas por ahí, viejo?”, le contesté: “Coño, pana,

hace un rato hablé con el principal 'Coco' y me dio la luz para que me vacile la pista, pero he caminado durante un buen rato y no he encontrado ninguna cara conocida". Seguidamente "Niño Grande" me indicó que buscara en la letra D (que era la letra donde vivían los forasteros) al pana Sarmiento que era quien llevaba el control de esa letra, me dijo que le dijera que ya había hablado con él para que me recibiera ahí.

Sin pérdida de tiempo entré a la letra y a mitad de camino se encontraba el pana que "Niño Grande" me había mencionado. Realmente yo no lo conocía, pero este al verme sabía que yo no vivía en la letra y enseguida me abordó: "¿A quien busca por ahí, viejo?". No desmayé ni tan siquiera un instante en contestarle: "Busco a un pana que le dicen Sarmiento". El individuo me respondió: "Ese soy yo, viejo, ¿qué quieres hablar conmigo?". Le dije: "Niño Grande me envió para que me recibas aquí". Sarmiento me recibió, pero no me dijo cuál era la celda donde iba a vivir. Conversé con él aproximadamente uno quince minutos. Luego continué recorriendo el penal, buscando alguna cara conocida, cuando llevaba unas cuatro horas recorriendo el penal, me encontré con un parroquiano de San Agustín del Sur a quien llamaban "Caraota"; este al verme se echó a reír, me saludó con un abrazo y me preguntó a dónde había llegado. Le conté todo lo que había sucedido desde la noche anterior y todos los acontecimientos de ese día. Después de tanto trajinar, al fin, me topé con alguien con quien poder conversar con más confianza. Total, las horas del día iban pasando como el agua entre los dedos hasta que se hicieron las 3:30 de la tarde y volvieron a apagar la luz. Me encerré en una de las celdas que había en la letra, con los otros reclusos que no jugaban en el carro, hasta que llegó la hora del nuevo conteo por parte de "La Verde".

Al culminar el pase del número, la luz quedó prendida por media hora más, cuando borraron la luz me dirigí hasta Sarmiento para preguntarle a dónde iba a vivir yo realmente. Este me indicó que buscara a un tal "Chingo" y le respondí: "Coño, pana, usted me va a disculpar, pero yo no conozco a nadie en este lugar, mándame con cualquiera de los panas que viven en la letra

para así poder buscarlo sin andar zumbando flechas como loco". No tardó ni un minuto cuando en la puerta principal de la letra D se apareció "El Chingo"; este, al verlo, enseguida lo llamó, cuando "El Chingo" llegó hasta donde estábamos parados Sarmiento, dos panas más y yo, Sarmiento me presentó a "El Chingo" y le dijo que yo iba a convivir con él en el mismo buggy, ya que él estaba viviendo solo. "El Chingo" estiró la mano derecha y de sus labios se escuchó la palabra: "El convive mío original", aquellas palabras estremecieron mis oídos. Presentí una extraña sensación de desconfianza, primero, porque yo no le pertenezco a nadie, y segundo, porque no podemos huir de nosotros mismos en la prisión. Sin embargo, aunque tuvieras ganas de correr hasta el campo de béisbol que quedaba al frente de la letra, sabía que tenía que afrontar la realidad, entendí que todos éramos hijos de la malditas paredes que guardaban los ecos de las horas funestas.

Ese mismo día logré realizar una llamada para comunicarme con mis familiares, donde les notifiqué en qué lugar me encontraba y las condiciones en las que estaba. El día sábado, a las 11:45 de la mañana, se apareció mi esposa acompañada de un evangélico, quien le hizo el favor de acompañarla para buscarme. Las horas fueron pasando y la tarde se arremolinaba en el mundo de los desvalidos. Se aproximaba la hora del final de la visita. La acompañé para despedirme de ella por ese día; en el camino, varias veces toqué el rostro de mi esposa cariñosamente. En ese momento, sentí que el mundo estaba a punto de venirse abajo, desgraciadamente tenía que resignarme a esa fatal realidad, donde los peces no pueden ver los cántaros de agua correr.

La cárcel es el lugar de la esperanza, de los sueños, de las plegarias, de los dolores redimidos, de la paciencia; es ese lugar tan increíble donde simplemente eres un número más. Tuve que combatir contra lo imposible. Recuerdo que un día, cansado de vivir en ese lugar, decidí montarme en una lucha con otros caraqueños para que nos trasladaran a La Planta. Estuvimos 45 días de huelga con la boca cocida y montados en un techo. A veces "La Verde" se montaba y lanzaba a los reclusos hacia abajo. Algunos

reos sufrieron fracturas de columna; otros, de piernas. Así permanecimos con la boca cosida durante 45 días, sin lograr ser trasladados, hasta que un día decidimos bajarnos por nuestra propia cuenta y meternos, con cuchillo en mano, en la dirección a donde se encontraba “La Jurídica” (que era la persona encargada de todos los trámites administrativos en el penal). Allí nos encerramos con “La Jurídica” y el secretario del director del penal. Al rato, llegaron los vigilantes y comenzaron a abrir un boquete en la pared con un pico, luego empezaron a lanzar bombas lacrimógenas hacia adentro; los ocho panas que estábamos dentro de aquel lugar recogíamos las bombas con la mano y se las devolvíamos hacia afuera.

Así permanecimos durante más de ocho horas, hasta que llegaron los fiscales del Ministerio Público y el personal de recursos humanos, quienes conversaron durante hora y media con nosotros para que depusiéramos la acción. Los fiscales nos ofrecieron protección y traslado. Al final, llegamos a un acuerdo con el personal, de recursos humanos y con los fiscales. Depusimos la acción dado que nos estaban ofreciendo lo que nosotros queríamos. Al salir, nos tomaron los datos para realizar los trámites del traslado, de ahí nos llevaron para un lugar donde íbamos a ser requisados para proceder con el traslado. Pero “La Verde” y los vigilantes que estaban llenos de ira, comenzaron a darnos la mamá de las pelotas. A mí y a los convives nos partieron el coco a punta de batazos. Los codos y tobillos recibieron una gran cantidad de golpes. Cuando se cansaron de pegarnos, nos esposaron con las manos hacia atrás. Nos dejaron encerrados en aquella celda donde todos estábamos sangrando y adoloridos por los golpes recibidos; el dolor era insostenible, la locura era un paraíso no anhelado.

Para “La Verde”, éramos una merengada de mierda, escoria para la sociedad, encerrados dentro de aquella celda donde permanecíamos adoloridos. Sacamos fuerza desde nuestros adentros y logramos pasarnos las esposas de atrás hacia adelante, allí permanecimos tirados en el suelo helado y mugriento hasta las seis de la mañana del día siguiente, cuando se abrieron nuevamente las puertas de la fría celda. Nos fueron llamando uno a uno por nombre

y apellido y a cada quien le indicaron el lugar adonde iba a ser trasladado. El traslado salió como a las 9:00 de la mañana y a todos nos distribuyeron entre El Rodeo I, La Planta y Tocarón. A mí y a cuatro panas nos trasladaron para Tocarón, en un autobús, y a los otros panas los montaron aparte en otro transporte. Recuerdo que cuando llegamos a la cárcel de Tocarón, realmente estaba tan golpeado y ensangrentado que parecía un vietnamita recién llegado de la guerra.

Al llegar a este nuevo lugar, fuimos recibidos por los principales de los talleres, a quienes yo conocía, y quienes nos tendieron la mano. A mí me llevaron guindado de hombros debido a que no podía caminar por los coñazos recibidos. Enseguida un viejo que había compartido conmigo en otros recintos me jaló, me dio un paño, jabón, champú y un par de cholas para bañarme y quitarme toda la sangre pegada que tenía en el cuero cabelludo, el rostro y en los brazos. Luego de que me bañé, me dio ropa limpia para cambiarme y botar aquella ropa que estaba completamente irrecuperable. Al rato, nos reunieron a todos los que llegamos, conversaron un buen rato para indicarnos cómo era la rutina en aquel lugar, y también para aprovechar de comernos una sopa de pescado que los panas nos mandaron a preparar.

Realmente yo no podía desplazarme debido a que los golpes me dejaron en muy mal estado. Después que comí, me recosté en una cama que el pure me ofreció para el descanso, allí poco a poco fui restableciéndome de las heridas producto de los batazos que nos habían dado. Empecé a recuperar la energía perdida en la huelga. En este recinto penitenciario, permanecí durante seis meses, pero el calor era insoportable, el aire era una ráfaga de tierra que picaba en el cuerpo. Allí permanecí en cautiverio inhalando el olor de las heces fecales de las ratas que defecaban frente a nosotros y que me atormentaban. Soportaba todo hasta que decidí nuevamente montarme en otra lucha.



Jorge a la extrema izquierda junto a “El Chino” y a “El Primo”. Foto tomada en Yare I, en un lugar conocido como Los Talleres.

El Dorado: el lugar donde el diablo dejó las cholas

Era un día de esos, uno bastante triste, en los que sucedió algo. Llegó el día 11 de marzo del año 2009. Serían cerca de las 6:25 a.m., digo que sería porque nuestros relojes eran el sol y las palabras de mi compañero, quien había podido ver la hora en el reloj de los guardias nacionales. Yo venía obligado de la cárcel de Tocarón, después de haber permanecido allí durante 49 días en huelga. Fue una temporada en la que viví con la boca cosida y el alma puesta en el “Dios sabrá”. Levanté la cabeza un poco para ver el sitio adonde nos traían. Mi sorpresa fue que creí que aún no había despertado, que se trataba de un sueño de esos que la vida suele introducirnos de vez en cuando: era una isla, sí, una isla tal cual como la pintan en los libros: agua por todas partes y en el centro la edificación macabra, escuché de mi causa, de mi compañero: “¡Convive, este es el famoso Dorado!”. Por momentos –ante el asombro de los dos que veníamos esposados en el autobús, y después de 32 horas de amargo recorrido, sediento y con esperanzas cada vez más pequeñas– no supe si era miedo, angustia, desesperanza o arrechera lo que pasó por mis sentidos. Miré a mi compañero y quise hablarle de lo que estaba ante nuestros ojos, pero ¡no!, no pude, de repente, sentí un culatazo en mi hombro y una voz de mandamás: “Baja la cabeza, choro, tú no tienes derecho a nada”.

En mi ánimo había un desconcierto por el lugar adonde estábamos llegando. De él había escuchado tantos cuentos: que si malo, que si oscuro. Súbitamente, sin darme cuenta, me sentí un agente viajero sin destino cierto, especialmente en esa “parada” casi eterna que hicimos en El Dorado. Alcé mi vista hacia las nubes; ellas parecían querer burlarse de mí. Pensé en los míos, en mi difunta madre, mi esposa y mi hijo que me estarían esperando en casa. La vida, en ese terrible momento, me metía en un laberinto

muy extraño. Sin embargo, dentro de mí existía el ánimo que siempre tuve: salir triunfante en la vida.

Por supuesto que tenía tiempo en ese desconcierto, sobre todo desde que en Tocatorón me dijeron, una noche como a las a las 10:00 en punto: “¡Alfonzo, prepárate que vas de traslado!”. “¡Coño!”, me dije. Miré a todos lados y no sabía qué hacer con mi boca cosida –el hilo en mis labios ya comenzaba a infectarse después de los 49 días de lucha–; tampoco había a quién preguntarle, pues, de los 25 compañeros que estábamos arrumbados al lado de las paredes sucias, debajo de la garita n.º 3, solo llamaron a mi causa y a mí.

Hacia El Dorado, sí, esa fue la idea que me asaltó y que se repetía en mi mente a cada instante. Ahí estaba yo, en medio del famoso penal El Dorado. Arriba, las nubes parecían mirarme como reprochándome algo; abajo, los nuevos compañeros de la famosa prisión observándome. A mi mente, y no sé por qué, vinieron los momentos cuando yo, con la boca cosida, me mantenía a punta de caramelo, azúcar y más azúcar. Quizás las nubes me estaban diciendo que me harían concientizar mi situación, que me harían reflexionar sobre los errores cometidos. Me senté en un pequeño banquito. Mi presencia allí era muy incierta, miraba hacia todos lados buscando alguna cara conocida, no que me vieran como un extraño. Me levanté y caminé entre esos “muertos ambulantes”. Ellos mostraban sonrisas fingidas, obligadas por los duros momentos del encierro; eran mis nuevos compañeros de infortunio. Todos, sin excepción, reflejaban en sus pálidos rostros la agonía y el maltrato que vivían en sus vidas carcelarias; sus tristezas se asemejaban a las olas del mar en un sube y baja sin destino cierto. Sí, estábamos “caídos”, como se dice en las prisiones; también estábamos dentro de un vacío en el que intentábamos que se levantaran nuestras caras hacia un Dios que nos estaría viendo cara a cara y que nos mostraba esa espeluznante realidad.

Seguía caminando entre ellos; al rato, ya unas caras me parecían conocidas; bueno, en realidad, allí uno, por ser un camino tan corto entre paredes, se acostumbra a verse a cada instante y a conformar una especie de “nosotros”. Un “nosotros” que aunque

pareciera un grupo unido no era así; pues me sentía muy solo en ese mundo; un mundo que nos había enseñado los sentimientos del odio, del rencor, de la maldición; además, un mundo donde está prohibido llorar para que el compañero no te vea débil, pero un mundo tenebroso del que nunca sabes si saldrás de allí con tus propios pies o acostado con el cuerpo desangrado, con cortadas profundas o con las marcas de las balas. Por eso, cuando caminaba entre ellos, ya era costumbre escuchar la interrogante eterna: “¿Cuándo saldré de esta vaina?”.

A pesar de la pregunta, dentro de El Dorado las cosas no empezaban muy bien, ya que yo tenía una semana allí cuando se produjo un secuestro de visitas, entre las que había cinco mujeres, una niña de apenas ocho años y dos hombres. Fueron pocos los secuestrados porque en ese penal, tan apartado del mundo, la visita era escasa. Ese secuestro fue realizado por la población porque el director del penal estaba violando los derechos humanos y se solicitaba su destitución. Dicho secuestro duró tres días, ya que con nuestra acción obligamos a que los fiscales, defensores de los derechos humanos y abogados, se hicieran presentes en el penal. Al cuarto día llegó al penal el nuevo director a las 6:30 a.m., era la hora del pase de número. Con el nuevo director se llegó a ciertos acuerdos y a partir de allí la situación mejoró algo. Así continué hasta que fui trasladado hacia Yare.

En este punto del relato, de mi travesía por ese mundo macabro, quiero expresar a quienes puedan leer estas palabras lo siguiente: en ningún momento mi intención es resaltar los grandes problemas carcelarios, sino expresar lo que viví y sentí en ese duro pasado. Una época en la que ser trasladado de un penal a otro era lo normal, hoy sigue siéndolo. Fueron días en que yo, con mi cuota de responsabilidad por los hechos que me tenían en prisión, podía ver –gracias a Dios– lo que había hecho con mis anteriores días.

Ahora bien, no estoy buscando culpables fuera de mí, no voy a echarle la culpa a mis padres ni a la sociedad, sino a un sistema podrido donde el preso se siente un número, un mueble, una cosa sin utilidad. Sí, un sistema que tiene más de cien años donde el

reo es privado de sus derechos, de sus alegrías, de su futuro como ser humano.

Para resumirles, lectores, la dura realidad que me tocó vivir, retomo el relato de mi traslado a Yare. La ruta hacia mi nuevo sitio de reclusión estuvo llena de altibajos, la misma se inició con el cruce en chalana sobre el río Orinoco, cruce donde fuimos maltratados los cuatro presos que estábamos siendo trasladados. El autobús de prisiones se dirigió primero hacia Cumaná para dejar a un compañero, luego nos dirigimos hacia la PGV (Penitenciaría General de Venezuela) donde dejaron a otro. Los que quedábamos en el autobús estábamos a la incertidumbre de nuestro destino. Al fin, llegamos a Yare –era un domingo, 19 de abril, día de visita– adonde me tocaba quedarme a mí. El autobús seguiría su ruta, con el último compañero que iba para la cárcel de Sabaneta.

No tendría yo unos cinco minutos en Yare cuando escuché de uno de los guardias nacionales que había venido en el autobús: “¡Epa, tú, choro, lávame el autobús!”. Me le quedé mirando, luego me le reboté, porque hacer eso me perjudicaba la hoja de rutina. Podría hasta causarme la muerte. “¡No voy a lavar un coño!”. El desgraciado sacó su peinilla y me asestó 20 peinillazos. Ahí empezaba otro calvario. Estaba yo entrando al penal cuando escuché que el garitero gritaba: “¡Forastero entrando al penal!”. Seguí mi camino hacia los talleres, donde fui abordado por varios reclusos que me preguntaban de dónde yo venía. Sin embargo, yo ya estaba acostumbrado a esa rutina; sabía qué hacer, qué decir ante las preguntas. Como a las 6:00 de la tarde, de ese día domingo, los líderes del penal hicieron un llamado a toda la población para comenzar una huelga de hambre en apoyo a la ya iniciada en la PGV. En esa huelga estuvimos durante once largos días y volví a probar el azúcar, caramelos y más caramelos.

Poco a poco fui restableciéndome de las heridas de los peinillazos y de la energía perdida en la huelga. Así llegó el 14 de mayo de 2009, día de la madre. Pero a las 11:35 de la mañana se inició de nuevo lo de siempre: disparos de todos lados, gritos, correderas; se trataba de una riña entre el pabellón 4 y 5, que se habían unido

para ir contra el 2. Los visitantes corrían desesperados, eran niños, mujeres y hombres que querían llegar a los talleres para salir de ese infierno, lo lograron. De repente, como a los treinta minutos se escuchó un ruido muy fuerte, algo que había explotado movió hasta las columnas de la edificación. Varios gritaron: “¡Fue una granada!”. Ante el ruido, la confusión y el terrible sonido, la desesperación aumentó entre las madres e hijos. La angustia de los familiares era porque no sabían cómo se encontraban los suyos dentro de la prisión bajo aquella batalla campal. Las horas seguían pasando y también las balas, era un ruido ensordecedor que impedía que alguien conciliara el sueño. Todos estaban muy despiertos, pendientes. Esa situación de espera, de incertidumbre, se alargó durante toda la noche y parte del día siguiente, nadie “cabeceaba”, pues sus ojos estaban desorbitados por lo que pudiera “venir” de repente. Por la tarde, a eso de las cuatro, oímos: “¡Agua, agua que va pa' los talleres!”. Era el director del penal con otros vigilantes que se acercaba a nosotros, a los talleres. Hubo una conversación entre el director, los presos y los visitantes que terminó en un convenio de la siguiente manera: a la visita se le permitió salir. Sin embargo, la guerra campal, ahora sin visita, pro+seguía soltando balas; batalla infernal que continuó por varios días.

Podría decir que no recuerdo cómo terminó la balacera, solo viene a mi mente que poco a poco escuchaba menos tiros, menos gritos, casi que volvía cierta calma. Sí, ahora pensaba en dormir, reponerme, en pensar en todo lo que venía pasando por mí antes de esa batalla.

En este lugar, mis deseos por darme cuenta del mundo en que vivía se cumplían día tras día. Pero, a pesar de los infortunios diarios que yo experimentaba en esas cuatro paredes, observaba, detallaba, aprendía a memorizar las barbaridades por las que pasa un recluso. También mi mente empezaba a formar el proyecto de escribir, algún día, parte de mis sufrimientos.

Dentro de esa aparente calma (en la cárcel nunca hay calma), y estando yo dormitando, a mis oídos llegaron unos ruidos extraños, creí que eran parte de un sueño. Puse más atención a los ruidos,

miré el reloj inequívoco del cielo y supuse que eran las 4:30 a.m., y fui descubriendo quiénes hacían esa bullaranga. Los lectores que no saben nada del mundo carcelario quizás no creerán lo que les voy a narrar: una película de Rambo se queda corta ante lo que allí pasó: helicópteros, convoyes, motos, carros oficiales... Sí, al asomarnos hacia el lugar de donde provenían esos ruidos, los observamos. Eran cerca de tres mil funcionarios entre guardias nacionales, bomberos, custodios y Defensa Civil. Los militares apuntaban y disparaban contra todo lo que se moviera o les oliera a preso, así, lentamente, nos fueron acorralando a toda la población penal. Nos tiraron al suelo, desnudos, a punta de patadas y coñazos. Allí, acostados, escuchábamos los nombres dichos por los guardias de los compañeros que serían trasladados a otros penales (trasladaron en esa oportunidad aproximadamente a 300 hombres con sus llantos entre paredes; iban golpeados, sin ropas). Ese santo día permanecemos tirados en el suelo y con la cabeza entre nuestros cuerpos golpeados. Al siguiente día, en la mañana, como a las 8:30, llegó el carro negro para “la raqueta” (así se denomina a un grupo especial, vestidos de negro y con pasamontañas, que en los momentos de requisa ingresan al penal).

Pasaban las horas y nuestros cuerpos se seguían agotando por la falta de agua y alimentos. De esa manera, bajo el sol, transcurrió el resto del día y la noche. Al día siguiente, como a las 10 a.m. los funcionarios del “carro negro” sacaron unas bolsas donde había restos de cadáveres; eran los cuerpos destrozados de los compañeros que murieron en esa batalla campal. A partir de allí la escasez de agua y alimentos se profundizó durante el mes que estuvo militarizado el penal: hacíamos grandes colas para recibir un tobo con agua. Después de ese eclipsado mes vino una pequeña calma; se restauró de nuevo el derecho a la visita de familiares, quienes, por la preocupación que habían tenido ante los sucesos de ese mes, hacían kilométricas colas para entrar al penal. Los gritos, los llantos, la angustia de muchos familiares se hacían sentir en todo el lugar, pues, con las manos en las cabezas, en los rostros, habían recibido noticias de que su familiar estaba muerto o que

había sido trasladado hacia otro penal. Fue así como se presentó la aparente calma de nuevo, y luego llegó ese agosto, cuando un día supe que dentro del penal había algunas personas con libros, con proyectos de lectura, con ánimos y palabras alentadoras para la mente confusa de nosotros, los que allí aún nos manteníamos con vida. Al rato, supe que uno de esos “alentadores” se llamaba Ricardo Romero y que venía del Ministerio de la Cultura; nos invitó a talleres de lectura y de comentarios de literatura. Muchos de nosotros nos entusiasmos e iniciamos esos talleres que muy bien vinieron a aplacar en algo la desesperanza que teníamos, pues mediante la lectura comenzamos, por lo menos en mi caso, a ver otro ángulo de la vida donde yo no me había detenido: en la palabra escrita.

Estaba yo comenzando a sumergirme en las letras, en los folletos que nos dejaban del Ministerio de la Cultura; mi mente empezaba a comprender muchas palabras, muchas formas desconocidas por mí para decir las cosas, especialmente en forma de versos y de estrofas. En esos pensamientos estaba yo una noche cuando, luego del pase de número (el conteo de los presos), repentinamente escuché algunos ruidos ya conocidos: tiros que iban y venían dentro del penal; la cosa no llegó a males mayores, pero mi preocupación ahora aumentaba porque parecía que se rompería la aparente calma. Poco después, dejé de escuchar los tiros y seguí en la transformación cultural que experimentaba. Me recosté en mi cama con los brazos puestos bajo mi cabeza. Me quedé mirando hacia el techo, quería traspasarlo; imaginar que todo aquello era irreal, un sueño. Cerré los ojos y pensé.

Allí acostado, mi mente viajaba hacia afuera, hacia lo que el preso quiere: ¡calle! También llegaba a mis oídos –especialmente los domingos cuando algún grupo musical venía a la cárcel– la canción de “Tabaco”: “Qué malo es estar en la cárcel, triste soledad, qué soledad se siente...” (“Tabaco” es el apodo de Carlos Quintana, cantante y timbalero del Sexteto Juventud). A veces escuchaba el “Auditorio azul” de Marvin Santiago, o “La galera tres” de Ismael Miranda o “Las tumbas” de Ismael Rivera.

Sin embargo, a pesar de tantas canciones, tantos gritos, requisas, maltratos, yo me acostaba y proseguía en mis pensamientos por salir a la calle. Sí, ahora pensaba en lograr la libertad, pero con una transformación que se iniciaba en mi cabeza, en mi entendimiento. Quería la calle, pero de una manera distinta; quería salir, pero ser en verdad –afuera– el ser humano que nunca pude ser.

Estando yo en esos momentos de aparente “calma”, en mi entendimiento, sucedió una tarde, luego de la visita, el hecho milagroso que narraré a continuación. Ya tenía más de media hora acostado y viendo el techo cuando el silencio se apoderó de mis sentidos. Ya no escuchaba los gritos ni reclamos de algún preso. Parecía que el mundo se había detenido para que yo pensara, para que reflexionara y me conectara con una luz, una interna voz que se dirigía solo a mí. Al principio me llegaron las imágenes de mi esposa, de mis familiares, luego pensé en mis inicios en la escuela primaria. A mis recuerdos llegaron aquellas caras olvidadas de mis amigos infantiles; mi maestra preferida (la de quinto grado); mis bajadas hacia el mercado para llevar las bolsas de algún comprador –me pagaban poco, pero era bastante para lo que yo tenía–; las veces que yo iba a la casa de mis vecinos para ver la televisión: los primeros cines que frecuenté, aquel pantalón azul marino que estrené una Navidad; los regaños de mi maestra cuando yo no acentuaba bien alguna palabra; las agrupaciones musicales de salsa que tocaban en el barrio, los momentos escolares cuando en el colegio me preguntaban si “Alfonzo” era mi nombre o apellido; cuando jugaba con el equipo de la UCV o en los torneos de futbolito que hacíamos en nuestra parroquia San Agustín.

Después de haber vivido todos esos pensamientos y experiencias amargas, tristes y oscuras dentro del penal, recordé aquel 19 de abril de 2009 cuando llegué por tercera vez al Penal de San Francisco de Yare, allí me tocó vivir día tras día con los hombres que se enfrentan a la cotidiana lucha por la libertad, quienes llevan dentro del alma la llama de la esperanza que rompe el paradigma de los barrotes del ocio negativo, ese ocio negativo que

a los desvalidos no nos permitía ver más allá del manantial de la injusticia, quienes vivíamos coaccionados a vivir en la macabra edificación, donde el fantasma de la violencia, cada día era más intenso, la oscuridad de las cuatro paredes iban consumiéndome los sentimientos que se me escapaban como el agua entre los dedos. Sabía que había llegado a isla de los espaguetis donde el gordo se pone flaco y el flaco desaparece.

A medida que el tiempo avanzaba me invadía la nostalgia, aquellas constantes batallas que dejaron huellas imborrables en mi memoria, donde los barrotes oxidados iban carcomiendo mis sentimientos, como un fantasma de película de terror.

En ese lugar tétrico, compartí con los cadáveres que caminaban de un lugar a otro, sin destino cierto. Era el mundo de los que entran muertos, donde el fantasma mortífero absorbe las almas, las paredes y barrotes consumían las horas de mi vida; era como un cáncer sin tregua donde la más mínima esperanza de rehabilitación queda descartada; me encontraba ocupando un lugar en la galería de la más descarnada deshumanización del tenebroso, donde los humanos se convierten en un número.

Sin temor a equívoco, puedo decir que en el siniestro inframundo teñido de crueldad, el flagelo de la droga es uno de los generadores de mortalidad en los recintos penitenciarios de nuestra Venezuela, pero llegará el día en que los hombres y mujeres reflexionen dispuestos a crear conciencia; a partir de ese día, los muros del pasaporte al otro mundo dejarán de beberse la vida de los oprimidos.

Mientras los hombres, que por circunstancias de la vida hayan perdido la libertad, no se detengan aunque sea un instante a entender lo que significan principios y valores, sus comportamientos siempre serán negativos. De mi parte, puedo decir que las experiencias y sufrimientos tras barrotes me condujeron a reflexionar y a entender que la cárcel no debe ser un depósito de hombres generadores de violencia, donde los desvalidos se enfilen hacia la nada, convertidos en carne de presidio en la mal llamada universidad de la delincuencia. La mayoría de los hombres que han transgredido las leyes

salen licenciados en la carrera delictiva, ejerciéndola tras haber recobrado la libertad. Al cabo del tiempo, algunos regresan a la universidad de la vida para especializarse en cualquier actividad; he ahí, en ese lugar horrendo donde se hayan los grandes profesores de cada una de las ramas del mundo delictivo.

El tiempo en el salón de la muerte fue para mí un cúmulo de experiencias, dolores y sufrimientos; vivencias que me permitieron observar cómo las paredes del infierno iban desmoronando la mente de desvalidos coaccionados a vivir en la terrorífica sucursal del cielo, de las sombras que caminan de un lado a otro, entre la soledad y el frío tétrico que emergen de las paredes depredadoras de hombres.

A veces el fantasma del miedo me atormentaba, el miedo a morir entre rejas me llenaba de valor para sobrevivir en el submundo. Donde la máquina depredadora de hombres anda suelta. Bien puedo decir que ese miedo me condujo a luchar con perseverancia hasta el día de mi anhelada libertad, pero sobre todo a salir con otra ideología para no volver a reincidir. A veces, en mis momentos de soledad, hablaba como un loco con mi propia sombra. Recuerdo que el día 31 de diciembre de 2009, estando yo en el buggy (cuarto de reposo), pensando en voz alta, en esos momentos venía caminando por el lugar un parroquiano mío que vivía en San Agustín del Norte, quien me escuchó hablando solo, y al escucharme se sonrió y me dijo, “Coño, parroquia, la cana te está volviendo loco, siempre andas pensando vainas locas, y hablando solo, recuerda que las utopías siempre serán utopías”; enseguida le respondí al parroquiano, a quien llamaban “El Portugués”, recuerdo, como si fuera hoy, que le dije: “Discúlpame la contradicción, pero llegará el día en que las utopías sean como un pico de hielo que rompe el paradigma de los cerrojos, barrotes y cadenas que nos oprimen, para convertirlas en realidad”, “El Portugués” se echó a reír; y le dije nuevamente: “Sonríe tú por ahora, porque yo sonreiré el día: *Cuando los hombres despierten y disparen con el cristal de conciencia, ese día cesará la horrible guerra*”.

Al escuchar aquellas palabras, “El Portugués” volvió a sonreír y continuó su camino, con el tobo de agua que llevaba para echarse una ducha y esperar la hora de visita. Me quedé en el buggy, en compañía de los pensamientos positivos que seguían cayendo en mi mente como lluvia venida del cielo, en mi visión creativa y positiva, desde lo más profundo del alma, pensaba que para evitar la violencia carcelaria, es de vital importancia la unión férrea de los hombres que viven tras los barrotes oxidados de las paredes letales. En cuestión de minutos aquellos pensamientos fueron interrumpidos y hasta el sol de hoy no sé por qué llegó a mi mente el archivo histórico relacionado con las huellas de la violencia carcelaria. Sobrevino a mi mente aquella inolvidable madrugada del 27 de noviembre de 1992, cuando ocurrió la masacre del llamado Retén de Los Flores de Catia. Los acontecimientos de aquella masacre que dejaron enlutados a muchos hogares, y que las telarañas del tiempo jamás podrán borrar el dolor causado a una gran cantidad de madres, hijos, esposas y hermanos. Pasará mucho tiempo, nuevos amaneceres, pero la historia jamás se podrá ocultar ni apagar el dolor, a causa de la sangre derramada en la horrenda masacre del 27 de noviembre de 1992.

Aquellos recuerdos causaron en mí una tristeza incontenible, yo sabía que el hecho acontecido en el río crecido del Retén de Los Flores de Catia había causado una cuantiosa pérdida de vidas humanas, y que en aquel momento se habían violado los derechos humanos. Para mí tal vez sea el principal derecho, así como lo es el derecho a la vida. Por aproximadamente diez minutos permanecí envuelto en mi tristeza, pero como era el último día del año, hice todo lo humanamente posible para salir de esos pensamientos que me estaban causando mucho dolor y era un día para disfrutar de las diferentes visitas que se les suelen hacer a los internos que viven en el mundo donde se escuchan los ecos de los desaparecidos.

Estaba plenamente convencido de que estando recluido en la academia infernal; mi profesión era la esperanza de salir volando como el ave fénix, atravesando la oscuridad del siniestro jardín donde me quemé las alas.

En el año 2010, a los 15 minutos después de haber culminado el año 2009, estando recluido en el penal de San Francisco de Yare, me dirigí con pasos sigilosos hacia el buggy de reposo, allí le di gracias al Ser Supremo por haberme permitido el privilegio de continuar respirando, aunque a decir verdad, me hubiese gustado haberlo disfrutado al lado de mis seres queridos, pero como las cosas no son como uno las desea, sino como Dios las tiene predeterminadas para cada uno de los hombres de la tierra.

Tenía que asumir la triste y lamentable realidad de proseguir caminando y compartiendo con los compañeros de infortunio, quienes se encontraban, al igual que yo, compartiendo las horas amargas y tristes entre las paredes letales del infierno. La soledad y la nostalgia me envolvían en aquel cementerio de hombres que caminan. En aquel terrible lugar no podía extraer ni conquistar la nubes que desde el techo de la ballena me reprochaban, pero al mismo momento, en su expresión natural, me indicaban que a partir de las experiencias adquiridas en mis aciagas horas, dentro del salón tenebroso, las nubes me indicaban que tenía que tomar como punto de partida el poder generador de saberes que me facilitaba la literatura. Comprendiéndolo así y sin pérdida de tiempo, inducido por una copiosa lluvia de pensamientos, elegí el camino por el cual las nubes me indicaban, tomé papel y lápiz en mis manos para escribir el siguiente poema:

La liberación de los olvidados

En este inhóspito y triste salón
el hombre se hace esclavo
al odio de los cadáveres ambulantes
y rencor de las paredes
del sepulcro.
En estas mazmorras sin control,
gimen voces
entre los fantasmas del triste nido
que carcomen las horas del futuro.

La cárcel es un sistema podrido
del mundo hostil,
devastador, sombrío y silencioso
se dilatan las caricias
y sangran los sentimientos
de los que entran muertos.

El deshielo de las mazmorras terroríficas
ahoga las voces
en el techo infernal que nos arrebató el viento.
Las sombras descuartizan
el tiempo que muere
en el implacable techo del sepulcro.

El triste salón
es un techo de nubes muertas
que oxidan las agujas del reloj
y desmiembran
las escurridizas lágrimas
de los cadáveres ambulantes.
Culpables e inocentes apuñalan
las malnacidas paredes
donde no existen rejas
para encerrar la Libertad.

Se acabaron los hechizos

El día 22 de marzo de 2010 me encontraba en el Centro Penitenciario de Yare, si mal no recuerdo, eran exactamente las 4:45 de la tarde, cuando los vigilantes y “La Verde”, que se encontraban de guardia, estaban realizando el llamado pase de número (conteo de los presos o internos); luego de que ellos terminaron el conteo, un efectivo de “La Verde” mencionó mi nombre: “Jorge Alfonzo”; yo le contesté: “Habla claro”; al mismo tiempo, escuché aquella hermosa nota musical que durante largos años esperaba con ansias: “Estás en libertad”.

La emoción de haber esperado por tan largo tiempo aquella palabra, rompió las cadenas que me ataban, me sorprendió y realmente no sabía si gritar, reír, brincar o llorar. Solo sé que le dije: “Ya lo dijo, se acabaron los hechizos, aquí te dejo cuidando hombre, ¡piazó 'e bruja!”. Seguidamente los panas comenzaron a gritar de la emoción: “¡Te vas pa' la calle, viejo!; ¡se acabaron los hechizos!”. Unos me abrazaban, otros me daban la mano. Aún queda grabado en mi mente aquel momento maravilloso, tan lleno de alegría. Enseguida llamé por teléfono a mi casa para informarles a mi esposa y a mi hijo que estaba en “Libertad”. Agarré un paño, jabón, cholas, champú, una prestobarba y un tobo con agua; me metí en el baño cantando y diciendo: “Gracias, mi Dios, por darme la oportunidad de salir vivo de esta vaina para reencontrarme nuevamente con mi familia”.

Luego de echarme un buen baño, en aquel lugar funesto, me vestí con una bermuda y un suéter Tommy-Hilfiger y un par de zapatos deportivos marca Etnies, color marrón. Los convives me acompañaron y celebrábamos “la Libertad”. En la rutina carcelaria, cuando uno se va pa' la calle, los panas celebran disparando y coreando el grito de guerra original del Barrio Chino: “Un, un un, dos, tres, Barrio Chino”; y así íbamos celebrando hasta llegar a la puerta grande donde se encontraba “La Verde” que estaba de garita.

Allí le dije a los dos guardias que estaban gariteando: “Abre esa vaina, bruja, que me voy pa’ la calle”. Abrieron la puerta grande, que por largo tiempo se había cerrado, me preguntaron el nombre para verificar si era verdad. Allí tuve que esperar por más de dos horas mientras traían el cartón de excarcelación, uno de “Los Verde” me preguntó dónde estaba viviendo dentro del penal y me dijo: “Tú jugabas en el carro, ¿verdad, viejo?”; pero no le dije nada ni le contesté la pregunta, porque de la rutina carcelaria uno no puede estar dando detalles de nada. El otro “Verde” que estaba al lado me dijo: “En estos días te volvemos a ver de nuevo por aquí, porque ustedes lo que son... son unos amaños”. Los vi con la bronca que me había enseñado el mismo sistema carcelario, me eché a reír y con la misma bronca le contesté: “Eso es lo que ustedes desean, pero aquí los dejo achicharrados y cuidando hombre, que es lo que ustedes saben, mientras que sus mujeres están singando con el hampa en la calle”.

Lo cierto es que le gané a la prisión. A las 7:30 de la noche apareció otro “Verde” con la boleta de excarcelación. Luego tuve que firmar y dejar mis huellas en un libro donde ellos llevan el registro de los reos que salen en libertad, agarré el papel que me dieron para presentarme en los tribunales y el que tenía que presentar en la puerta grande que queda en la entrada principal. Me fui caminando por una recta de aproximadamente cinco kilómetros, cuando me faltaban uno quince metros para llegar a la garita principal que da a la calle, sentí el ruido de un vehículo que se aproximaba, cuando de pronto escuché: “Alfonzo, súbete al carro, vamos a la dirección nuevamente”; dije: “Coño ¿e su madre, otra vez pa’ esa vaina, me agarró división de captura”; me subí al vehículo y el agua (vigilante) me dijo: “Falta la firma del director y sin esa firma no te dejan salir en la puerta principal; ahí respiré nuevamente y la tensión bajó. Llegamos nuevamente hasta la garita donde se encontraban los mismos guardias de turno. Tuve que permanecer por media hora más y ansioso de salir lo más rápido posible de ese infierno.

Nuevamente logré tener en mis manos el papel más hermoso que esperan los hombres que viven la experiencia más desagradable que puede el ser humano vivir. Retomo nuevamente la caminata por la recta que parecía interminable, donde me estarían esperando mi familia, que horas antes me habían dicho que me iban a buscar. Al fin logré llegar a la puerta principal, entregué el papel con el cual ellos se quedan y me quedé con el que me correspondía a mí. Cuando el portón se abrió, salí de aquel tenebroso lugar, respiré profundamente para saborear el aire puro de la bonita “Libertad”.

Caminé con paso apresurado para retirarme de aquel lugar tétrico e inhóspito, sin mirar hacia atrás, giré la mirada de un lado hacia otro lado para buscar a mis familiares que me habían dicho telefónicamente que me venían a buscar. No logré verlos y continué caminando con pasos apresurados para alejarme lo más pronto posible de aquel lugar donde había vivido las experiencias que me enseñaron a conocer más allá del cristal de la experiencia.

Finalmente llegué a la parada donde aguardé un autobús y pude alejarme de aquel lugar, del que no quería estar cerca. Ese lugar donde había vivido momentos tan horribles, difíciles de olvidar. Permanecí ahí unos quince minutos aproximadamente, hasta que llegó un autobús que me condujo hasta el terminal de Yare que estaba más solo que una Pepsi Cola en el desierto. Allí esperé un autobús que viniera para Caracas, pero me fue imposible hacerlo. A las 9:35 de la noche, en medio de la oscuridad, el silbido de los grillos y el tilar de los cocuyos del monte, logré visualizar una camioneta Ford Explorer, color gris plomo, donde venían mi esposa Nancy Torres, Jorge Alfonzo, mi hijo, una jovencita de nombre Mileydes Orta, a quien conocí esa noche como la novia de mi hijo. La muchacha resultó ser pariente del recordado y legendario boxeador “Chivo Negro” Orta.

Giré la vista y logré ver al chofer, era un viejo amigo a quien tenía años sin ver y con quien había jugado fútbol en mi adolescencia, y a quien todos los panas del barrio conocían como “Mamela”. La camioneta se paró frente a mí y enseguida se abrió la puerta del carro que me trajo de vuelta a casa. Todos, sin excepción, reflejábamos

la misma emoción en nuestros rostros, seguidamente le eché la bendición a mi hijo Jorge, lo abracé con el amor que solo los padres podemos sentir. También abracé a mi querida esposa Nancy y a todos los que venían en la camioneta. Emprendimos la marcha hacia Caracas, por el camino conversábamos y sonreíamos con gran satisfacción. Aquello me parecía un sueño de esos que en la vida no pueden olvidarse. Sí, en realidad estaba soñando, pero soñando despierto; lo que me pareció por largos años una utopía, ahora era una realidad.

El recorrido era maravilloso, tenía la oportunidad de percibir aquel olor a mastranto, escuchar el cantar de los grillos y contemplar los cocuyos alumbrar a lo largo y ancho del camino que me parecía corto. Por fin, llegamos a la parroquia que me vio crecer, la que por muchísimo tiempo extrañé, al igual que mi casa donde formé mi hogar, a mis hermanos, a las viejas amistades y por qué no decir que también extrañaba su música. Pero cuando llegué al lugar donde se terminaba el recorrido, vi todo muy distinto. Todo había cambiado: las casas que existían en el barrio ya no estaban, y aquel lugar donde jugaba fútbol estaba adornado de lado y lado por bellos edificios construidos por la Gran Misión Vivienda Venezuela.

Lo cierto es que cuando me bajé arisco del carro, miré de un lado a otro. La vieja parroquia, que había dejado años atrás, ya no era la misma y todos los vecinos que estaban en aquel lugar, me miraban como si fuese un fantasma. Estando allí, veo a un chamo que viene hacia mí, pero cuando uno viene de un lugar donde hay que estar pendiente de todo lo que se mueve, pues cualquier cosa hace que uno se ponga arisco. Así que enseguida le pregunté: “¿Qué es lo que pasa, habla claro, quién eres tú?”. El joven se sonrió con picardía y contestó: “Soy yo, tío”; le contesté: “Yo sé que eres tú, ¿pero quién eres?”. Seguidamente respondió: “Rogers, el hijo de Belkis, su hermana menor”. A decir verdad, tenía muchos años sin ver a mis sobrinos y hermanos. Me relajé un poco, lo abracé, conversé un rato con él y le pregunté por su mamá, me respondió que estaba en su casa, le dije que me la saludara. Ahí no permanecí mucho tiempo, me despedí de mi sobrino y del pana que me hizo

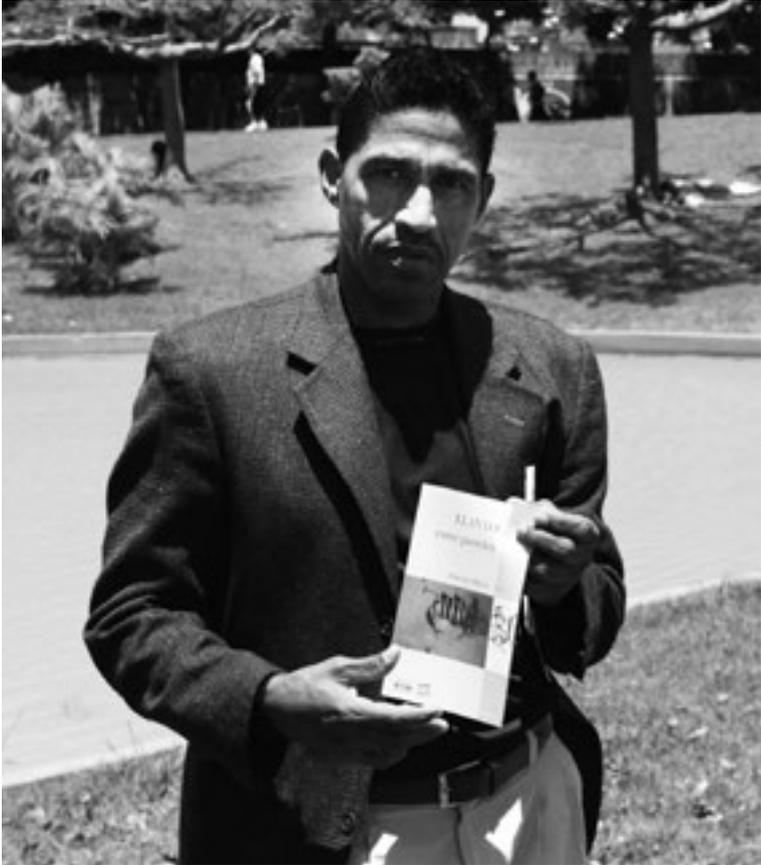
la segunda (el favor) de irme a buscar. Enseguida le dije a mi esposa, a mi chamo y a la joven que nos acompañaba que continuáramos nuestro camino. Me colmaba la emoción por llegar a mi hogar y poder hablar con más tranquilidad con mi familia cosas importantes que teníamos que hablar. Seguimos con nuestro objetivo hasta que, por fin, se abrió la puerta del departamento. Al contemplar la belleza de mi nuevo hogar, me invadió una emoción que palabra alguna pueda descifrar.

Allí había tenido mi esposa la suerte de obtener la asignación de una nueva vivienda digna. En la actualidad, todavía este lugar los vecinos continúan llamándolo la legendaria carretera. Y había sido el gobierno presidido por el Comandante Hugo Rafael Chávez Frías, quien había tenido la maravillosa idea de la Misión Vivienda, obra que él había mandado a hacer junto al metrocable de San Agustín.



Recordando tiempos de fútbol y de gloria. Jorge posa con algunos amigos en un pequeño homenaje realizado para los legendarios del fútbol de San Agustín en 2016.

IV PARTE
Y LA VIDA SIGUIÓ



El poeta, Jorge Luis Alfonzo, muestra su primer hijo literario *Llanto entre paredes*. Su experiencia en distintos penales contada a través de la poesía.

Entre poetas

A escasos días de haber recobrado la libertad el día 13 de abril de 2010, cuando eran exactamente las 6:20 p.m., tuve la grandiosa oportunidad de hacer acto de presencia en una reunión con motivo de la apertura de un taller de poesía que se llevaría a cabo en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg). Allí me codeé con distintas personalidades del mundo cultural, especialmente del mundo de la poesía. Estaba entre ellos nada más y nada menos que el maestro de maestros y ganador del Premio Nacional de Literatura, el poeta William Osuna, quien sería el encargado de dictar ese taller de poesía. Estaban también en aquella reunión el poeta Luis Alberto Crespo, el poeta y crítico de arte Juan Calzadilla (quien fue uno de los miembros fundadores de ese gran grupo literario de los años sesenta, conocido como El Techo de la Ballena) y el poeta Edmundo Aray, entre otros. Valga decir que para mí fue motivo de orgullo y mucha alegría estar allí con todos esos monstruos de la poesía. Yo había recobrado mi libertad apenas el día 22 de marzo de ese mismo año, así que mi participación en aquel taller fue “calientico”, ya que no tenía ni un mes de estar en la calle. Ese taller fue, para mí, una gran experiencia y un momento inolvidable, en donde descubrí algo que había estado oculto durante toda mi vida. Siento que ese fue el puente, el canal que me abrió las puertas al mundo de la literatura.

Suenan disparos en medio de la noche como boca 'e lobo

El 14 de octubre de 2012, cuando eran exactamente las 3:05 minutos de la madrugada, estaba en casa con mi esposa Nancy Torres, cuando repentinamente escuchamos el sonido de unas pistolas. Inmediatamente nos asomamos por la ventana de nuestro cuarto para ver lo que estaba sucediendo, nos preocupamos un poco porque nuestro hijo no había llegado a casa. En ese instante, mi esposa se da cuenta que unos jóvenes que van corriendo llevan en brazos a una persona herida. Giramos la vista hacia el lugar de donde presumíamos que provenían los disparos y vimos a otra persona tendida en el suelo, y junto a él estaba un sobrino mío de nombre Robert Alfonso, quien salió gritando y corriendo con las manos en la cabeza para avisar a nuestros demás familiares que a otro sobrino le habían disparado y estaba muerto.

En cuestión de pocos minutos, mi esposa y yo logramos vestirnos para salir de la casa. Revisamos los otros dos cuartos del apartamento, para asegurarnos de que nuestros hijos ya hubieran llegado. Notamos que faltaba uno de ellos, sin embargo, con la misma prontitud, sin medir tiempo y en medio de los acontecimientos, agarré las llaves del apartamento, abrí la puerta principal y salimos hacia la planta baja. Llegamos a la planta baja y con la misma impaciencia abrimos la puerta principal del edificio. Ya fuera, con pasos apresurados, nos dirigimos al sitio donde estaba tendido en el pavimento el cuerpo de mi sobrino, Alberto Alfonso, y junto a él, su padre. La impresión de contemplar el cuerpo ensangrentado de mi sobrino me causó un gran dolor.

Poco a poco fueron llegando mis demás familiares al lugar donde, minutos antes, los bandoleros le habían arrancado la vida a mi por siempre recordado sobrino, quien yacía tendido en el piso. A las 5:00 de la mañana llegaron al lugar dos vehículos de la policía judicial con

cuatro funcionarios y el médico forense. Este comenzó a hacer su trabajo para el levantamiento del cadáver, que había sido impactado por varios disparos. Los funcionarios estuvieron allí hasta las 5:35 a.m. A esa hora, familiares y vecinos de lugar levantaron el cuerpo sin vida de mi sobrino para meterlo en la furgoneta de Cicpc. Los funcionarios encendieron los vehículos y emprendieron la marcha, cuando, de repente, se escuchó la voz de uno de los presentes: “Épale, dejaron aquí el maletín de trabajo del médico forense”. De inmediato se bajó uno de los policías para rescatar el maletín con los equipos requeridos de trabajo, quien dijo con voz altanera: “Debería dejarlo aquí para que ustedes mismos levanten sus muertos”.

Los funcionarios se dirigieron hasta la morgue ubicada en Bello Monte. Hacia allá también se dirigieron mi cuñado y padre de mi sobrino, Jesús Ruíz; mi hermana, Belkis Alfonza; mi sobrina, Dayanis Alfonzo, y el esposo de ella, Luis, para hacer el reclamo del cadáver. Yo me quedé con mi hermana, Lilian Alfonzo, y con algunos familiares. Tomamos un tobo de agua y un cepillo para limpiar el pozo de sangre que había quedado en el pavimento. Después, nos fuimos hasta un kiosco, en donde mi sobrino tenía resguardado el equipo de sonido. Abrimos el kiosco y con la misma recogimos todas las cosas que le pertenecían y las llevamos al apartamento de mi hermana Lilian. Allí estuve varias horas, conversando con algunos familiares y amigos de mi sobrino. Finalmente, me fui a descansar un poco porque seguramente en pocas horas sería el velorio.

Llegué a casa para tomar un baño y relajarme un poco de la tensión de las últimas horas. Me tomé un café que mi esposa me había preparado acompañado de un buen desayuno. Después me fui a recostar por varias horas. Cuando desperté, tomé otro baño y almorcé con mucho dolor. Conversábamos allí en familia sobre lo que había acontecido. Como a las 7:30 de la noche decidí refrescarme un poco, para vestirme e ir al velorio, que sería en el apartamento de mi hermana Lilian, la madre de mi sobrino fallecido. Me dirigí lentamente hasta aquel lugar, donde se respiraba un ambiente de dolor. Aún no habían traído el cuerpo. Como a la hora de estar allí se me acerca un sobrino y me dice que estaba llegando la furgoneta

donde traían el cuerpo. Seguidamente, algunos bajamos para traer el cuerpo hasta el sitio donde aguardaban los que se disponían a acompañar en su última morada a mi sobrino. Las horas seguían pasando hasta que llegó el día lunes 25 de octubre: día en el que no veríamos más a Alberto.

En aquella despedida le hicieron un homenaje con música, porque Alberto había sido un gran melómano. A la 1:42 minutos de la tarde comenzaron a sacar el féretro del apartamento. Escaleras abajo se iba lentamente el final de quien por mucho tiempo solía subir y bajar en sus momentos de vida. El vecindario lo acompañaba hacia su última morada, entre lágrimas, música y el corneteo de las motos se le rendía tributo al difunto. El féretro pasaba entre los hombros de hombres y mujeres que lo bailaban, las flores de las coronas del dolor se esparcían a lo largo y ancho del camino por donde Alberto hacía su último recorrido. Finalmente, fue llevado en hombros hasta el lugar donde padeció y allí se le rindió un por siempre recordado homenaje. Las motos giraban haciendo piruetas y se dejaba escuchar el sonido de las cornetas y de fondo la música, aquello era algo lleno de emociones cargadas con sentimientos de dolor. Recuerdo que al féretro le arrojaron cervezas, anís; y en medio de aquel sentido homenaje, se escuchó una voz de uno de los vecinos, quien exclamó: “Se acabaron los caramelos punto com”. Aquellas palabra fueron conmovedoras. Esas eran las palabras que se escuchaban cuando comenzaba la venta de pizzas, patacones, parrillas y cervezas de mi sobrino. Allí, en su kiosko, en donde siempre había música, cervezas y comida los fines de semana. Y así, en medio de aquel acto conmovedor, el cuerpo de Alberto fue trasladado hasta el Cementerio General del Sur, para darle cristiana sepultura a las 24 horas y 32 minutos de haber fallecido.

Reviviendo recuerdos donde se borran las lágrimas del corazón sin cenizas

Miércoles 10 de abril 2013: hoy, en horas de la mañana, luego de despedirme de la mujer que amo y amaré por siempre, salí de mi hogar con rumbo a mi trabajo ubicado en el piso 21 de la Torre Norte del Centro Simón Bolívar, exactamente en la Fundación Editorial El perro y la rana. Por el camino que me conduce a la chamba, luego de bajarme del Metro de Caracas, en la estación de Teatros, fui abordado por dos funcionarios de la Policía Nacional, quienes me exigieron el cartón de identidad. Tras haberme radiado, para conformar los datos, le notificaron al funcionario de la Policía Nacional que estaba siendo solicitado por el Tribunal Décimo Primero de Ejecución del Palacio de Justicia. Al darme por enterado de tan lamentable noticia, nuevamente llegan a mi memoria las huellas de las funestas horas que viví en los centros endurecedores, en esos depósitos para hombres que absorben como una esponja los alaridos del silencio que corroen los pensamientos de los mortales.

Ahora bien, luego de haber transcurrido tres años de haber recobrado mi libertad, el día 22 de marzo de 2010, no me quedó más nada que cerrar los ojos, asaltado por los sentimientos inefables de la pesadilla que hierde mi alma. Seguidamente, fui trasladado por los efectivos que me detuvieron y me llevaron hasta la zona 2 de la policía ubicada en Catia, allí fui reseñado por el funcionario que me recibió. No habían transcurrido ni diez minutos en aquel lugar, cuando nuevamente me llevaron hasta la patrulla donde me habían traído desde la estación del metro Teatros. Los funcionarios me indicaron que abordara la unidad para ser llevado hasta el Saime, para realizarme un R13 y un R9 (que consisten básicamente

en pruebas dactilares para comprobar si hay alguna investigación abierta y confirmar la veracidad de la identidad). Fuimos a la Cipol (Sistema Integrado de Información Policial del Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminales), en Parque Carabobo, y allí permanecí aproximadamente una hora.

Después de hacerme nuevamente la rutinaria reseña de las huellas dactilares, me hacen un registro fotográfico, que no era precisamente para una revista deportiva, ni mucho menos para hacerme un reconocimiento como escritor, que es lo que en estos momentos abraza mis ideales. Luego de hacerme la reseña, me condujeron al piso 1 de la misma Policía Judicial. Allí se les entregó a los funcionarios un documento que indicaba el motivo por el que estaba siendo solicitado (en realidad la solicitud de mi captura era un error en el expediente, ya que yo tenía libertad plena).

Continuamos el recorrido y fuimos nuevamente al Saime a recoger otro documento. La pesadilla cada minuto iba en aumento. Emprendimos la marcha nuevamente para la zona 2 y todo indicaba que ese día iba a tener que pasar la noche “hospedado” en un calabozo en compañía de olores nauseabundos. Allí estaba yo al lado de los que se encontraban tras los barrotes, quienes me contemplaban buscando descifrar a través de mis ojos la causa por la cual había llegado a aquel “dulce hotel”.

Las horas seguían pasando en aquel desagradable lugar. Allí esperé el nuevo día. A las 6:15 (¿mañana o tarde?), minutos en mi reloj imaginario, se escuchó una voz con la melodía que entonaba mi nombre y el de varios compañeros que serían trasladados conmigo a los tribunales. Nos esposaron con el llamado pulpo (que consiste en una larga cadena con esposas) y fuimos trasladados, un grupo de trece detenidos, al sótano del Palacio de Justicia. Al llegar, nos tuvieron en la jaula rodante por unas dos horas, mientras los funcionarios policiales realizaban los trámites correspondientes para que nos pudieran recibir en los tribunales. Cuando el funcionario que estaba encargado de realizar el papeleo llegó al sótano, mencionó a un chamo de 18 años que estaba solicitado por una fuga del estado Portuguesa, y a mí me notificó que no me

iban a recibir porque faltaba un acta del expediente. Dejaron a los otros compañeros y procedieron a regresarme nuevamente para la zona 2, para agilizar el papeleo correspondiente a mi caso. Faltaba una fotocopia del expediente, con fecha de 1999, y era allí donde se notificaba el día que había sido detenido y llevado al Cuerpo de Policía Judicial del Distrito 4 del Paraíso por el delito de robo agravado y porte ilícito de arma.

A veces me pregunto por qué las leyes de este país funcionan tan mal: si eres hijo de “Don Corbata” todo funciona aceleradamente y el caso se aclarece rapidito; en cambio, si eres “el hijo de María Chola”, sucede todo lo contrario. Empieza un calvario en donde tienes que rezar para poder salir airoso del problema. Y además está decir que en mi caso se trataba de una equivocación, de un error de transcripción en el número del expediente. Esto significaba que hasta tanto no se aclarara ese error, permanecería solicitado por los distintos cuerpos policiales. Lamentablemente me estaba sucediendo esto y volvía, por ese error, a tener problemas con la justicia.

Afortunadamente, el 30 de abril de 2012, la doctora Vianney Bonilla, me extendió un oficio para presentarlo ante el Cipol (Sistema Integrado de Información Policial del Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminales), notificándole el cambio de estatus y, en lugar de persona solicitada, incluirla como persona con pena cumplida por la comisión del delito de robo agravado y porte ilícito de arma de fuego. Todo esto previsto y sancionado en el artículo 460, en relación con el artículo 457 y artículo 278, todos del Código Penal vigente, según expediente n.º 11E-981-00, nomenclatura del Juzgado 11º de Ejecución del Área Metropolitana de Caracas. Por ese delito había sido trasladado, en 1999, desde el Distrito 4 de la PTJ en el Paraíso hasta la casa del terror donde queda congelada la libertad.

Una vez más las circunstancias de la vida me colocaban ante un escenario bastante desagradable, me sentía abusado por parte de la justicia. Sentía que se violaban mis derechos como ciudadano de esta patria. Ya yo había pagado con creces por el error cometido y no había ninguna razón para que tuviera que volver a vivir aquella

amarga experiencia. Volvía a ser víctima de los atropellos y las injusticias de las autoridades.

Aprovecho el momento para expresar lo siguiente: las experiencias obtenidas de los errores me sirvieron de lección para aprender a reconocer los principios y valores del hombre.

Ahora bien, continuando con los hechos narrados, y después de que los funcionarios de la Policía Nacional realizaron los trámites que me permitirían estar libre nuevamente, fuimos trasladados ese mismo día a los tribunales del Palacio de Justicia. Estuvimos nuevamente unas dos horas en el estacionamiento mientras nos subían hasta el sótano. Allí fuimos recibidos y requisados por un guardia nacional quien procedió a reseñarnos. Al rato, me subieron al piso 4, al Tribunal 11° de Ejecución, donde el guardia le informó a la secretaria que traía un reo. De inmediato, la secretaria le notificó a la jueza Vianney Bonilla que yo estaba allí. La doctora Bonilla salió a recibirme y al verme se sorprendió y me preguntó: “¡Chico, y que haces tú aquí de nuevo, si tú tienes libertad plena!”, y entonces yo le respondí: “Bueno, doctora, esta es la fecha desde que usted me entregó el documento el 30 de abril de 2012, en la cual todavía no me han solucionado el problema. Lamentablemente las leyes de este país no funcionan bien cuando deben funcionar, hoy nuevamente se repite la escena y aún no he sido borrado de pantalla”.

Enseguida la jueza me hizo entrar al despacho, y a las 4:00 de la tarde de ese día 11 de abril de 2013, pintaron mis dedos con tinta para hundir mis huellas digitales en el papel. Aquello cambió la tristeza que me embargaba por un aliento que se apoderó de mi alma. Abría con mis manos mis cansados párpados, me hacía dueño del papagayo que cincelaba el aire, abría mis alas como el ave fénix y volvía a sentirme libre de las cadenas que me oprimían.

No desmayé ni siquiera un instante. Le daba una patada a la pesadilla que se adueñaba de mi memoria, rasgaba las huellas del dolor de esta experiencia que me dejaba una gran enseñanza, levanté la copa de la esperanza y brindé de nuevo por la hermosa libertad.



VICE-MINISTERIO DE SEGURIDAD CIUDADANA
DIRECCIÓN NACIONAL DE SERVICIOS PENITENCIARIOS
DIRECCIÓN DE CLASIFICACIÓN Y ATENCIÓN INTEGRAL



CONSTANCIA

La suscrita LIC. JOICE APONTE, Delegado de Prueba, adscrito a la Unidad Técnica N° 7 de la Región Capital, hace constar por medio de la presente que en fecha 09/11/2010, finalizó por cumplimiento de pena el ciudadano: ALFONZO MARQUEZ JORGE LUIS, titular de la cédula de identidad N° V-5.965.033, a quien el TRIBUNAL UNDECIMO DE PRIMERA INSTANCIA DEL CIRCUITO JUDICIAL PENAL DEL ÁREA METROPOLITANA DE CARACAS, le concedió el beneficio de LIBERTAD CONDICIONAL, en fecha: 22/03/2010.

Constancia que se expide en la ciudad de CARACAS a los NOUVE días del mes de NOVIEMBRE del año DOS MIL DIEZ.


LIC. ANERIS TOVAR
JEFE UNIDAD TÉCNICA DEL PUNTO
AL SISTEMA PENITENCIARIO




LIC. JOICE APONTE
DELEGADO DE PRUEBA

EXP N° 0881-00
MAT: 823
ATUADOR: 09110284
CONSTANCIA FINAL



DIRECCIÓN NACIONAL DE SERVICIOS PENITENCIARIOS

DIRECCIÓN DE CLASIFICACIÓN Y ATENCIÓN INTEGRAL



La tan ansiada boleta de excarcelación. A veces la burocracia puede hacernos pasar tragos amargos. Afortunadamente, las cosas pudieron resolverse de forma rápida. Un simple papel puede ser la diferencia entre la prisión y la tan ansiada libertad.

La poesía me sacó del foso donde los huesos se vuelven gelatina

El día 26 de febrero de 2014 tuve el privilegio de ir al Retén del Rodeo II, con un grupo de compañeros de la Fundación Editorial El perro y la rana, con la finalidad de participar como promotor de un taller de poesía. Era la primera vez que visitaba un centro de reclusión después de haber recobrado la libertad el día 22 de marzo de 2010. Esto significó para mí una experiencia maravillosa cargada de emociones difíciles de ocultar; vinieron a mi mente, en ese preciso momento, los recuerdos de aquel día inolvidable cuando fui recluso en la Penitenciaría de San Francisco de Yare. Y estando allá tuve el privilegio de cobijarme bajo el árbol de las enseñanzas literarias impartidas por mi amigo Ricardo Romero.

Fue algo emocionante ver a los compañeros privados de libertad en el Rodeo II escuchándome muy atentamente y realizando con dedicación los ejercicios que les asignamos en el taller. Luego, en la noche, cuando estaba en la casa hablando y compartiendo con mi familia acerca de la experiencia vivida ese día, pensaba en que aquella experiencia inédita de dar clases quedaba tatuada en la piel de mis vivencias. Por primera vez había puesto en práctica todos los conocimientos adquiridos en la universidad de la vida. De alguna manera, me tocaba dar gracias por el hecho de haber podido compartir los frutos de todo lo que yo había vivido, y por supuesto, me emocionaba pensar que para aquellos desvalidos que se encontraban en el inframundo aquel taller les había dejado una experiencia positiva que los alejaba del ocio negativo. Mucha receptividad sentí por parte de esos hombres que día tras día sueñan y luchan por un mejor mañana.



Jorge dictando un taller de poesía en el Centro Penitenciario Rodeo II.

He aquí parte de lo que ese día se generó en aquel taller:

Texto 1

Rodeo II, prisión con poca luz

Risas, sí, muy pocas risas
olvidadas, tal vez las
de ayer aún se reflejan
en mi ser como si las
oyera hoy aún derribando los
dolores que dejan implantadas
otros que por su dolor
sin saberlo, solo saben

Producir lo que su generación
recibe por décadas
incontrolable se hace cuando
sabiendo que pocos perciben lo que la
inagotable esperanza nos hace
oír dejando consuelo que
nadie podía apagar

Cuando digo nadie, es porque en el
orden divino no hay
nadie que tenga el
poder más que el de Dios que
apague la esperanza viva de poder
conocer que aun en este cautiverio
abre la libertad interior

Labrada en lo más profundo de la
unidad de los sentimientos que como
zafiros pulidos han de quedar.

25 de marzo 2014
J.O.M.R
11:45 a.m.

Texto 2

El Yo

Cuajado de experiencias
buenas y malas en mi vida.
Desde pequeño afronté responsabilidades
enfrentando retos más grandes que yo mismo.
Aprendí a pelear cada batalla
con alegrías en las ganadas
y sabiduría en las pérdidas.
Seguí creciendo y pensando
en seguir ganando.
De mi pueblo salí a la capital
con el objetivo de triunfar.
Trabajando y estudiando
logré ser profesional.
Sin saber lo que venía
en cada cosa que emprendía
jamás dejé de luchar
porque así sabía que tenía que triunfar.
Cuando en mi país, las cosas fueron malas
decidí venir a Venezuela
y después de muchos triunfos
y también de algunos fracasos

entendí que aun esta experiencia
es plan de nuestro amado Dios.

El Rodeo II, 15 de abril de 2014
José Licera Silva
Letra 2-A
C.I. 24.271|.757
Procesado
Exp -609-11
Privado de libertad desde el 10-02-2011
Tribunal 12 de juicio.
Supuesto delito de legitimación de capitales

Texto 3

Yo soy lo que soy y sigo siendo
el mismo desde el primer día que me conocí
conozco el silencio que esconden las paredes muertas
sí, muertas de tanto callar que un día fuimos libres
cuando no existan ni paredes ni rejas ni candados ni
dedos ni bocas capaces de señalar o juzgar a un semejante.
Quizás a lo mejor en aquellos días
todos aprendemos a callar porque
ya intuimos la humillación en
masas que se esconde tras el disfraz de la justicia
por eso aquí en esta periferia
prefiero seguir guardando silencio
para que de tanto callar
las cosas que no se dicen
mañana cuando sea hoy
y el sol ponga en mis labios la palabra libertad
no solo se haga en mi boca
sino que estalle en todos los oídos
que se quedaron en silencio
para gritar conmigo

somos libres somos libres
hoy he amanecido
en libertad

Máximo Fernández

Texto 4

A mis 61 años recién cumplidos
me encuentro recluido entre rejas dentro de
cuatro paredes. Un poco cansado, enfermo,
ya la vista no me alcanza, apenas
yo puedo mirar hacia dentro y
llega hasta el portón, que está a mi
espalda. Es la puerta de salida.
Vestido de amarillo caminando por
la cancha un cielo azul y un verde
esperanza. Esperanza de que algún
día vaya por la calle caminando
sonriéndole a un niño, ayudando
a un anciano. En el banco de una
plaza, contar las hojas de un árbol
que en una esquina la junta, el señor que
está limpiando. La plaza quedará bonita;
parecida a mi alma porque
cuando llegue el día de mi partida
mi vida se vestirá de gala.
Y unas lágrimas correrán felices
por los senderos de mi casa.

Alejandro Gurini 3-C

Texto 5

La vida en el inframundo
cada día vivo con esperanza
buscando esa paz, que es difícil
de encontrar entre golpes gritos
y peleas constantes, solo busco
un poco de tranquilidad aprendo lo
máximo de todo lo que cada día
vivo para no pasarlo de nuevo
jamás, trato de vivir el día día
sin dejar que mi mente vuele más
allá de las rejas, porque me duele
hasta el corazón que dejé a mi familia
por una mala decisión.

La libertad pronto llegará y seré libre
cuando sea libre y me dé mi oportunidad
valoraré a mi familia, cada cosa tendrá
un gran valor, tomaré buenas decisiones y
construiré un presente y un futuro, mejor y voy
a recordar todo este mal sueño como una
enseñanza, seré feliz, tendré paz, seré un
mejor hijo, padre, esposo y muchas cosas
buenas vendrán, sigo luchando hasta conquistar
y que mis sueños se hagan realidad.
Aunque viví días malos gané la batalla
y mi recompensa es mi libertad y las personas que amo
y las voy a disfrutar.

José Manuel Díaz

Texto 6

Cómo me encuentro hoy y cómo creo que voy a sentirme fuera de aquí

Hoy mi vida está llena de bendiciones pues he aprendido a valorar y a sobresacar lo bello de lo más vil.

Dios, eres tú lo primero que encontré entre rejas; y la ausencia de mis seres queridos los cuales no valoré.

Aquí primero tengo que encontrar la vida de la libertad que es la espiritual, para disfrutar conjuntamente con toda mi familia sé que allá afuera hay personas que se sienten más prisioneras de su vida que yo con todas estas rejas y barrotes.

Anónimo



Jorge les habla a los muchachos con la vivencia en la piel de quien ha conocido la amarga experiencia del encierro.

Texto 7

Prisión

Paredes que no dejan ver
lo que hay más allá de los pensamientos;
barbas horizontales y verticales que truncan
los sueños infinitos, arenas imposibles de
contar como las estrellas en el cielo, mezcladas
con otros elementos que no imaginamos,
con mallas de hilos que separan y dividen
los espacios del tiempo, para que saturen
la piel de la libertad del alma garita
la cual vigila las horas de los que
no dejan de pensar. Las armas levantadas
contra aquellos que en mayor número
muestran su debilidad.

Jesús Márquez



Los muchachos se expresan acerca de su experiencia a través de la palabra.

Mi más loable causa es enfrentarme al reto de la formación de los valores perdidos, a través de las actividades socioeducativas y socioculturales, incentivando a los individuos a responder por sus actos y por su comportamiento frente a la sociedad. Considero que es necesario, para el desarrollo intelectual de aquellos que están en condiciones inhóspitas, que haya igualdad e inclusión. Debe haber respeto por los derechos humanos. Siempre debemos reconocer que en el ser humano hay sentimientos y valores que debemos respetar. Contribuir al rescate de los desvalidos es nuestro compromiso como venezolanos, ciudadanos y trabajadores culturales. Es necesario apostar y luchar con perseverancia por una Venezuela libre de violencia. Impulsar, trillar la democracia participativa revolucionaria y bolivariana para saciar de valores a quienes tienen hambre y sed de justicia, es decir, que pasen de la exclusión a la inclusión de los oprimidos. Los abrumados que en su interior buscan nuevas libertades: libertad de expresión, libertad a la educación, libertad al libre tránsito, libertad a la reinserción en el mundo exterior, pero sobre todo la libertad para reencontrarse con sus seres amados.

Pienso que la lectura y la escritura son el arma generadora de valores, y que no solo le competen al Estado y sus políticas, sino que también nos competen a todos los venezolanos y venezolanas que apostamos por la paz y la armonía de los seres que se encuentran en condiciones inhóspitas. Se les debe brindar una oportunidad a los hombres que viven tras barrotes corroídos por el ocio negativo, para que algún día ellos puedan tener la dicha de demostrarle al mundo exterior que los conocimientos básicos y elementales de las políticas socioculturales y socioeducativas no socavaron en su conciencia.

Por ello, debemos asumir esta tarea con responsabilidad, constancia, amor, solidaridad, equidad, e igualdad. Nuestra inclaudicable lucha humanitaria y social es retar las paredes de la prisión, brindándoles a esos hombres y mujeres la oportunidad de nacer por segunda vez. Darles el chance de salir de esos ataúdes que existen en el cementerio de los hombres vivos. Y así, de esta manera, brindarles

la oportunidad de encontrarse con el árbol de la lectura generadora de saberes.

Mi reflexión sobre este punto es lo siguiente: la construcción y reconstrucción del nuevo hombre, no se trata solo de un impulso ideológico sin ejercicio, se trata de rescatar o pescar hombres y mujeres de las paredes depredadoras de la especie humana.

La solución es abrir, construir y pasar la página de las personas que contribuyen a la autodestrucción del *Homo sapiens*. Debemos perseverar para fortalecer nuestra conciencia con la hermosura de nuestro amor hacia el prójimo, aportando ideas que generen el fortalecimiento del pensamiento positivo de los desvalidos. Debemos invertir más tiempo en el tiempo para satisfacer las necesidades del ser humano. Es necesario que abogemos por la fuente del saber que contribuya al desarrollo de los oprimidos, de aquellos que han sido excluidos del ejercicio, del goce y los derechos y garantías favorables para el bienestar físico y mental de los hombres y mujeres que están en condiciones difíciles e inhóspitas.

Pienso que toda persona tiene derecho a actividades que contribuyan al inicio de un proceso de liberación, al desarrollo humano que le permita corregir los errores cometidos. Y que estas personas, a la vez, se dejen golpear por el puño metafórico llamado conciencia cultural. Debemos tomar en consideración que para la consolidación del pensamiento creativo y transformador de los privados de libertad, es necesario implantar un programa cultural dentro de los distintos centros de reclusión existentes en el país, con el objeto de abrir una nueva página dentro del mundo penitenciario, que contribuya para la reflexión y la reconstrucción de quienes han actuado al margen de la ley.

Tomando en cuenta que debe implantarse un programa bien estructurado que faculte el conocimiento de la realidad social a los sujetos privados de libertad, y de acuerdo a mi propia perspectiva, pienso que nuestro compromiso es involucrarlos e involucrarnos en una fuerza creadora de saberes a los hombres y mujeres en situaciones especiales. Esto los conllevaría a contrarrestar las ideas negativas

e implicaría transformar y cambiar el discurso de la violencia del entorno para asumir la actitud de acción y reflexión.

Si tomamos como herramienta el método lúdico de la lectura y la escritura, como arma generadora de saberes, debemos permitir que esto rompa como un pico de hielo en su conciencia. Es necesario separarlos de los lánguidos recuerdos del ocio negativo y de las penosas guerras del mundo que los rodea. El valor de la literatura, en estos espacios llenos de sufrimiento y desvelos, nos lleva directamente a la construcción de un ambiente donde los reos apelen a la libertad de asumir con responsabilidad la esencia plena de alcanzar la belleza encantadora de los pensamientos creativos. Pensamientos creativos aglutinados en el cerebro humano, y que hacen de hombres y mujeres seres dotado de inteligencia, con un lenguaje articulado. Finalmente, somos mamíferos primates, somos sujetos activos que tienen la capacidad de elegir entre el bien y el mal.

Actuando de manera conjunta vendrían nuevas etapas para resolver la problemática existente de estos hombres y mujeres que quizás han cometido delitos. Es de vital importancia destacar que no debemos mirar de soslayo a los seres humanos, y que no debemos considerar a estos sujetos como un problema, debemos entender que quienes por los errores cometidos y circunstancias de la vida están purgando condena en la casa que llora sangre merecen una oportunidad para enmendar sus errores.

Las políticas, culturales, educativas y sociales no deben obedecer a una idea sin ejercicio, sino a la unidad, la equidad y la solidaridad para consolidar la formación de mejores ciudadanos y ciudadanas. Se debe procurar una política cultural emancipadora que le haga entender a la población carcelaria que debe luchar con constancia para cambiar la cultura de la violencia por el discurso cultural de la paz y el amor al prójimo.

35 años de la desaparición física del Grupo Folklórico y Experimental Madera (original)

El día sábado 15 de agosto de 2015, en San Agustín del Norte tuvimos oportunidad de hacer una hermosa actividad para conmemorar un aniversario más de la desaparición física del Grupo Folklórico y Experimental Madera. Aproveché el hecho de que se cumplía un año más de la pérdida de nuestros compañeros, para realizar conjuntamente con Yimmy Fariña “Chipi” una actividad cultural en nombre de estos músicos. Los que tenemos buena memoria sabemos que en esta fecha, en toda la parroquia San Agustín, recordamos al Madera. Se me quiebra la voz cada vez que hablo de estos excelentes artistas que dejaron una huella imborrable en la historia musical de nuestra amada Venezuela.

Me atrevo a parafrasear a Don Tito Rodríguez, quien decía en una de sus hermosas canciones: “... en la vida hay momentos que nunca pueden olvidarse, imborrables momentos que siempre guarda el corazón, porque aquellos hermanos que un día nos hicieron reír, cantar y bailar de alegría”. Y hoy 15 de agosto de 2015 recordamos a esta gente maravillosa que fue y seguirá siendo orgullo de nuestra parroquia San Agustín. Estos muchachos ya no están físicamente entre nosotros, pero sentimentalmente se encuentran en el corazón de los trabajadores sociales, cultores, músicos y bailarines de nuestra parroquia.

Este legendario grupo tuvo una visión filosófica del acontecer político, en aquella década de los setenta. Allá en San Agustín había un escenario de inmensas dificultades, por un lado, el Centro Simón Bolívar quería llevar a cabo un proyecto para convertir a San Agustín en un “hermoso jardín” de cemento y cabillas. Esto significaba para ellos pasar del nivel del suelo a la torre de marfil.

Por otro lado, comienzan a organizarse las ideas que pretendían llevar a cabo una lucha en contra del desalojo y el alza del pasaje. Es en ese día a día de luchas que el Grupo Madera comienza a crear un estilo artístico y musical que tenía como proyecto cultural la constitución de su propio sello. Estaban, sin duda, los muchachos y las muchachas de Madera cargados de un profundo y poderoso signo musical.

Y toda esa historia vivida por Madera, en aquellos años, fue como una bomba atómica. Y en los artistas de renombre de aquella época, este nuevo estilo musical causó un gran impacto. El valioso trabajo de estos grandes artistas fue como un aparato de talento experimental puesto al oído de los amantes de la buena música. Las diversas ideas y forma de transmitir y expresar las disciplinas (poesía, cantos yoruba y bailes afrocaribeños) fueron de gran impacto. Madera, a través de las diversas expresiones corporales y los magníficos bailes, emitía un lenguaje de libertad. Su mensaje significaba romper con el paradigma de la explotación del campesino y el obrero.

Basta escuchar la letra del tema *Compañeros* para saber cuál era la filosofía de Madera: la defensa de la humanidad. El Grupo Folclórico y Experimental Madera decía en su mensaje: “Nunca dejes de labrar la tierra que la historia te lo agradecerá”. A veces pienso que nuestros compañeros fueron visionarios, esa historia de la que ellos hablaban es la que hoy construimos con los gritos de la libertad.



Jorge, junto a Nelly Ramos, celebran un aniversario más de la desaparición del Grupo Madera.

ANEXOS

Liberado por la poesía.

Vocación para enseñar

Artículo publicado en la revista “Épale” del diario *Ciudad CCS* el viernes 28 de mayo de 2010. Por Rocío Sarabia.

“El derecho a la libertad inherente a todo ser humano está coartado para el preso. Sin embargo, el derecho a pensar, a reflexionar, a ser libres de espíritu, lo pueden lograr a través de la lectura y la escritura”, dijo Ricardo Romero, docente con más de 12 años en la promoción de la lectura y la escritura, creyente de un nuevo sistema de gobierno-pueblo y director ejecutivo de la Fundación Editorial *El perro y la rana*.

El compromiso por los internos une en una sólida amistad a Ricardo Romero y a Livia.

Él lleva más de 5 años en los talleres penitenciarios y ha organizado ferias de libros, actividades recreativas y de distribución de libros.

“En los talleres de junio a diciembre del 2009 tuve 270 participantes y más de mil manuscritos. Ellos respondieron de manera positiva en cada clase, participaron en actividades de lectoescritura, pero otros alumnos, quizás por pena, no querían leer, solo escuchaban y otros, a través de la oralidad, creaban poemas. Muchas veces las clases no se efectuaban porque ocurrían enfrentamientos, conatos, tiroteos o huelgas”.

“Más allá de sus delitos, ellos tienen una gran cantidad de habilidades que descubrieron con los talleres literarios”, resalta el profesor.

Mientras Ricardo sostenía unos poemas de sus alumnos, menciona que “el gabinete cultural del estado Miranda tiene todos los manuscritos que los presos crearon durante sus clases. Además, al culminar el taller, ellos manifestaron que se enriquecieron espiritualmente y en sus escritos se ve reflejado que hay un símbolo de libertad. La escritura como proceso liberador y ellos pudieron comprobarlo”.

El verso cubre cada palabra de Jorge Luis Alfonzo, él estuvo 16 años preso, hace 30 días salió del Centro Penitenciario de Yare y labora en la Fundación Editorial El perro y la rana, del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Una discapacidad en su pierna derecha hace que el cuerpo de Jorge se mueva de ambos lados al caminar. Él saboreó *Los Miserables* de Víctor Hugo y aprendió a construir poemas gracias a las clases que recibió de Ricardo Romero, su facilitador de poesía, quien recalcó que Alfonzo fue uno de sus alumnos más destacados.

“Allá el miedo es libre”, dice Jorge Luis, “Lágrimas de sangre corrían por mis mejillas al imaginar mi cuerpo bañado de venganza”. “En los momentos de reflexión que tuve con la poesía pude cerrar mis ojos y meditar. ¿Qué hice con mi vida?, ¿dónde me trajo robar? En la cárcel deseaba que los talleres fueran de lunes a viernes y así tener más contacto con la gente de la sociedad”.

El tesoro de Alfonzo son “mis hijos, el mayor se graduará como historiador en la Universidad Central de Venezuela, el menor espera por el cupo para ser profesional y perteneció a la selección de fútbol de la Universidad Central de Venezuela”. Entre tantas noches y días de sombras este poeta halló en cada verso “la posibilidad de crear, de nacer y vivir en la cárcel, eso lo conseguí con los talleres de poesía. Muchas veces no podía asistir porque tenía que vigilar la zona, como otras no pude concentrarme por miedo a que la muerte me seleccionara. Todos los días en Yare me arrepentía de haber robado, le pedía perdón a mi familia, pero esos miedos los plasmé en algunos poemas”.

Jorge Luis Alfonzo: Llanto entre paredes

Una experiencia de la vida real hecha poema

Entrevista publicada en el periódico *Letra en movimiento* (de la Fundación Editorial El perro y la rana), en el año 2011. Por Leitz Navarro.

La poesía puede verse de distintas maneras o en distintos escenarios y esta proviene de personas que no sabemos de dónde son o cómo llegaron a escribir interesantes obras. Bonito ejemplo es el del poeta Jorge Luis Alfonzo Márquez, un personaje fuera de lo común de la poesía.

Alfonzo comenzó a escribir desde las oscuras paredes de la cárcel de San Francisco de Yare. Al tiempo decidió participar en los talleres de promoción de lectura que promueve el Centro Nacional del Libro, ente adscrito a la Plataforma del Libro, Pensamiento y Patrimonio Documental del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Su participación en los talleres le permitió entrar al mundo de la poesía y la literatura y, gracias a esto, pudo obtener grandes herramientas de redacción y lectura. Asimismo, estos nuevos conocimientos lo ayudaron a madurar y a comprender con profundidad el valor de un libro, su contenido y, sobre todo, a que sus palabras plasmadas en sencillas hojas de papel no son simple frases, sino, más bien, su vida hecha libro.

Así fue como nació la obra *Llanto entre paredes*, escrita por Jorge Luis Alfonzo Márquez, esta no es más que una realidad que sus ojos no veían: la realidad de experimentar viviendo en sociedad con gran respeto hacia las demás personas.

El poeta Alfonzo siempre tuvo la esperanza de “poder salir adelante” y “mejorar como ser humano”, para no volver a caer en la desdicha que lo marcó durante mucho tiempo en el presidio. Comenta que encontró una luz al final del túnel y fue tocado por la gracia espiritual que le otorgó esta nueva oportunidad.

Fantasía acuática

He escuchado con los ojos
las gotas de agua,
en el desnivel del océano.
He seguido los peces,
Los caminos, las verdades
de una mala vida.
Naturaleza desmedida
llena con gotas de agua
los suspiros de mi libertad.
He compartido las danzas
más hermosas que jamás he imaginado,
al lado de los maravillosos tiburones
que redactan mi carta de libertad.
Doquiera que mire,
doquiera que esté, otros tiburones danzan a mis pies.
Paraíso desabrido, gotas estrepitosas de aguas,
interrumpen los sueños
del día a día de aquellas
paredes manchadas de desvelos.
Cuando apuñalan al corazón,
las danzas de tiburones y la tierna música de la mar
gobiernan las aguas imaginarias
de mi inocencia.

(Llanto entre paredes. Jorge Luis Alfonzo)

Un nuevo despertar

Salir de sus días de cárcel y la violencia diaria fue uno de sus más grandes sueños hecho realidad, la vida le brindaba una nueva oportunidad para disfrutar desde las más sencillas experiencias hasta las más sublimes.

En sus días de libertad ha experimentado la realidad social de la nueva Venezuela, donde se tienen las armas socialistas para erradicar los males del pasado, ya que ahora sí existe la inclusión sin importar sexo, color o clase social, todos tienen iguales oportunidades para expresarse. En ese sentido, una institución como la Fundación Editorial El perro y la rana le brindó desde un primer momento el apoyo necesario para que tuviese derecho a un trabajo digno, donde obtuviera nuevos conocimientos y aún más importante, hacer realidad su sueño de publicar sus manuscritos.

Recuerda Alfonzo el tiempo que pasaba en el taller de lectura y que esta actividad le permitió darse cuenta de que las personas pueden cambiar si se lo proponen, pueden dar amor, ternura, respeto y, sobre todo, pueden escribir lo que sienten de una manera muy sencilla, pues no se necesita ser un gran letrado, con tan solo tener las herramientas básicas y las ganas de escribir, se puede lograr una gran obra.

Obra poética en el festival

Llanto entre paredes es una obra poética que describe un mundo lleno de soledad que marcó la vida de este escritor. A través de esta creación, transmite en papel los sentimientos que pudo vivir y sentir dentro de esas cuatro paredes grises y frías, las anécdotas del día a día, sus pensamientos, la fatiga, el ahogo y las circunstancias que tuvo que sobrevivir. “Mis hienas compañeras,/ aliadas, hechas de hambre/ vuelan tercas por el olvido./ Ellas ahorcan la alegría/ en los sótanos del recuerdo,/ donde se dan pasos sin camino y se lloran luces/ que muerden impaciente al hechizo del gusano/ atormentado por tontos perros...” (“Mis hienas compañeras”, Jorge Alfonzo).

En el marco de la celebración del 8vo Festival Mundial de Poesía, la Fundación Editorial El perro y la rana se complace en presentar las diversas antologías, la poesía del mundo, los poetas venezolanos, entre otros. Y el libro *Llanto entre paredes* es uno de los que se presenta, para ser conocido por todos aquellos lectores ávidos de poesía humana, real y sensible.

Para Jorge Alfonzo es motivo de orgullo el ver su primogénito libro presentarse en tan importante festival de nuestro país, sin olvidar sus sentimientos de agradecimiento que se multiplican a muchas personas, “pero en especial a mi creador, seguido de los muchos venezolanos encargados de la difusión de los nuevos valores literarios, como en el caso de quienes han confiado en mí para publicar mis sencillos versos y colocarme a la altura de los que tienen esta vena poética”. Esto servirá para que la gente lea palabras sencillas pero sentidas por este hombre de la nueva Venezuela, una nación donde cabemos todos.

La lectura que me encontró



El poeta Jorge Luis Alfondo junto al editor Luis Lacave, al promotor de lectura y tallerista Valentín Nodas y al también editor Elis Labrador.

Testimonio de Jorge Luis Alfondo publicado en la revista *Arte de Leer*, n.º3.

En este momento ocasional de mi vida, me he quitado la venda de mis ojos para ver cómo del cielo caen estalactitas de letras que nutren mis pensamientos e ideas y quedan plasmadas sobre este papel donde ahora me veo. Hoy recuerdo las murallas genocidas, el haber sobrevivido a ese naufragio, un abismo interminable. Un mundo perverso y lleno de peligrosidad donde la paz es imposible de encontrar, me refiero a la cárcel.

Después que crucé las puertas gigantescas del infierno, el cual está conformado por paredes tétricas y mortíferas que se alimentan de sangre humana, allí permanecí privado de mi “libertad” durante largos años, eludiendo los constantes peligros y observando las diferentes guerras continuas que dejaban sin aliento a muchos de mis compañeros. Quizás la falta de madurez como hombre,

como persona, como ser humano me condujo a vivir privado de mi “libertad” y a compartir con delincuentes de diferentes estatus sociales, de urbanizaciones, barrios, pueblos, caseríos y también de otras partes del mundo.

Fue allí, en ese lugar tan apartado de la sociedad donde tuve el privilegio de conocer al señor Ricardo Romero (en agosto del año 2009), quien me invitó a participar en un maravilloso taller de creatividad literaria. Por momentos, y a causa de mi propia rebeldía, hice caso omiso a la invitación que él me estaba proponiendo y continué sumergido en el ocio constante de la vida cotidiana de la prisión. Sin embargo, al cabo de 20 minutos aproximadamente volví a cruzar por aquel lugar; ese espacio tan inolvidable de mi vida, cuando contemplé a mis otros compañeros que estaban participando en el taller, luego se me acercó nuevamente el señor Ricardo Romero con toda su generosidad y buena intención: “Decídate de una vez, es tiempo de comenzar a instruirte y amarte a ti mismo”. Dichas palabras me motivaron y animaron. Enseguida tomé el lápiz y las dos hojas en blanco que él me ofreció. Le pregunté qué podía yo hacer con esos elementos. Sí, lo reconozco, era mi ignorancia respecto a tan hermoso gesto. Luego le pregunté con ello, me contestó en forma clara y enfática, “simplemente escribe y pon tu imaginación a volar más allá de las paredes, y encuentra la realidad”. Comencé a pensar y a escribir sobre ese trozo de papel que tenía en las manos; fue algo sensacional, un sentimiento que no se puede expresar con palabras; es decir: me sentía libre, incluso estando en el mundo de la perversidad. Repentinamente giré mi vista de un lado hacia otro para contemplar a los demás compañeros de prisión que iniciaban sus escritos, sus rostros reflejaban la misma sensación que yo experimentaba.

Cuando culminamos la escritura, cada uno leyó cuanto había plasmado en la hoja en blanco, que dejó de ser blanco al ser partícipe de nuestras emociones. Más tarde fuimos premiados con un fuerte aplauso. Dicha actividad “escritural” comenzaba a gustarme y a transmitirme felicidad dentro de aquel espacio no convencional. En palabras del alma: por primera vez, después de haber perdido

la libertad, veía llegar a un centro penitenciario a personas con deseos de instruir, estimular e incentivar a los despreciados de la sociedad. Para mí esto era salirme de lo cotidiano y subirme al árbol genealógico de las letras donde se recogen manojos de ese fruto tan lleno de vida, signos gráficos con los que podemos engendrar palabras evocadoras, transformadoras de ideales, enriquecedoras de sabiduría que nos hace ver las maravillas de la vida y nos aparta de las malas acciones. *Los libros se convirtieron en una necesidad.*

Después de haber permanecido recluido durante largos años, llegó el día 22 de marzo de 2010, fecha importantísima para mi vida y la de mi familia puesto que ese día recobré la tan apreciada “libertad”. Así, me reintegré ante esta sociedad que me ha extendido sus brazos y me ha llenado de felicidad al lado de mis seres queridos. Además de tales bendiciones, para el día 16 de abril de 2010 comencé a laborar y a sentirme útil para la sociedad, especialmente como trabajador de la Fundación Editorial El perro y la rana, y a partir del mes de mayo del presente año, formo parte en un taller muy hermoso de poesía en el Celarg, dictado por el poeta William Osuna. Ahora bien, para mí es un gran honor y privilegio ser uno de los discípulos de estos dos grandes personajes a quienes aprecio mucho por el valor y apoyo que me han brindado.

Finalmente, y complementando estas sentidas apreciaciones mías, deseo resaltar que en mis momentos libres he “saboreado” libros de grandes escritores como lo son: *Humor y amor*, de Aquiles Nazoa; *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos; *Los Miserables*, de Víctor Hugo. En estos momentos estoy terminando mi poemario, es una confesión y, a su modo, es un ejercicio con la escritura que ya forma parte del nuevo hombre en que me he convertido, tras la lectura que me encontró.

Guacales

Las frutas han llegado en guacales al museo del crimen
la desgracia las mira cara a cara
al ritmo de la muerte
el nuevo domicilio es la sombra o el negativo
de los pensamientos
que destilan maldiciones
las frutas con los ojos puestos en la bala
caen al suelo cultivadas con sangre
convertidas en formol
enfurecidas culpan a la muerte
de producir el dolor de los ojos apuñaleados
al ritmo de la violencia
decapitan las caricias de las manos
quemadas por el fuego de las armas
que oxidan sus mejillas
donde no pueden germinar.
Viven con sueños que no pueden recordar el despertar.
Los pasillos tétricos se confunden en la oscuridad
con el frío del fantasma de la venganza.

Jorge Luis Alfonzo, un poeta que nació tras las rejas



Entrevista publicada en el periódico *Ciudad Ccs*, el lunes 21 de mayo de 2012. Por Clodovaldo Hernández.

“La literatura fue el arma que aniquiló mis pensamientos erróneos”.

Para contar historias de viejas y nuevas cárceles, nadie mejor que quien estuvo en ambas épocas y que se regeneró por el arte de la palabra.

“La solución al problema no es fácil, el tiempo hablará por sí mismo”.

Las cárceles siempre han sido infiernos. La diferencia entre las de antes y las de ahora no es el horror y el sufrimiento que producen. La diferencia radica en que ha crecido una perversa subcultura interna en la que tienen rol protagónico la pólvora (es decir, la posesión de armas de fuego), la causa (un impuesto que las bandas cobran a los privados de libertad) y, por supuesto, los pranes.

Quien explica esto es Jorge Luis Alfonzo, un hombre que puede hablar del tema con propiedad porque estuvo preso en tiempos de la Cuarta y también en la Quinta República. Además, tiene la capacidad para hacer esta comparación con notables recursos expresivos, porque en la última etapa de su reclusión, en el Penal de Yare, descubrió la literatura o, quizás él fue descubierto por ella.

¿Con la lamentable experiencia de tantos años privado de libertad, diría que el problema de las cárceles es nuevo o viejo?

Este es un problema que viene arrastrándose desde hace cien años, la diferencia es que ahora los privados de libertad son muchachos más jóvenes que los reos de aquellos años, de cuando existían la Cárcel Modelo y Los Flores de Catia. Además, en ese tiempo no habían llegado las armas de fuego a los recintos carcelarios.

¿Por qué cree usted que 13 años de Revolución no ha logrado resolver este problema?

La Revolución ha venido haciendo un trabajo que no es fácil, no se hace de la noche a la mañana, no es soplar y hacer botella; en la solución deben participar todos los entes del Estado. El tiempo hablara por sí mismo.

Pero, ¿el problema tiene solución o solo podemos aspirar a aliviarlo un poco?

Sí, puede haber solución, pero es un trabajo extenso y complejo. No es fácil recuperar a los hombres que se encuentran tras los barrotes, pues es un mundo de ocio, hostilidades, envidias,

rencores, desidias, miserias, atropellos, vejaciones... Pero sí es posible porque conmigo ocurrió. Yo estuve cegado en ese mundo delictivo durante más de 30 años y he podido cambiar.

Claro, los entes gubernamentales solo pueden rescatar a quienes quieren dejarse rescatar.

Por eso es que se hace tan difícil.

¿Cómo comienza a surgir en las cárceles la figura del pran?

Bueno, cuando llegué a la prisión por primera vez, en el famoso Retén de Catia, que estaba aquí enfrente de este hermoso lugar donde estamos sentados (la entrevista se realizó en el Parque del Oeste Alí Primera), no existían pranés, no existía la causa ni la pólvora, cada quien salvaba su propio pellejo. Ya cuando estaba por salir en los años noventa, llegó la pólvora (las armas de fuego). Cuando, años después, vuelvo a la prisión, por allá en Tocuyito, me quedo sorprendido con tantas cosas nuevas. Un domingo se me acerca un muchacho y me dice: “¡Epa, tú, viejo!, ¿y la causa?”. Yo le contesto: “¿La causa, qué es eso?”, y el compañero me pregunta: “¿Pero bueno, viejo, tú eres malandro y no sabes que tienes que pagar la causa?”. Yo le dije: “Bueno, sí estoy aquí se supone que soy malandro, pero yo vengo pagándole al gobierno una causa desde hace bastantes años. ¿Qué más causa quieres tú que yo pague?”.

¿Y qué es la causa?

Es un dinero que tiene que aportar semanalmente cada reo para las armas, para las balas, para los gastos de las bandas.

La literatura es medicina

¿Cómo se produjo, en su caso, en un ambiente tan negativo, la convicción de que usted podía surgir otro hombre?

En Yare fue donde comencé a entender la realidad de la vida.

Yo sabía que estaba dentro de ese mundo, pero mis pensamientos se iban más allá, hacia esa naturaleza hermosa, este aire puro, buscando la transformación de mi propio yo para salir a la sociedad con una personalidad diferente.

Esa convicción, ese ideal de transformación nacen con el amor propio, cuando uno aprende a quererse, amarse y respetarse a uno mismo, para poder querer, amar y respetar a sus semejantes. En mi caso fue a través del mundo hermoso de la literatura, que para mí fue el arma que aniquiló mis pensamientos erróneos.

¿Cómo llegó la literatura a la cárcel?

Fue en el 2009, cuando un grupo de luchadores sociales llevó los talleres de escritura.

Es una labor tan hermosa, que yo estoy eternamente agradecido, en especial al profesor Ricardo Romero, que me dio su apoyo humano. Personas como él hacen mucha falta.

Los hombres que están tras esas murallas están enfermos y la literatura es como una medicina.

¿Cómo es eso de ponerse a escribir poesía en una cárcel donde la gente está dedicada a cosas diferentes?

Son 24 horas que uno vive allí, los 365 días del año, hay tiempo para todo. Hay momentos difíciles en los que uno no puede ocupar la mente en la literatura ni en la escritura.

¡Tienes que estar activo, porque si te duermes te lleva la corriente! Pero hay momentos en que la prisión está en calma, el río fluye como es debido, no siempre es el infierno. Esos son los momentos oportunos para crear.

¿Ha regresado a algún centro penitenciario a dictar talleres o buscar personas interesadas en el área de literaria, o todavía es pronto para eso?

Si me ofrecen la oportunidad de ir a uno de estos lugares, esta vez de una manera muy diferente, ya no como reo, sino como alguien que va a dar su aporte, estoy completamente a la disposición, porque así como yo pude transformar mis ideas erróneas, otros hombres privados de libertad también pueden hacerlo.

Labios Libres

Jorge Luis Alfonzo, quien tiene 51 años de edad, es del barrio El Manguito de San Agustín. Desde adolescente comenzó su nada envidiable recorrido por retenes y albergues juveniles, que luego constituiría en varias cárceles, incluyendo El Dorado. Fue sentenciado a dos penas de ocho años (cada vez) por robo agravado, porte ilícito de arma, lesiones graves y lesiones leves.

En marzo de 2010, al salir de Yare, llevaba consigo una determinación: ser escritor, convertir toda esa experiencia nefasta en palabras y figuras literarias. Su primer fruto es *Llanto entre paredes*, poemario publicado en 2011 por la Fundación Editorial El perro y la rana. En la actualidad trabaja para esa editorial y termina su segunda obra, a la que piensa nombrar *Relojes oxidados*.

En un cuaderno tiene un borrador sobre el Retén de Catia, al que llama “Una jaula para depositar hombres”, el lugar más tenebroso, frío, tétrico y peligroso que he conocido, en el que imperaba la ley del chuzo, del más fuerte, del más rápido, del más astuto. Catia era el pasaporte hacia la muerte, salir vivo era un éxito”.

Mientras termina el bachillerato y planea ir a la Universidad, se codea con figuras como William Osuna, Juan Calzadilla y Luis Alberto Crespo.

Sus labios, que varias veces estuvieron cosidos para las huelgas de hambre, ahora se abren en recitales y “poetadas”, y rinden testimonios de escalofrío: “La industria de la cárcel es el trampolín del infierno / y el huerto de los esqueletos eructados por el volcán de los humillados”.

Jorge Luis Alfonzo. Superó el encierro carcelario con la poesía



Definitivamente fue la poesía la que encontró a Jorge en las húmedas paredes de una cárcel venezolana.

Artículo publicado en el semanario *Todos Adentro*, el jueves 27 de septiembre de 2012.

Jorge Luis Alfonzo lo picó la culebra de la literatura mientras estaba en el Centro Penitenciario de Yare, y el veneno se le fue regando de tal forma que lo transformó en poeta. Había pasado por 15 penales del país, padecido la violencia, intramuros y escrito textos libres para que al menos sus palabras salieran a la calle a través de su esposa.

Entre las palabras con las que describe la prisión están “el sufrimiento”, “la oscuridad”, “la violencia”, sin embargo, encontró una luz. Cursó un par de años de bachillerato en el Centro Penitenciario de Tocuyito, promovía el deporte en las cárceles y en agosto de 2009, en Yare, se encontró con el facilitador del taller de lecto-escritura del Ministerio Popular para la Cultura que le abrió el camino hacia las letras.

Jorge Luis había vivido más de 30 años de golpes y tropiezos inmersos en la delincuencia. Estaba cansado, así que cuando el facilitador repartió papel y lápiz y propuso que escribieran lo que quisieran, Jorge se entregó a la escritura: “La cárcel es un monstruo de concreto alimentado por sangre humana...”, fueron las palabras que plasmó. Ya se vislumbraba a un potencial escritor entre aquellas paredes. Este fue el empujón definitivo a un hombre que venía con los ideales de transformar su vida.

En el 2011 se publicó su primer poemario *Llanto entre paredes*, que se alzó este año con el premio Nacional del Libro. Para el autor es un galardón que lo llena de satisfacción. “Este premio me permite hallar fuerzas para buscar más y encontrar lo que Dios me tenga destinado. Es un honor, me siento muy contento y orgulloso porque estaba concursando con escritores de muy alto rango”.

El libro lo empezó a escribir hace tres años mientras se encontraba encerrado en Yare y el 22 de marzo de 2010, cuando salió de la cárcel, pisó la calle con la decisión de no caer nunca más en la delincuencia, se dejó arrastrar por las aguas de las letras.

Cuando publicaron este, ya estaba escribiendo otro, ¿cómo va ese nuevo poemario?

Se llama *Relojes oxidados*, solo falta el prólogo. Allí hay desde poemas urbanos que tienen que ver con la calle hasta poemas sobre espacios como el Retén de Catia, detrás de los barrotes. También trato la problemática en Palestina, en solidaridad con ese pueblo víctima de una guerra. Espero que salga publicado en la próxima Feria Internacional de Libro de Venezuela o en el Festival Mundial de Poesía del año que viene.

¿Qué te llevó a sensibilizarte por la situación en Palestina?

Todos somos humanos, todos tenemos derecho a la libertad, tenemos que ser solidarios, en Palestina están viviendo una situación de mucha violencia, muchos niños inocentes no tienen oportunidad de caminar, están acosados por el fuego, muchos niños no tienen la oportunidad de jugar porque tienen que luchar por su pueblo asediado por Israel. El nuevo libro cierra con un poema relacionado con Palestina.

¿La autobiografía que preparas?

Llevo unas sesenta páginas, pero aún tengo cosas que escribir, hechos que contar; la escritura misma me dirá cuando esté lista, quizás a mediano o largo plazo porque debo atender otras tareas, mi trabajo en el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, y ahora comencé a estudiar comunicación en la Universidad Bolivariana de Venezuela, saqué mi bachillerato y empecé el lunes 17 de septiembre en la UBV.

¿Cómo te ha ido en tus primeros días de clases?

No salgo de mi encanto, de la emoción, es como cuando a un niño le dan un juguete nuevo, es un regalo muy hermoso el poder estudiar en la universidad. Es la gloria.

Palabras a los estudiantes de la Universidad Bolivariana de Venezuela



Ahora Jorge sabe que en los libros puede haber luz. Una luz que lo puede conducir a uno a otros caminos.

El día 20 de febrero de 2013 tuve la oportunidad de expresar unas palabras para los estudiantes de nuevo ingreso de la Universidad Bolivariana de Venezuela.

Comencé dándoles las buenas noches a todas y todos los presentes. Antes de iniciar el discurso, aproveché para darle gracias al alfarero de las estrellas, quien me brindó el privilegio de reunirme con todos los presentes en esa casa maravillosa de estudios, tu casa, nuestra casa, deseando que hiciéramos de ella un espacio hermoso, y especialmente para brindarle el honor a la belleza acogedora del Salón Simón Bolívar.

Los encuentros y las relaciones que uno tiene y establece confieso que son inevitables, sin embargo, después de haberme convertido en un luchador por los derechos que están establecidos en la vida de todos los ciudadanos, me he refugiado en el derecho a la educación, principio fundamental de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. Ese maravilloso libro que tiene el poder de engendrar ciudadanos útiles en el pueblo Bolivariano y Zamorano.

En mis palabras expresé: en esta noche especial, la Universidad Bolivariana de Venezuela abre las puertas a todos los estudiantes que a partir de hoy inician su formación en las actividades académicas, a quienes en nombre de los máximos representantes de la Casa de los Saberes, así como en el de los estudiantes y el mío propio cursaron el proceso de iniciación universitaria, ese día les deseé que a partir de ese momento se convirtieran en unos verdaderos estudiantes que lucharán por alcanzar sus sueños, así como el Libertador Simón Bolívar soñó y luchó por alcanzar la Independencia de la América Latina y el Caribe.

La Casa de los Saberes fue engendrada en este socialismo, con la finalidad de darles paso a los estudiantes provenientes de la clase humilde de los sectores populares, quienes mendigaban un cupo universitario para nutrir sus conocimientos y abrir brecha en la construcción de un mundo mejor.

La Universidad Bolivariana de Venezuela nació para romper los obstáculos que aún existen en la historia educativa venezolana, esa lucha donde los hijos de las clases dominantes solo tenían el derecho al estudio.

En primer lugar, la educación no es propiedad de seres especiales ni de una clase social en particular; todo ser humano, y por ende todo grupo social, posee conocimientos y educación según sus formas y costumbres. De esta manera, aparece una palabra que aunque no se encuentra en discusión en este momento, va estrictamente ligada al tema: CULTURA.

Podríamos decir que la cultura tiene incidencia directa en lo que hoy se denomina educación y lucha de clases, y esto se desprende, según nuestro criterio, del hecho de que desde tiempos inmemoriales

existen las sociedades dominantes, que crearon imperios y subyugaron pueblos enteros imponiéndoles su cultura y “reeducándoles” a sangre y fuego según su visión del mundo, según sus credos, según su religión. Basta con dar una mirada rasante a la historia universal y local para comprobar lo dicho: Grecia, Roma, Mongolia, Inglaterra, España, etc.

Todo este sistema o cultura de la opresión, conquista, dominación o como quiera que se llame, termina por generar en el ser humano un sentimiento de lucha por alcanzar la igualdad, la libertad, la justicia; y desde su conocimiento, cultura o educación se revela contra el opresor. Consciente o inconscientemente, entiendo que existe una clase dominante y una clase explotada, una clase en su definición de un grupo de individuos que se erige como superior, relegando a otra a la categoría de inferior.

En el mismo orden de ideas, concluimos que la EDUCACIÓN constituye un arma perfecta para subyugar o para liberar, todo depende de quién o quiénes y para qué te eduquen o formen; según esta afirmación, los seres humanos podemos ser educados para oprimir, discriminar, esclavizar, según nuestros intereses económicos y de acuerdo a nuestra posición social, o para liberar en toda la amplitud que puede desprenderse de esta palabra, no siempre dependiente de nuestra posición social.

Entonces, pues, por lo que a nosotros corresponde, debemos poner el acento en una educación liberadora, contentiva de los derechos fundamentales del ser humano, cargada de valores como la honestidad, el respeto por el ser humano y el ámbito natural, solidaridad, sentido de igualdad y justicia, y todo aquello que nos permita construir un mundo mejor posible, y si no, erradicar la lucha de clases en nuestra sociedad, al menos reducirla a su mínima expresión.

Debe ser nuestro objetivo fundamental, educarnos para ser libres y soberanos, lo que implica echar mano de nuestros principios originales, así como del conocimiento universal para que en medio de una visión global, cada hombre y mujer de esta tierra pueda

enfocarse, prever y descifrar las mimetizadas formas que fortalecen las bases del imperio de la lucha de clases.

... Yo me liberé para convertirme en un verdadero revolucionario, he tomado conciencia y sobre todo una clara mentalidad de lo que significa el amor a la patria, me decidí a luchar sin temor y a luchar por una patria justa y libre de analfabetismo, el no saber leer ni escribir nada garantiza, es por ello por lo que me he cobijado en los ideales del maestro Simón Rodríguez, recogí las cenizas de Fabricio Ojeda, Alí Primera y Argimiro Gabaldón, esos grandes luchadores sociales que hicieron leyenda en la patria grande de Bolívar liderizada por el Comandante Hugo Ráfael Chávez Frías.

El Apóstol de la Revolución, José Martí, decía: “Ser culto es el único modo de ser libre”.

Si la facultad de asociarse es el secreto de lo humano, la inteligencia y la educación tienen que volcarse en esa dirección.

Independencia y Patria Socialista

Viviremos y venceremos.

Muchas gracias.

Jorge Luis Alfonzo conversó acerca del léxico que nace en los centros penitenciarios del país



El universo se construye más con palabras que con átomos. Y desde una prisión se construye un universo que muchas veces no se puede eludir ni con la poesía más sublime.

Nota de prensa publicada en el periódico *Correo del Orinoco*, el viernes 15 de noviembre de 2013. Por Sharlaine Chona.

La actividad se realizó ayer en la Casa Nacional de las Letras

Jorge Luis Alfonzo conversó acerca del léxico que nace en los centros penitenciarios del país.

El poeta se basó en su experiencia como privado de libertad para dialogar sobre el tema.

Las variaciones que adquiere el habla venezolana en los centros penitenciarios, los códigos que utilizan los privados de libertad para comunicarse entre sí y la manera en la que esto influye en el lenguaje, fueron los temas que se abordaron ayer en el conversatorio sobre léxico en la cárcel, que se realizó ayer en la Casa Nacional de las Letras.

La actividad, que forma parte de la programación para conmemorar el 232° aniversario del nacimiento de Andrés Bello, tuvo como ponente al poeta Jorge Luis Alfonzo Márquez, quien conversó con los presentes acerca de las palabras y el significado que estas adquieren en las penitenciarías, a partir de sus vivencias, cuando estuvo privado de libertad.

Alfonzo, quien actualmente se desempeña como trabajador de la Coordinación de Bienes y Servicios de la Fundación Editorial El perro y la rana y se prepara para iniciar sus estudios en la Universidad Central de Venezuela, contó que su interés por las letras y la literatura comenzó cuando Ricardo Romero y Valentín estuvieron en el Centro Penitenciario de Yare.

Detalló que el léxico de las cárceles es un tema interesante, pues es el lenguaje con el que se comunican diariamente las personas que están en los centros penitenciarios y aunque son palabras conocidas, no siempre tienen el mismo significado.

Alfonzo manifestó que si bien aún se pregunta por qué surge este lenguaje, el tema es interesante para su estudio, porque es una variación del propio idioma.

“Cuando se está privado de libertad, aun cuando uno se niegue a no entender el lenguaje que se utiliza, se ve obligado, porque es un código que existe en esos espacios y la cotidianidad hace que uno entienda esto en estos espacios”, confesó.

En conversación con el *Correo del Orinoco*, Alfonzo destacó que este léxico de las cárceles es variante y tiene clasificaciones de diferentes índoles. Por ejemplo, hay una jerga particular para hablar de las armas, otra para hablar de la comida u objetos de uso diario, etcétera.

Se habla de “metálicas” para hablar de cucharas, las “carolinas” son caraoatas, unas “redondas” son las arepas, “grasosa” o “resbalosa” es la mantequilla, un “autobús” es una escopeta y la “capacidad mental” son las lentejas.

“Si uno va y le dice a un mesero en algún restaurante, que le lleve unas carolinas con redondas, quizás no comprenda; pero en esos espacios el lenguaje es ese”, aseguró.

Así mismo, agradeció a la Casa de Bello por abrirle las puertas para compartir con las y los presentes su experiencia en la cárcel, donde aseguró: “Tuve la oportunidad de casarme con el efecto curativo de arte de escribir”.

Aporte

Alfonzo consideró que ese léxico hace aporte al español, porque se trata de una jerga de un sector en particular y que se incluye en las variaciones del lenguaje, así como hay momentos en que la juventud también tiene su propio léxico o hay variaciones en los sectores y regiones de país.

“Yo pienso que cada variación da un aporte al lenguaje y, por ende, está asociado a la cultura de Venezuela”, apuntó.

Alfonzo, quien en 2011 publicó con la Fundación Editorial El perro y la rana el libro *Llanto entre paredes* con poemas sobre su experiencia en los centros penitenciarios, destacó que este conversatorio es el primer trabajo que realiza para hablar del léxico en los penales.

Sin embargo, le gustaría trabajar de manera profunda para hacer más adelante un glosario de estos términos.

Lenguaje de expansión

El presidente de la Casa Nacional de las Letras, William Osuna, señaló que la institución que dirige decidió incorporar este conversatorio a las actividades del mes aniversario de Andrés Bello, pues consideró que hablar de este personaje de la historia y de las letras venezolanas es hablar del lenguaje en sentido lato.

“No se trata de hablar solo del término académico del lenguaje, sino también en su envés, en su manera transgresora, poética y política, que refleja la realidad”, expresó.

Asimismo, Osuna manifestó su satisfacción por el hecho de que se trata en esta oportunidad de Jorge Luis Alfonzo, quien conversara acerca de estas variaciones, pues las recopiló desde su propia experiencia en un espacio penitenciario.

“Para nosotros, Alfonzo representa una especie de ave fénix, venido de las cenizas de ese mundo (penitenciario) hacia el mundo de las letras y la literatura”, afirmó.

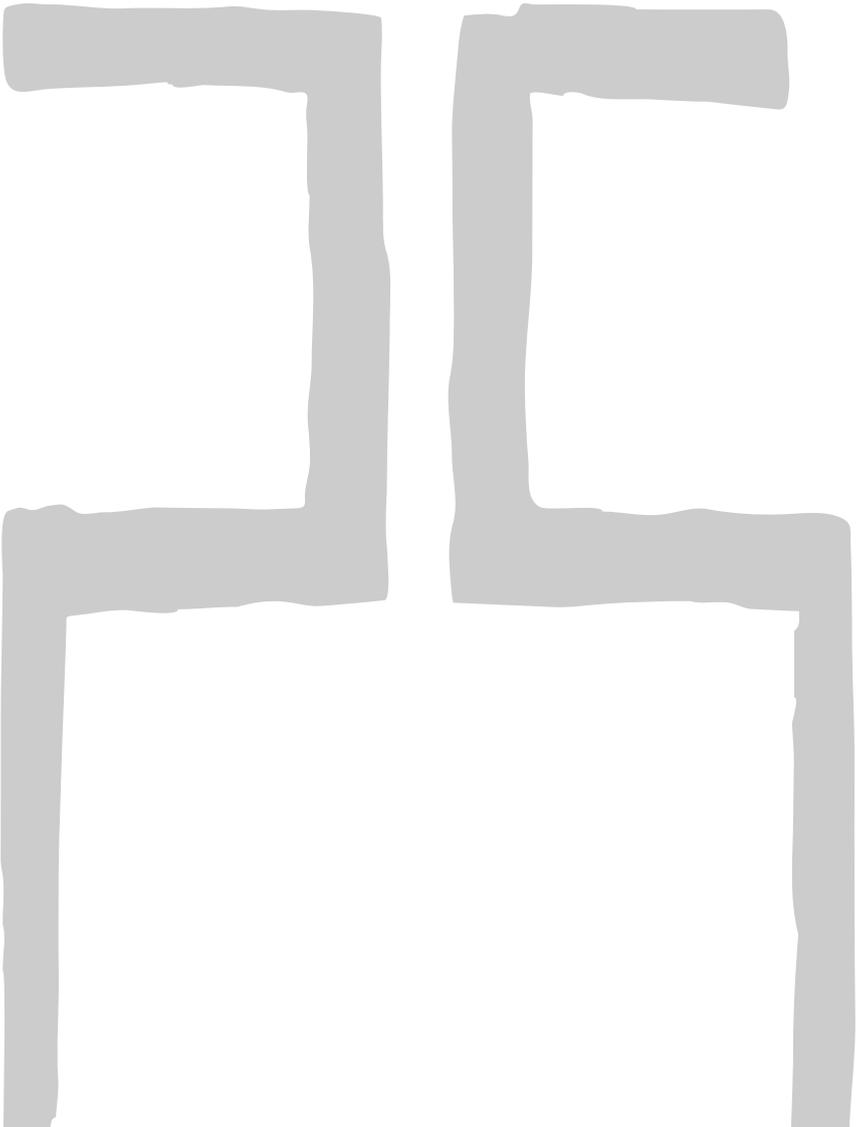
Índice

Nota del editor antes de que Jorge hable de su encuentro con los lobos que nunca duermen	11
Soliloquio de los recuerdos	19
<i>I PARTE</i>	27
LOS OJOS DEL CORAZÓN	
Una pequeña biografía de nuestra parroquia San Agustín	29
De la “piecita” de cartón y cinc a la casa de bahareque: ahí comenzó todo	31
Caramelo, café y madera: los olores de la infancia	35
Una mujer inolvidable: La maestra María y sus dulces con <i>kool-aid</i>	41
Como cucarachas bailando joropo	43
Solo sabía lanzar patadas sin control	47
“Circulación”: el niño licuadora	49
Un liqui liqui para entrar al cine	55
Un botellazo y una huida marcaron mi destino para siempre	57
<i>II PARTE</i>	59
DONDE NACEN LAS LÁGRIMAS	
Primeras andanzas en la calle: Sabana Grande era una fiesta	61
“Pepe no es ningún nombre”	63
Una vida azarosa: el vientre de la virgen	65
San Agustín es pura música	69
Un balón en los pies para sentirme libre	73
Preso de mis propios pensamientos	75
De los carnavales con La Sonora Matancera a El Afinque de Marín: vivencias de un San Agustín que no volverá	77
La vida del “coñoemadreo” que nada bueno traería	83
“La Bachaca” tiene mucha fuerza	91

<i>III PARTE</i>	93
<i>CORAZÓN CON MUROS</i>	
El lugar donde florecen los chuzos cuando la luna se oculta	95
Flores de Catia, la fortaleza del castigo	110
“Yo ando este mundo con sufrimiento y dolor”	111
La soledad asfixia más que la falta de oxígeno	121
Yare: una máquina de moler seres humanos	127
El Dorado: el lugar donde el diablo dejó las cholas	135
Se acabaron los hechizos	149
<i>IV PARTE</i>	155
<i>Y LA VIDA SIGUIÓ</i>	
Entre poetas	157
Suenan disparos en medio de la noche como boca ´e lobo	159
Reviviendo recuerdos donde se borran las lágrimas del corazón sin cenizas	163
La poesía me sacó del foso donde los huesos se vuelven gelatina	169
35 años de la desaparición física del Grupo Folklórico y Experimental Madera (original)	181
ANEXOS	185

EDICIÓN DIGITAL
Octubre de 2018

Caracas, Venezuela



Jorge Luis Alfonso Márquez (Caracas, 1960)

Poeta y cronista. Realizó talleres de literatura con el poeta Ricardo Romero en el Centro Penitenciario de San Francisco de Yare.

Ha publicado los poemarios *Llanto entre paredes* y *Relojes oxidados*. Actualmente es entrenador de fútbol infantil en la parroquia San Agustín.

La garra de la hiena

Cuando el corazón quiso volver del infierno, estuvo allí la palabra; cuando los muros se hicieron gelatina, la poesía fue taladro. Solo así pudo Jorge volver: con el verbo en el corazón.

Y de ese corazón que tantas palpitaciones hubo de entregarle al miedo, a la melancolía y a la desesperanza vienen estas crónicas. En estas páginas hay dos libros, uno que le ha sido revelado a los lectores y que es estremecedor y directo, y otro (quizás mucho más sombrío y doloroso) que ha quedado solo en las conversaciones entre autor y editor. Este otro libro tal vez nunca sea leído, cómo saberlo. Así son las cosas, tendrán que conformarse los lectores con conocer solo uno de los dos libros, pero créanme que no será poca cosa lo que aquí se les está dando a leer.